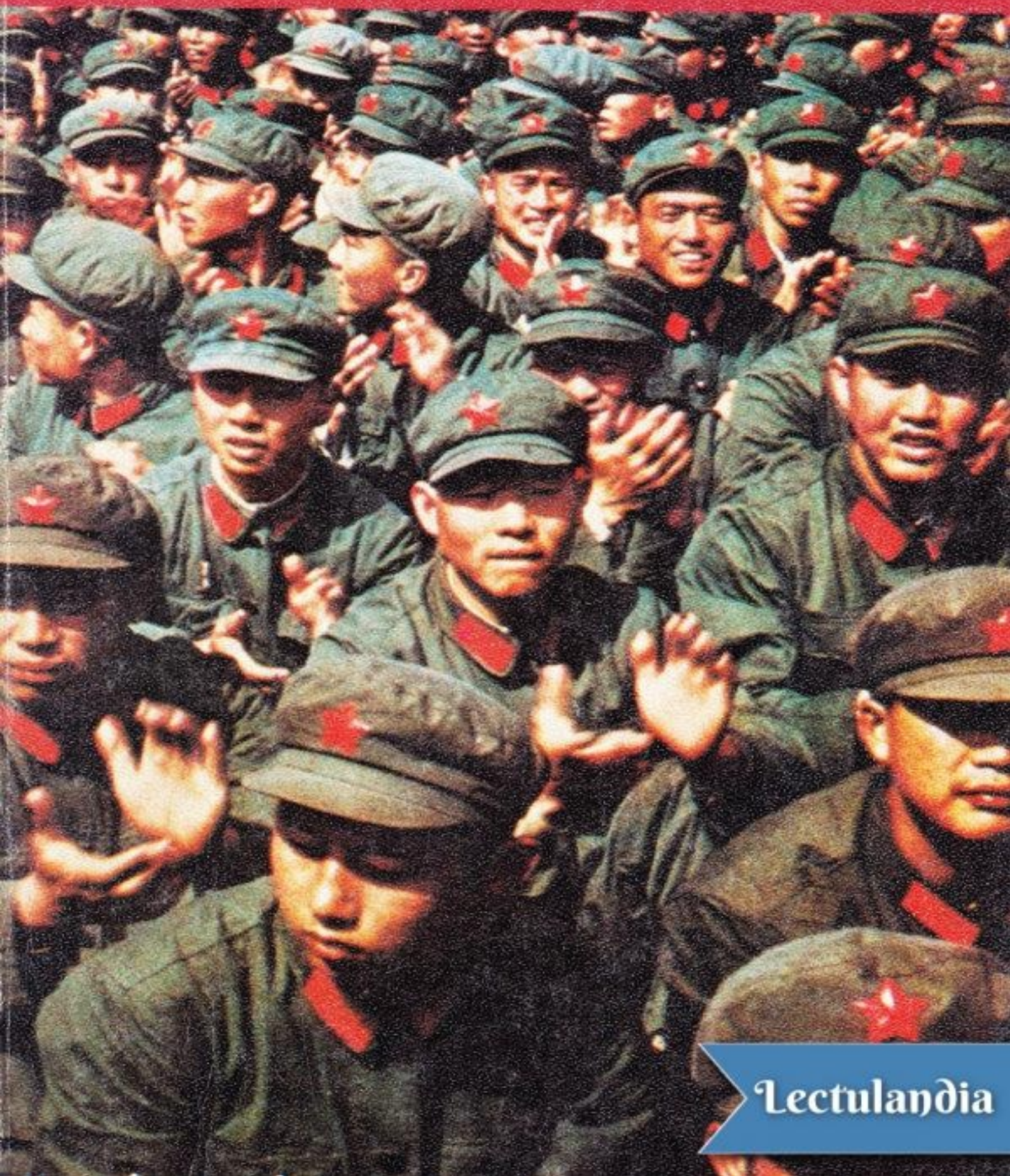


André Malraux

se

Los conquistadores



Lectulandia

«Hong Kong. Ahí está la isla en el mapa, negra y precisa, cerrando como un cerrojo ese Río de las Perlas sobre el que se extiende la masa gris de Cantón, con sus líneas de puntos que indican barrios imprecisos, a unas horas apenas de los cañones ingleses. A diario, los pasajeros contemplan la pequeña mancha negra, como si esperasen de ella alguna revelación, al principio inquietos, ahora angustiados, y ansiosos por averiguar cuál será la defensa de ese lugar del que depende su vida... el peñón más rico del mundo».

Lectulandia

André Malraux

Los conquistadores

Versión definitiva

NOTA FINAL 1949

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *Les conquérants*
André Malraux, 1928
Traducción: Fabián García-Prieto
Diseño de cubierta: Miguel Ortiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Los conquistadores

Primera parte. Preliminares

Segunda parte. Poderes

Tercera parte. El hombre

Nota final

Sobre el autor

Notas

A la memoria de mi amigo René Latouche

PRIMERA PARTE

PRELIMINARES

25 de junio

«Se ha decretado la huelga general en Cantón».

Desde el día de ayer, el radio está expuesto en el tablón de anuncios, subrayado en rojo.

Hasta el horizonte, el Océano Indico inmóvil, liso, barnizado... sin estelas. El cielo cargado de nubes hace pesar sobre nosotros una atmósfera de cabina de baños, nos envuelve en aire saturado. Y los pasajeros se pasean con pasos contados por el puente, cuidándose bien de no alejarse demasiado del cuadrado blanco en que se fijarán los radios recibidos esta noche. Día a día, las noticias van precisando el drama que comienza; va tomando cuerpo; ahora, amenaza directa, obsesiona a todos los hombres del paquebote. Hasta el momento, la hostilidad del Gobierno de Cantón se había manifestado en palabras, y de pronto, los telegramas traducen actos. Más que los tumultos, las huelgas y los combates en las calles, lo que impresiona a todos es la voluntad inesperada, y que parece tan tenaz como la voluntad inglesa, de no contentarse con palabras, de herir a Inglaterra en donde más le duele: su riqueza, su prestigio. La prohibición de vender en las provincias dependientes del Gobierno de Cantón ninguna mercancía de origen inglés, ni siquiera si es un chino el que la ofrece; el método por el que se controlan ahora los mercados, uno tras otro; el sabotaje de las máquinas por parte de los obreros de Hong Kong y, por último, esta huelga general que, de un solo golpe, afecta a todo el comercio de la isla inglesa, mientras los corresponsales de Prensa señalan la excepcional actividad de las escuelas militares de Cantón, todo ello obliga a los pasajeros a enfrentarse a una guerra de un estilo totalmente nuevo, una guerra emprendida por la anárquica potencia de China del Sur, secundada por colaboradores de los que ellos apenas saben nada, contra el símbolo mismo de la dominación británica en Asia, la roca militar desde la cual el imperio fortificado vigila sus rebaños: Hong Kong.

Hong Kong. Ahí está la isla en el mapa, negra y precisa, cerrando como un cerrojo ese Río de las Perlas sobre el que se extiende la masa gris de Cantón, con sus líneas de puntos que indican barrios imprecisos, a unas horas apenas de los cañones ingleses. A diario, los pasajeros contemplan la pequeña mancha negra, como si esperasen de ella alguna revelación, al principio inquietos, ahora angustiados, y ansiosos por averiguar cuál será la defensa de ese lugar del que depende su vida... el peñón más rico del mundo.

Si es alcanzado, reducido, antes o después, al rango de pequeño puerto, si, más simplemente aún, se debilita, eso significa que China puede encontrar los dirigentes que hasta el momento le han faltado para luchar contra los blancos, y la dominación europea se derrumbará. Los comerciantes de algodón o de cabellos con los que viajo sienten todo esto de manera punzante, y es cosa bien singular el leer en sus rostros angustiados (pero ¿qué va a ser de la Casa?) la repercusión de la formidable lucha emprendida por el imperio personificación del desorden, de repente organizado, contra el pueblo que, más que ningún otro, representa la voluntad, la tenacidad, la fuerza.

Gran agitación en el puente. Los pasajeros se apresuran, se empujan, se apretujan: ya está aquí la hoja de los radios.

Suiza, Alemania, Checoslovaquia, Austria, adelante, adelante... Rusia, vamos a ver. No, nada interesante. China, ¡ah!

Mukden: Chang-tso Lin...

Adelante.

Cantón.

En su afán de aproximarse, los pasajeros más alejados nos empujan contra la pared.

Los cadetes de la escuela militar de Whampoa, dirigidos por oficiales rusos y formando la retaguardia de una inmensa procesión de estudiantes y de obreros, han abierto el fuego contra Shameen.^[1] Los marineros europeos encargados de proteger los puentes han respondido con metralletas. Los cadetes, alentados por los oficiales rusos, se han lanzado varias veces al asalto de los puentes. Han sido rechazados con grandes pérdidas.

Las mujeres y los hijos de los europeos de Sha-meen serán evacuados a Hong Kong, si es posible, en barcos americanos. El desalojo de las tropas inglesas es inminente.

De súbito, se hace el silencio.

Los pasajeros se separan, consternados. Sin embargo, a la derecha, se reúnen dos franceses: «Verdaderamente, *Monsieur*, uno no puede por menos de preguntarse cuándo van a decidirse los gobiernos a adoptar la actitud

enérgica que...», y se dirigen hacia el bar. El final de la frase se pierde entre el sordo rumor de las máquinas.

Tardaremos al menos diez días en llegar a Hong Kong.

Las cinco

Shameen.—La electricidad ha dejado de funcionar. Toda la concesión está a oscuras. Se han fortificado los puentes a toda prisa y se han interceptado con líneas de alambre espinoso. Están iluminados por los proyectores de las cañoneras.

29 de junio
Saigón

Ciudad desolada, desierta, provincial, con largas avenidas y bulevares rectos donde crece la hierba bajo grandes árboles tropicales... El culí que tira de mi ricksha chorrea sudor: la carrera es larga. Por fin llegamos a un barrio chino, sembrado de rótulos dorados con bellos caracteres negros, pequeños bancos, agencias de todo tipo. Ante mí, en el centro de una ancha avenida cubierta de hierba, retoza una pequeña línea ferroviaria. 37, 35, 33... ¡alto! Nos detenemos ante una casa igual a las demás del barrio: un «compartimiento». Agencia imprecisa. En torno a la puerta aparecen clavadas placas de compañías cantonesas de comercio casi desconocidas. En el interior, tras ventanillas polvorientas a punto de desmoronarse, dormitan dos empleados chinos: uno de ellos cadavérico, vestido de blanco; el otro obeso, rojo como un ladrillo, desnudo hasta la cintura. En las paredes, cromos de Shanghai: muchachas con un flequillo sabiamente pegado a la frente, monstruos, paisajes. Delante de mí, tres bicicletas enredadas. Estoy en la sede del Kuomintang de Cochinchina. Pregunto en cantonés:

—¿Está el jefe?

—Todavía no ha llegado. Pero suba, póngase cómodo.

Subo al primer piso por una especie de escala. Está desierto. Me siento y, aburrido, miro a mi alrededor: un armario europeo, una mesa estilo Luis Felipe con la parte de arriba de mármol, un canapé chino de madera negra y magníficos sillones americanos, todos erizados de palancas y tornillos. Encima de mí, en el espejo, un gran retrato de Sun-yat Sen y una fotografía,

más pequeña, del amo de la casa. Por la puerta-ventana entra, con un chisporroteo y el sonido de las tarreñas de un vendedor de sopa, el fuerte olor de las grasas chinas al cocer...

Un ruido de chanclos.

Entran el propietario, otros dos chinos y un francés, Gérard, a quien he venido a ver. Presentaciones. Me sirven té verde y me encargan de asegurar al Comité central «la fidelidad de todas las secciones de Indochina francesa a las instituciones democráticas que..., etc.».

Gérard y yo salimos al fin. Enviado especial del Kuomintang en Indochina, no lleva aquí más que unos días. Es un hombre bajito, con bigote y barba que empiezan a encanecer y que se parece al zar Nicolás, del que tiene la mirada desenfocada, vacilante, y la apariencia bonachona. Hay en él una mezcla de profesor miope y de médico provinciano; avanza a mi lado con paso cansino, precedido por un cigarrillo fijado al extremo de una delgada boquilla.

Su coche nos espera en la esquina de la calle. Nos acomodamos en él, y partimos a poca velocidad a través del campo. El aire desplazado basta para crear un clima nuevo; los músculos, cansados y tensos a la vez, se liberan...

—¿Qué novedades hay?

—Nada más que lo que ha podido leer en los periódicos. La puesta en marcha de las órdenes de huelga de los distintos comités obreros parece haber sido perfecta... Y los ingleses no han encontrado aún el modo de defenderse: la organización de voluntarios es risible, buena contra los disturbios, quizá, pero no contra la huelga. La prohibición de exportar arroz garantiza a Hong Kong el abastecimiento por algún tiempo, pero nunca hemos pensado en hacer pasar hambre a la ciudad. ¿Para qué? Los chinos ricos que apoyan a las organizaciones contrarrevolucionarias están tan abrumados por esa prohibición como si hubieran recibido un garrotazo...

—¿Y desde ayer?

—Nada.

—¿Piensa usted que el Gobierno de Cochinchina ha suprimido los radios?

—No. Casi todos los empleados de la estación de T. S. F. pertenecen al *Joven Annam*. Nos hubieran avisado. Es Hong Kong quien no trasmite ya.

Una pausa.

—¿Y las fuentes chinas?

—Las fuentes chinas están dirigidas por la propaganda, con eso está dicho todo... Dicen que las cámaras de comercio han solicitado de su presidente que declare la guerra a Inglaterra, que los soldados ingleses de Shameen han

caído en manos de los cantoneses, que se preparan manifestaciones de importancia excepcional... ¡Cuentos! Lo único serio, lo único cierto es que, por primera vez, los ingleses de Hong Kong ven que la riqueza se les escapa de las manos. El boicot estaba bien. La huelga es mejor. ¿Qué seguirá a la huelga? Lástima que no sepamos nada más... Dentro de poco recibiré información. En fin, hace dos días que no zarpa ningún barco con destino a Hong Kong. Están todos allí, en el río...

—¿Y aquí?

—Las cosas no van mal, ¿sabe? Podrá usted llevarse por lo menos seis mil dólares. Espero seiscientos más, pero no tengo la seguridad. Sólo hace cuatro días que estoy aquí.

—Están bien embalados, a juzgar por los resultados...

—¡Oh, a fondo! El entusiasmo chino es bastante raro, pero esta vez hay que confesar que se muestran entusiastas. Y fíjese en que los seis mil dólares que voy a entregarle son en su mayoría donativos de gente humilde: culíes, obreros del puerto, artesanos...

—¡Claro! Tienen buenas razones para esperar... La aventura de Hong Kong, Shameen...

—Naturalmente, esta guerra latente contra una Inglaterra inmovilizada, incapaz de actuar —¡Inglaterra!—, les embriaga. Pero todo esto cuadra muy mal con la manera de ser china...

—¿Está usted completamente seguro?

Se calla, arrellanado en un rincón del coche, con los ojos semicerrados. Quizá reflexiona, quizá se deja penetrar por este aire fresco que nos descansa como un baño. En el azul incierto de la noche, los arrozales pasan a nuestro lado, grandes espejos grises pintados aquí y allá, a la aguada borrosa, matorrales y pagodas, todos dominados por los altos pilones de la estación de T. S. F. Metiéndose los labios hacia dentro y mordisqueándose el bigote, responde:

—¿Se ha enterado usted del complot de *La Mónada* que los ingleses acaban de descubrir en Hong Kong?

—No me he enterado de nada. Acabo de llegar.

—Bueno. Una sociedad secreta, *La Mónada*, se da cuenta de que la comunicación entre Hong Kong y Cantón está sólo asegurada por un vaporcillo, *El Homan*. Cuando se encuentra amarrado en el puerto, en Hong Kong, el vapor está guardado por un oficial inglés y unos cuantos marineros. Con muy buen sentido, los delegados de la sociedad comprenden la ventaja

que pueden obtener impidiendo que el barco zarpe hacia Cantón cargado con las armas que los ingleses envían a los contrarrevolucionarios.

—¿Va alguno de los nuestros en ese barco?

—No. Y las armas son lanzadas en barcas en cualquier punto desierto del Río de las Perlas. Exactamente igual que el contrabando de hachís en el canal de Suez.

»Pero volvamos al complot. Seis delegados, que saben muy bien que están arriesgando el cuello, matan al oficial y a los marineros, se hacen los amos del barco, trabajan en él durante cuatro horas y son hechos prisioneros por una ronda de voluntarios ingleses, al amanecer, en el momento en que se marchan llevándose —¿a que no lo adivina?— uno de los dos bloques de madera, de seis metros de largo, que llevan los barcos chinos en la proa con unos ojos pintados.

—No lo entiendo muy bien...

—Esos ojos son los que permiten al barco dirigirse. Si queda tuerto, encallará.

—¡Dios mío!

—¿Le extraña? ¡Caray, también a mí! Pero en el fondo...

»Sepa usted que la asociación más seria, en la que confía usted más, llegado el momento estará dispuesta a abandonarlo todo para ir en busca de un ojo pintado en un trozo de madera.

Y al ver que sonrío:

—Piensa usted que generalizo, que exagero. Ya se convencerá, ya se convencerá... Borodín y Garín pueden citarle cien casos del mismo tipo...

—¿Conoce usted mucho a Garín?

—Pues... hemos trabajado juntos... ¿Qué quiere que le diga...? ¿Conoce usted su actividad como director de Propaganda?

—Apenas.

—¡Oh! Es... No, es difícil explicarlo. Ya sabe usted que China desconocía las ideas tendentes a la acción. Esas ideas se han apoderado ahora de ella como la idea de igualdad se apoderó en Francia de los hombres del 89: como de una presa. Es posible que ocurra lo mismo en todo el Asia amarilla. En Japón, cuando los conferenciantes alemanes iniciaron la predicación de Nietzsche, los estudiantes, fanatizados, se arrojaban de lo alto de los peñascos. En Cantón la cosa es más oscura, y quizá incluso más terrible. Ni se sospechaba siquiera la existencia del más elemental individualismo. Los culíes están descubriendo que existen, simplemente que existen... Hay una ideología popular, como hay un arte popular, que no es una vulgarización,

sino *otra cosa*... La propaganda de Borodín dijo a los obreros y a los campesinos: «Sois unos tíos estupendos porque sois obreros, porque sois campesinos, y formáis parte de las dos fuerzas más grandes del Estado». Esto no dio el menor resultado. Pensaron que no se reconocen las grandes fuerzas del Estado por el hecho de ser las que reciben los golpes y se mueren de hambre. Estaban demasiado acostumbrados a que se les despreciase como tales obreros, como tales campesinos. Temían que la Revolución se acabase y verse a sí mismos recaer en el desprecio del que esperan liberarse. La propaganda nacionalista, la de Garín, no les ha dicho nada de ese género, sino que ha actuado sobre ellos de una manera confusa, profunda —e imprevista—, con una extraordinaria violencia, dándoles la posibilidad de creer en su propia dignidad, su importancia, si lo prefiere. Hay que ver a una decena de tiradores de ricksha, con sus jetas de gato socarrón, sus andrajos y sus sombreros de enea, hacer la instrucción como voluntarios, rodeados de una muchedumbre respetuosa, para sospechar lo que hemos conseguido. La Revolución francesa, la Revolución rusa fueron fuertes porque dieron a cada uno su tierra; esta revolución está dando a cada uno su propia vida. Contra esto, ninguna potencia occidental podrá hacer nada... ¡El odio! Se pretende explicarlo todo por el odio. ¡Qué manera de simplificar! Nuestros voluntarios son fanáticos por muchas razones, pero en primer término porque ahora desean una vida tal que... que no pueden por menos de escupir sobre la que tenían. Es posible que Borodín no lo haya comprendido bien todavía...

—¿Se entienden bien los dos capitostes?

—¿Borodín y Garín?

Por un momento tengo la impresión de que no quiere responderme. Pero no: reflexiona. Su rostro, así, parece muy fino. La noche se extiende. Sobre el ruido del motor del auto, no se oye más que el silbo rimado de las cigarras. Los arrozales siguen huyendo a ambos lados de la carretera; en el horizonte, una palmera se desplaza lentamente.

—No creo —continúa— que se entiendan *bien*. Se entienden, eso es todo. Se complementan. Borodín es un hombre de acción. Garín...

—¿Garín?

—Es un hombre capaz de acción. Cuando es necesaria. Escuche, encontrará en Cantón dos clases de gente. Los que vinieron en tiempos de Sun, en 1921, en 1922, para probar suerte o jugarse la vida, y a los que hay que calificar de aventureros; para ellos, China es un espectáculo al que están más o menos vinculados. Son personas en quienes el sentimiento revolucionario ocupa el lugar que el amor por el ejército ocupa entre los

legionarios, personas que nunca han logrado aceptar la vida social, que han exigido mucho de la existencia, que hubieran querido dar un sentido a su vida y que ahora, ya de vuelta de todo eso, *sirven*. Y los que vinieron con Borodín, revolucionarios profesionales, para los que China es una materia prima. Encontrará usted a todos los primeros en Propaganda, a casi todos los segundos en la acción obrera y el ejército. Garín representa —y dirige— a los primeros, que son menos fuertes, pero mucho más inteligentes...

—¿Usted estaba ya en Cantón antes de la llegada de Borodín?

—Sí —responde con una sonrisa—. Pero créame que hablo con toda objetividad...

—¿Y antes?

Se calla. ¿Va a contestarme que eso no es cosa mía? Estaría en su derecho... No. Sonríe de nuevo, y apoyando muy levemente la mano en mi rodilla:

—Antes, era profesor en el liceo de Hanoi.

La sonrisa se hace más marcada, más irónica también, y la mano aumenta su presión.

—Pero he preferido otra cosa, ya lo ve...

E inmediatamente continúa, como si quisiera impedirme formular otra pregunta:

—Borodín es un gran hombre de negocios. Extremadamente trabajador, valeroso, audaz cuando es preciso, nada complicado, dominado por su acción...

—¿Un gran hombre de negocios?

—Un hombre que necesita pensar de cada cosa: «¿Puede serme útil, y cómo?». Borodín es eso. Todos los bolcheviques de su generación están marcados por su lucha contra los anarquistas: todos piensan que hay que ser sobre todo un hombre preocupado por la realidad, por las dificultades del ejercicio del poder. Además, hay en él el rastro de una adolescencia de joven judío ocupado en leer a Marx en una pequeña ciudad letona, envuelto en el desprecio y con la Siberia en perspectiva...

»Las cigarras, las cigarras.

—¿Cuándo espera tener las informaciones de que me habló hace un momento?

—Dentro de unos minutos. Vamos a cenar a casa del presidente de la sección de Cholón, que es el propietario de un fumadero-restaurant como ése.

Pasamos, en efecto, ante restaurantes ornados de caracteres enormes y de espejos, en una atmósfera donde la vida no es más que luz y sonidos; profusión de reflectores, de espejos, de globos y bombillas, ruido de mahjong, fonógrafos, gritos de cantantes, flautas agudas, címbalos, gongos...

Las luces se hacen más y más próximas. El chófer cambia de velocidad y se exaspera, tocando sin descanso la bocina para poder avanzar a través de una multitud de tela blanca más densa que la de nuestros bulevares; obreros, chinos pobres de todas las profesiones se pasean comiendo golosinas y frutas, molestándose apenas para dejar pasar los coches que ladran y rechinan, mientras los chóferes annamitas gritan insultos. Ya no hay nada aquí que recuerde a Francia.

El auto se detiene ante un restaurante-fumadero, no rodeado de toscos balcones de hierro como los que acabamos de ver, sino menos colonial, con el aspecto de un pequeño hotel particular. Como de costumbre, la entrada, coronada por dos caracteres en negro sobre fondo dorado, no es más que espejos, a derecha, a izquierda, al fondo, incluso en los planos verticales de los escalones. En la caja, un chino obeso del que no se ve más que el torso desnudo echa cuentas en un ábaco, ocultando a medias una pieza profunda donde se agitan en la sombra cuerpos anaranjados y manos ágiles en torno a una inmensa fuente de langostinos nacarados y una pirámide de caparazones vacíos, escarlata, sin peso.

En el primer piso, un chino de unos cuarenta años, con aspecto de dogo, nos acoge (presentación) y nos hace entrar en seguida en un gabinete particular, donde nos esperan tres de sus compatriotas. Trajes blancos impecables, cuellos militares. En el canapé de madera negra, cascos coloniales. Presentaciones. (Naturalmente, imposible entender un solo nombre). Mesa pequeña sin mantel, cubierta de platos, de tacitas llenas de salsa; sillones de mimbre. La luz de las bombillas eléctricas suspendidas en profusión del techo horada la noche activa. Un rumor, sin cesar recubierto por las salvas de los petardos, el chasquido de los dominós, los golpes de gongo y, de cuando en cuando, el maullido del violín monocorde, toma posesión de la pieza con las bocanadas de aire caliente que se esfuerzan por expulsar los ventiladores.

El dogo, que es a la vez el propietario y el intérprete, me dice casi en voz baja, con un fuerte acento:

—El señor director del hospital francés ha venido a cenar esta semana...

Parece muy orgulloso de ello; pero el mayor de sus amigos le interrumpe:

—Diles que...

Gérard les aclara inmediatamente que entiendo el cantonés; su simpatía se hace más visible y la conversación comienza: palabrería democrática, «derechos del pueblo», etc. Tengo la violenta impresión de que la sola fuerza de esta gente radica en un confuso sentimiento, que los males que han padecido son la única cosa de que son verdaderamente conscientes. Pienso en las sociedades de provincias durante la Convención (aunque estos chinos son extremadamente corteses, en bien curioso contraste con su costumbre de escupir). ¡Qué fe ponen todos ellos en la palabra! ¡Y qué débiles deben de ser frente a la acción lúcida y tenaz de los comités técnicos a los que envían sus dólares...!

Esto es, en desorden, de lo que se han enterado hoy:

Desde todas las ciudades del interior, los ingleses se refugian urgentemente en las concesiones internacionales.

Las grandes federaciones de culíes han decidido que cada uno de sus miembros pagará de ahora en adelante cinco centavos diarios para ayuda de los huelguistas de Hong Kong.

En Shanghai y Pekín se está preparando una manifestación imponente con objeto de conmemorar las injustas violencias ejercidas por los imperialistas extranjeros y la afirmación de la libertad china.

En las provincias del Sur se está produciendo un gran número de alistamientos voluntarios.

El ejército cantonés acaba de recibir de Rusia una cantidad considerable de material de guerra.

Después, formalmente impreso en grandes caracteres, lo siguiente:

El corte de la electricidad es inminente en Hong Kong.

Ayer se cometieron cinco atentados terroristas. El jefe de policía ha resultado gravemente herido.

Al parecer, la ciudad está a punto de carecer de agua.

Por último, noticias relativas a la política interior, la mayoría de las cuales hace referencia a un tal Cheng-dai.

Acabada la cena, Gérard y yo descendemos entre un despliegue de mangas blancas y zalemas, y decidimos caminar un rato; el aire es fresco; no lejos, en el río, las sirenas de los barcos dominan por instantes, con un mugido largamente arrastrado por la húmeda atmósfera, la batahola de los restaurantes chinos.

Gérard marcha a mi derecha, inquieto. Ha bebido mucho esta noche...

—¿Se encuentra usted mal?

—No.

—Parece usted inquieto...

—¡Sí!

Apenas me ha respondido cuando se da cuenta de la brusquedad del tono de sus palabras, y añade en seguida:

—Tengo buenos motivos...

—¡Pero si todos parecían encantados...!

—¡Ah! ¡Esos...!

—Y las noticias son buenas...

—¿Cuáles?

—¡Las que nos han comunicado, demonios! El paro de la central eléctrica, el...

—¿De modo que no ha oído usted lo que decía mi vecino?

—El mío me hablaba de la revolución y de su padre, no me quedaba más remedio que escucharle...

—Decía que sin duda alguna Cheng-dai se opondrá a nosotros.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? ¿No le basta con eso?

—Quizá me bastase si...

—Hay que tener en cuenta que es el hombre más influyente de Cantón.

—¿En qué sentido?

—No puedo explicárselo. Además ya oirá hablar de él, no se preocupe. Es el jefe espiritual de toda la derecha del partido. Sus amigos le llaman el Gandhi chino. Aunque hay que decir que se equivocan.

—Precisemos: ¿qué es lo que quiere?

—¡Precisemos! ¡Cómo se nota que es usted joven...! No lo sé. Y es muy posible que él tampoco lo sepa.

—Pero ¿en qué le estorba?

—Nuestras relaciones eran más bien tensas. Ahora, parece que se dispone a acusarnos ante el Comité de los siete y ante la opinión...

—¿De qué?

—¡Qué sé yo! ¡Ah, sólo porque ha visto unos radiogramas maravillosos se cree usted que todo va bien! El interior es tan importante como el exterior, créame. No es sólo en Hong Kong; incluso en Cantón tenemos que luchar contra esos complots militares que los ingleses provocan continuamente y en los que ponen tantas esperanzas... La única noticia realmente buena que he recibido hoy es la herida del jefe de policía inglés. Hong tiene más cualidades de las que yo le suponía. Hong es el jefe de los terroristas, ese del que nos dan noticias de vez en cuando los radios: «Ayer se cometieron en Hong Kong dos

atentados... Tres atentados... Cinco atentados...», etc. Garín tenía en él una gran confianza... Trabajó con nosotros, fue su secretario. ¡Mira que ir a buscar a ese monigote para convertirlo en su secretario! ¡Vaya una idea! Para él, Hong tiene la fiebre de la juventud. Ya se desengañará. Pero hay que reconocer que es muy divertido. La primera vez que lo vi fue en Hong Kong, el año pasado, me enteró de que está decidido a matar al gobernador con una Browning, él, que era incapaz de meter una bala en una puerta a diez pasos de distancia. Se presenta en mi habitación del hotel, balanceando las manos, grandes como raquetas. ¡Un chiquillo, verdaderamente un chiquillo! «¿Es-tá us-ted al co-rrien-te de mi pro-yec-to?». Con un acento muy pronunciado; daba la sensación de cortar las palabras en sílabas con las mandíbulas. Le explico que «su proyecto», como él dice, no es inteligente; me escucha, muy molesto, durante un cuarto de hora. Después: «Sí. Só-lo que e-so no im-por-ta. Ma-la suer-te. He presta-do ju-ra-men-to». ¡Evidentemente, no se podía hacer más que demolerlo todo! Había jurado, sobre la sangre de su dedo, en cualquier pagoda perfeccionada... Se molestó mucho mucho. A pesar de todo, yo le miraba con simpatía: los chinos de ese tipo no abundan. Por último, cuando se disponía a marcharse, sacudió los hombros como si tuviese pulgas y me estrechó la mano diciendo, muy lentamente, de veras: «Cuan-do me con-de-nen a la pe-na ca-pi-tal, ha-brá que de-cir a los jó-ve-nes que de-ben i-mi-tar-me». Hacía años que yo no había oído decir «la pena capital» en lugar de «muerte». —Se ve que ha leído...— Pero sin ningún sentimentalismo, como hubiese dicho: «Cuando haya muerto, que me incineren...».

—¿Y el gobernador?

—Pensaba matarlo durante no sé qué ceremonia, dos días más tarde. Todavía puedo verme, sentado en la cama, desnudo y con los pelos revueltos, con un calor horroroso —aunque no eran más que las diez—, en medio de un estrépito de cláxons, bocinas y gritos, preguntándome si todo aquello indicaba el fin de la ceremonia o el del gobernador... Pero Hong, considerado como sospechoso, había sido expulsado de la ciudad aquella misma mañana... En medio de aquel escándalo de autos y gente que callejeaba, veía sus mandíbulas silabear las palabras y, sobre todo, oía su voz que me decía:

«Cuan-do me con-de-nen a la pe-na ca-pi-tal...».

Sigo oyéndolo aún... Y no era un farol, ¿sabe? Pensaba de verdad, pese a su extraño vocabulario, que sería condenado a muerte. Cosa que terminará por ocurrir... Un chiquillo...

—¿De dónde ha salido?

—De la miseria. No creo que haya conocido nunca a sus padres. Los reemplazó ventajosamente por un tipo que en la actualidad vende en Saigón curiosidades, recuerdos, cosas de ese tipo... ¡Espere! ¿Le apetece tomarse un Pernod, un verdadero Pernod?

—Desde luego.

—Eso no se rechaza. Iremos a verle mañana... Eso le permitirá conocer a uno de los hombres que han «formado» a los terroristas. Se van haciendo raros... ¿Tiene ganas de acostarse?

—No demasiadas.

Llama al chófer, que se acerca.

—Al Thi Sao.

Nos vamos. Suburbio alumbrado por escasas farolas, muros ennegrecidos, arroyos en que tiemblan grandes estrellas desdibujadas, noche informe, perforada aquí y allá por manchas cuadradas: los tenderetes annamitas, en que velan vendedores inmóviles entre pilas de tazas azules... ¿De verdad Gérard es un antiguo profesor? Su carácter, su vocabulario cambian a medida que se va cansando... Me gustaría saber...

Marchamos muy deprisa, y ahora casi siento frío. Arrellanado en mi rincón, con los brazos cruzados para protegerme del frío, oigo aún la verborrea democrática de la cena, esas fórmulas, irrisorias en Europa, recogidas aquí como los viejos vapores recubiertos de orín; veo aún el grave entusiasmo que hacen nacer en todos los hombres, que son casi unos viejos... Y el comité cantonés que dirige todo esto se yergue lentamente tras esos telegramas que Hong Kong no puede ocultar y que aparecen uno a uno, como heridas.

* * *

1.º de julio

Hong Kong. —Los enfermeros chinos de los hospitales están todos en huelga.

Los barcos de la Compañía de navegación de Indochina están inmovilizados en el puerto.

Nuevos atentados han sido cometidos ayer.

No hay noticias de la concesión de Shameen.

Tristeza, fastidio, nerviosismo por no saber qué hacer en esta ciudad en la que me veo obligado a esperar a que zarpe de nuevo el barco, cuando quisiera

tanto estar en Cantón. Gérard se reúne conmigo en el hotel. Comemos temprano, casi solos en la sala; me cuenta, menos confusamente que ayer, la historia de ese Hong que actualmente está haciendo ejecutar, uno tras otro, a los jefes de los servicios ingleses, y del hombre al que vamos a ver esta tarde, el hombre al que el azar, dice Gérard, convirtió en el «partero» de Hong. Se llama Rebecchi; es un genovés que ha pasado por la revolución china con una tranquilidad de sonámbulo. Al llegar a China, hace ya de ello algunos años, abrió un almacén en Shameen; pero los europeos ricos le inspiraban tanta antipatía que lo abandonó y se estableció en el mismo Cantón, donde Gérard y Garín le conocieron en 1920. Vendía a los chinos la pacotilla de los bazares de Europa y, particularmente, poseía una serie de pequeños autómatas: pájaros cantarines, bailarinas, un gato con botas, que una moneda ponía en movimiento, y de eso vivía. Hablaba con soltura el cantonés y se había casado con una indígena muy bella, que después había engordado mucho. Hacia 1895 había sido anarquista militante; no le gustaba hablar de aquella parte de su vida, que recordaba con orgullo pero con tristeza y que lamentaba tanto más por saber hasta qué punto se había debilitado.

«¿Qué quieren ustedes? Todo eso son cosas pasadas...».

Gérard y Garín iban a veces a verle hacia las siete; su gran letrero luminoso acababa de encenderse; chiquillos con los cabellos en copete lo contemplaban, sentados en corro en el suelo. Manchas de luz se prendían en las lentejuelas y las sedas de las muñecas; de la cocina llegaba el ruido de un remover de cacerolas. Rebecchi, echado en una tumbona de mimbre en medio de su estrecho almacén, soñaba en giras por el interior de la provincia, con nuevos y numerosos autómatas. Los chinos harían cola a la entrada de su toldo; volvería rico: podría comprar una vasta sala en la que el público encontraría *punching-balls*, negros con la tripa de terciopelo rojo, fusiles eléctricos, toda clase de tragaperras y, quizá, una bolera... Al llegar Garín, salía de su ensueño como de un baño, sacudiéndose, le tendía la mano y le hablaba de magia. Era su manía. No es que fuera verdaderamente supersticioso, pero era curioso. No habiendo nada que probase la presencia de demonios en la tierra, y particularmente en Cantón, pero no habiendo nada tampoco que demostrase su ausencia, convenía invocarlos. Y él invocaba a muchos, observando los ritos, desde aquellos cuyos nombres encontraba en un Grand Albert incompleto hasta los que conocían íntimamente los mendigos y los sirvientes. Encontraba pocos demonios, pero muchas indicaciones que aprovechaba para asombrar a sus clientes o curarlos, dado el caso, de enfermedades benignas. Apenas fumaba opio; con frecuencia, a la

hora de la siesta, se veía deambular su silueta blanca: casco aplanado, torso estrecho, amplios pantalones de zuavo y los pies hacia fuera de Charlot; pues le gustaba salir acompañado de una bicicleta, que arrastraba durante más tiempo que empleaba, una bicicleta antigua, pero siempre cuidadosamente engrasada.

Vivía rodeado de chiquillas a las que había recogido, sirvientes cuyo principal trabajo consistía en escuchar sus historias y a las que vigilaba celosamente su esposa china, que no ignoraba que a él le hubiese interesado intentar con ellas ciertas experiencias. Obsesionado por un erotismo de colonial, sólo dejaba *Las clavículas de Salomón* para leer o releer *El reino del látigo*, *Esclava* o cualquier otro libro francés del mismo género. Después se entregaba a largos ensueños de los que salía temeroso y engolosinado, como un niño miedoso. «Signore Garín, ¿cree usted que hay cosas sucias en el amor? —No, amigo mío, ¿por qué? —Perqué, perqué... eso me interesa...». Una edición de *Los miserables* y unos cuantos folletos de Jean Grave, que conservaba pero que ya no admiraba, completaban su biblioteca.

En 1918 había cobrado una viva simpatía por Hong, al que había distinguido entre los jóvenes chinos que venían a escucharle. Pronto había abandonado los cuentos de fantasmas y le había enseñado el francés (ya no poseía ningún texto italiano y apenas sabía el inglés). Una vez que supo hablar, Hong aprendió a leer; después, aprendió casi solo el inglés, que casi no sabía, y leyó todo lo que pudo encontrar... poca cosa. La experiencia de Rebecchi sustituyó para él las enseñanzas que proporcionan los libros. Les unía una profunda amistad, que no se manifestaba nunca y que difícilmente permitirían adivinar la brusquedad de Hong y la ironía tímida y torpe del genovés. Hong, acostumbrado a la miseria, había comprendido rápidamente el valor del carácter de su viejo camarada, que no daba limosna, pero que llevaba a los mendigos a «tomar un vaso» (hasta el día en que, furioso al ver su resplandeciente comercio invadido por un grupo de famélicos, precisamente cuando él no tenía una perra, los echó a todos a patadas) y que, cuando se habían llevado a su hermano a Biribí, lo había dejado todo para instalarse cerca del presidio, a fin de encontrar las «combinas» susceptibles de hacer su existencia menos penosa y para poder de cuando en cuando, al ir a visitarle, besarle en la boca y deslizar en ella un luis de oro. Por su parte, Rebecchi se había sentido conmovido ante este adolescente que estallaba en una risa de negro cuando le contaba alguna historia, pero en el que adivinaba un raro valor, una singular firmeza ante la muerte y, sobre todo, un fanatismo

que le intrigaba. «¡Ah, tú! Si no te matan demasiado joven, harás grandes cosas...».

Hong leyó a Jean Grave y, cuando lo hubo terminado, preguntó su opinión a Rebeci.

Rebeci reflexionó antes de hablar —cosa que raras veces hacía— y dijo:

«Tengo que pensarlo, perqué, compréndelo, pequeño, Jean Grave no es para mí un cualquiera, es mi juventude... Yo soñaba en cosas, ahora hago funcionare pácaros mecánicos. Era una época migliore que ésta; pero no teníamos razón. ¿Te extraña que te diga esto, eh? No, no teníamos razón. Perqué... escúchame bene, cuando no se tiene más que una vida, no se trata de cambiare el estado sociale. Lo que resulta difícil es saber lo que uno quiere. Mira, si tú le atizas un bombazo al maquistrado, ¿comprendes?, él revienta, eso está bene. Pero si haces un periódico para dar a conocer la doctrina, a nadie le importa un rábano...».

Su vida era un fracaso. No sabía demasiado bien por qué, pero era un fracaso. No podía volver a Europa: era ya incapaz de realizar un trabajo manual y no quería aceptarlo de otro tipo. Y en Cantón se aburría, aunque, en resumidas cuentas... ¿Se aburría o es que se reprochaba el haber aceptado una vida poco digna de las esperanzas de su juventud? Pero ¿no es ése un reproche digno de un imbécil? Le habían propuesto la dirección de un servicio de la policía de Sun-yat Sen; sus sentimientos de anarquista eran aún demasiado fuertes y se sabía incapaz de hacer denunciar o vigilar a un hombre. Más tarde, Garín le había propuesto trabajar con él. «No, no, signore Garín, es usted muy amable, pero ¿sabe?, io creo que es demasiado tarde...». Quizá se había equivocado... En suma, estaba, si no contento, al menos tranquilo entre sus demonios, sus libros de magnetismo, su china, Hong y sus aparatos automáticos...

Hong meditó el confuso juicio que Rebeci hacía de su propia vida. La sola cosa que el Occidente le había enseñado con bastante fuerza para que le fuese imposible liberarse de ella era el carácter único de la vida. Una sola vida, una sola vida... Eso no le había hecho concebir el temor a la muerte (nunca había llegado a comprender plenamente lo que era la muerte; aún ahora, morir no era para él morir, sino sufrir hasta el extremo una herida muy grave), pero sí el temor profundo y constante a estropear esa vida que era la suya y de la que jamás podría borrar nada.

En ese estado de incertidumbre se encontraba cuando se convirtió en uno de los secretarios de Garín. Garín lo había elegido por la influencia que le daba ya su valor sobre un grupo bastante numeroso de jóvenes chinos, que

constituían la extrema izquierda del partido. Hong estaba seducido por Garín, pero, por las noches, transmitía a Rebeci, no sin cierta desconfianza, sus palabras y sus órdenes. El viejo genovés, echado en su tumbona y ocupado en hacer girar un molinete de papel o en contemplar una de esas bolas chinas llenas de agua en las que se ven jardines fantásticos, dejaba el objeto, cruzaba las manos sobre el delgado vientre, levantaba las cejas perplejo y terminaba por responder: «¡Ah, bene! Puede que Garín tenga razón, puede que tenga razón...».

Por último, como sus dudas se hacían cada vez más frecuentes y Rebeci era cada vez más pobre, había aceptado un puesto en el Servicio de informaciones generales, tras haber especificado que quedaba bien entendido que él «no se chivaba de nadie». Y Garín le había enviado a Saigón, donde le resultaba útil.

Terminamos de comer, y nos marchamos ya, la espalda curvada bajo el calor, cuando Gérard se calla. Es la hora en que se encuentra a Rebeci.

Entramos en un pequeño bazar: tarjetas postales, budas, cigarrillos, cobres de Annam, dibujos de Camboya, *sampots*^[2], cojines de seda con dragones bordados; colgados de la pared, fuera de la luz del sol, vagos objetos de hierro. En la caja, una china muy gorda duerme.

—¿Está el dueño?

—No, señor.

—¿Dónde?

—No sé.

—¿Taberna?

—Puede sel tabelna Nam Long.

Atravesamos la calle: la «tabelna Nam Long» está enfrente. Café silencioso; en el techo, lagartijas de color pardo duermen la siesta. Dos criados, transportando pipas de opio y cubos de porcelana en que los fumadores apoyan la cabeza, se cruzan en la escalera; ante nosotros, los *boys* duermen, desnudos hasta la cintura, con los cabellos extendidos sobre el brazo doblado. Recostado solo en el banco de madera negra, un hombre mira ante sí, balanceando lentamente la cabeza. Cuando ve a Gérard, se levanta. Me quedo un poco sorprendido: yo esperaba un personaje garibaldino; es un hombrecillo seco, de manos nudosas, con el pelo aplastado y ya canoso cortado en círculo, con aspecto guiñolesco...

—Aquí hay un hombre que no se ha tomado un Pernod desde hace años —dice Gérard señalándome con el dedo.

—Está bene —responde Rebeci—. Vamos por él.

Sale. Le seguimos. «Garín le ha puesto el Remendón de mote», me murmura Gérard al oído mientras cruzamos la calle.

Entramos en su almacén y subimos al primer piso. La china levanta la cabeza, nos mira pasar y vuelve a dormirse. La habitación es amplia. En el centro, una cama con mosquitero; a lo largo de las paredes, cantidad de objetos bajo una tela rameada. Rebeci nos deja. Oímos una cerradura que chirría, un cofre que se cierra bruscamente, el agua que corre de un grifo y burbujea en un vaso.

—Voy a bajar un minuto —dice Gérard—. Tengo que charlar un rato con su china, si no está demasiado dormida. A ella le gusta.

El minuto es largo. Rebeci vuelve el primero, trayendo en una bandeja una botella, azúcar, agua y tres vasos... siempre en silencio. Se sienta y prepara él mismo los tres Pernods, sin hablar. Al cabo de un rato:

—Pues ya ve, que me he cubilado...

—Rebeci —grita Gérard, que sube al fin la escalera, atusándose la barba —, el camarada espera que le cuentes cosas de tu hijo espiritual. ¡Ah! Me he quedado abajo demasiado tiempo. Me dio la impresión de que nos habían seguido. Pero no.

No ha visto cómo ha cambiado la expresión de Rebeci al hablar de Hong.

—Si no te conociera como te conosco, tendrías ya mis manos alrededor de tu garganta... ¡No se bromea con eso!

—Pero ¿qué te pasa?

—¿Te parece entonces que es el día más a propósito?

—¿Qué día?

Rebeci se encoge de hombros, fastidiado.

—¿No has estado en casa del presidente esta mañana para el banquete?

—No.

—Pero ¿ahora me sales con ésas?

—Estamos citados a las cinco.

—¡Ah, conque es eso...! A él tendrás que pedirle poticias de Hong, a él. Él te dirá que tienen a Hong entre sus zarpas.

—¿Los ingleses? ¿Los blancos? ¿Desde cuándo?

—Ayer por la noche, dice él. Dos horas después de la emisión de los radios, poco más o menos...

Da golpecitos en el vaso con la cuchara, después bebe de un trago:

—Otro día, no dico que no... Y aquí está el Pernod para los amigos...

2 de julio
Descenso del río

Parecía que la angustia debería aumentar a medida que nos acercamos a la meta. Nada de eso: el paquebote está dominado por el torpor. Hora a hora, mientras que, con las manos empapadas en sudor, costeamos las planas orillas del río, Hong Kong se hace más real, deja de ser un nombre, un lugar cualquiera en el mar, un decorado de piedra; todos sienten penetrar en ellos la vida. Ya no hay verdadera angustia: un estado confuso en el que se entremezclan la enervante regularidad de la marcha del navío y la conciencia, en el interior de cada uno, de gozar de sus últimos instantes de libertad. Los cuerpos no están aún comprometidos, la inquietud no tiene más que un objeto abstracto. Minutos extraños, durante los que las viejas potencias animales se apoderan de todo el barco. Embotamiento casi feliz, indolencia nerviosa. No ver todavía, conocer solamente las noticias, no ser aún *invadido*...

5 de julio
Las cinco

Se ha declarado en Hong Kong la huelga general.

Las cinco y media

El Gobierno proclama el estado de sitio.

Las nueve
En la ensenada de Hong Kong

Acabamos de sobrepasar el faro. Las tentativas de sueño se han abandonado; hombres y mujeres permanecen en el puente. Gaseosas, whiskies con soda. A ras del agua, series de bombillas eléctricas dibujan en líneas de puntos luminosos el contorno de los restaurantes chinos. Arriba, la masa del peñón

famoso, potente, de un negro compacto en la base, asciende degradándose hacia el cielo y termina por redondear, entre las estrellas, su doble joroba asiática rodeada de una ligera bruma. No es una silueta, una superficie recortada de papel, sino algo sólido y profundo como una verdadera materia, como una tierra negra. Una línea de globos (¿una carretera?) ciñe la más alta de las dos jorobas, el Pico, como un collar. De las casas sólo se ve un semillero de luces increíblemente juntas, casi mezcladas por encima del perfil tembloroso de los restaurantes chinos y que se disgrega, como el negro de la roca, a medida que se eleva para perderse allá arriba entre las estrellas resplandecientes y grávidas. En la bahía, muy numerosos, duermen grandes paquebotes, iluminados, con sus hileras de ojos de buey, cuyos reflejos en zigzag se mezclan en el agua cálida con los de la ciudad. Todas estas luces en el mar y en el cielo de China hacen pensar, no en la fuerza de los blancos que las han creado, sino en un espectáculo polinesio, una de esas fiestas en que los pintados dioses son honrados mediante grandes sueltas de cucuyos lanzados en la noche de las islas, como semillas...

Vertical, una borrosa pantalla pasa ante nosotros, ocultándolo todo, sin otro sonido que el de una guitarra monocorde: vela de junco. El aire es tibio... ¡y tan calmado...!

El paisaje de puntos luminosos cesa de pronto de avanzar hacia nosotros. ¡Alto! Las anclas se hunden con un estrépito ensordecedor de hierros en movimiento. Mañana por la mañana, a las siete, subirá a bordo la policía. Prohibido desembarcar.

La mañana

Los marineros del paquebote transportan nuestro equipaje en la chalupa de la Compañía. Ni un solo culí ha venido a proponer sus servicios. Navegamos a ras del mar, apenas zarandeados por esta agua espesa de laguna. De repente, al doblar un pequeño cabo erizado de chimeneas y de señalizaciones, aparece el barrio comercial: altos edificios situados de perfil respecto al muelle, una franja de Hamburgo o de Londres aplastada por un cono de vegetación intensa y un cielo en el que el aire trasparente tiembla como si saliese de un horno. La chalupa atraca al desembarcadero de la estación, de donde hasta hace poco salía el ferrocarril hacia Cantón.

Los culíes siguen sin aparecer. Según se dice, la Compañía ha rogado a los grandes hoteles europeos que envíen personal... Nadie. Los pasajeros izan

con grandes esfuerzos sus baúles, ayudados por los marineros.

Aquí está la calle principal. Límite entre el peñón y el mar, la ciudad, edificada sobre el uno, aferrada al otro, es un creciente en el que esta calle, cortada perpendicularmente por todas las rampas que desembocan en el muelle del Pico, dibuja en bajo relieve una gran palma. De ordinario, toda la actividad de la isla se concentra en ella. Hoy está desierta y silenciosa. De tarde en tarde, muy juntos y recelosos, dos voluntarios ingleses vestidos de boy-scouts se dirigen al mercado para distribuir las verduras o la carne. Ruido de chanclos en la lejanía. Ninguna mujer blanca. Ni un solo automóvil.

Llego ya a los almacenes chinos: joyerías, vendedores de jade, comercios de lujo; encuentro menos casas inglesas; y al trazar la calle un brusco recodo, dejo de verlas. El recodo es doble, y la calle aparece cerrada como un patio. Por todas partes, en todos los pisos, caracteres: negros, rojos, dorados, pintados en tabletas verticales o fijados sobre las puertas, enormes o minúsculos, a la altura de los ojos o suspendidos allá arriba, contra el rectángulo del cielo, me rodean como una bandada de insectos. Al fondo de grandes agujeros sombríos, limitados por tres paredes, los mercaderes, con grandes blusones, sentados en un mostrador, contemplan la calle. Tan pronto como aparezco, vuelven sus ojillos hacia los objetos colgados del techo desde hace milenios: jibias aporreadas, calamares, pescados, salchichas negras, patos barnizados con color de jamón, o hacia los sacos de grano y las cajas de huevos envueltos en tierra negra depositados en el suelo. Densos rayos de sol, delgados, cargados de un polvo leonado, caen sobre ellos. Si, tras haberlos rebasado, me doy la vuelta, encuentro su mirada que me sigue, calculadora, plena de odio.

Ante los Bancos chinos, coronados por rótulos dorados y cerrados con rejas, como prisiones o carnicerías, montan la guardia soldados ingleses; de cuando en cuando, oigo el choque de las culatas de sus carabinas contra el asfalto. Símbolo inútil: la tenacidad de los ingleses, que supo conquistar esta ciudad al peñón y a China, carece de fuerza contra la pasividad hostil de trescientos mil chinos resueltos a dejar de ser vencidos. Armas vanas... No es solamente la riqueza, es también el combate lo que se le escapa a Inglaterra.

* * *

Las cuatro. Siesta febril a causa del ventilador que casi no gira porque el funcionamiento de la central eléctrica sólo está asegurado parcialmente. Hace todavía muchísimo calor, y en las calles, del asfalto brillante y que refleja el

cielo azul, un calor aún más fuerte que el de la atmósfera sube con el polvo. El subdelegado del Koumintang tiene que entregarme unos documentos. El delegado principal, un báltico, acaba de ser expulsado. Quizá vea al organizador europeo de la huelga, el alemán Klein.

Lo único que sé de ese subdelegado es que se llama Meunier, que fue obrero mecánico en París y sargento ametrallador durante la guerra. Su aspecto, en el umbral de su sencillísima casa colonial, al pie del Pico, me sorprende. Yo pensaba que sería bastante mayor; no representa más de treinta y cinco años. Es un muchacho afeitado, sólido, al que el labio superior muy próximo a la fina nariz, unos ojillos muy vivos y los revueltos mechones de pelo le dan vagamente el aire de un gracioso conejo; cordial, locuaz, visiblemente dichoso de hablar en francés, hundido en su sillón de rota, ante dos altos vasos de menta fresca recubiertos de vahó... Al cabo de diez minutos, está lanzado:

—¡Ay, chico, qué hermoso espectáculo! El dogo de la casa Old England, el auténtico, la personificación de Hong Kong, se pudre de pie, pasto ya de los gusanos. Has visto las calles, ¿no?, puesto que has llegado esta mañana. No es nada feo. Es bonito incluso. Pero eso no es nada, amigo, eso no es nada. Hay que verlo por dentro para encontrarlo verdaderamente hermoso.

—¿Y qué se ve por dentro?

—Bueno, un montón de cosas. Los precios, por ejemplo. Las casas que valían cinco mil dólares el año pasado, ahora, si se quiere venderlas, hay que pedir mil quinientos.

»La policía no cuenta más que un montón de patrañas. Como cuando hicieron correr el rumor de que habían pescado a Hong. ¡Ja, ja, ja!

—¿No era cierto?

—¡Qué va!

—Pues todo el mundo en Saigón creía...

—¡Bah! Nunca faltan bulos. Hong está en Cantón, bien tranquilo.

—¿Conoces a Borodín?

—Me imagino a Clemenceau parecido a él cuando tenía cuarenta o cuarenta y cinco años. Mucha experiencia. Lo único que se le puede reprochar es que tiene demasiado cariño a los rusos.

—¿Y Garín?

—Últimamente ha hecho algo asombroso: transformar a los huelguistas de Cantón (que viven del subsidio que Borodín y él han logrado que les pague el Gobierno) en agentes activos de propaganda. ¡Un ejército...! Pero empieza a tener cara de cadáver, el buen Garín. Paludismo, disentería... ¡qué sé yo!

»¿Un poco más de menta, eh? No se está mal en un sillón a estas horas... ¡Ah!, ten, guárdate los papelotes; así estarás seguro de no olvidarlos. Ha sido una buena idea la que han tenido los ingleses de asegurar el servicio Hong Kong-Cantón por medio de una tripulación de la flota de guerra. Klein se presentará dentro de un momento. Os vais juntos. Él no tenía que marcharse hasta dentro de unos días, pero lo han localizado y tiene que largarse a toda prisa, a juzgar por los soplos que me han llegado de la policía. Seguramente, tampoco a mí me queda mucho tiempo...

—¿Estás seguro de que no me registrarán esta noche al salir?

—No hay ningún motivo. Te encuentras de paso y saben que tus papeles están en regla. Saben también que no les vale de nada registrar. De todas maneras, toma tus precauciones, claro. Para conseguir algo, tendrían que enchironarte, y todavía no hay ningún peligro por ese lado. De expulsión, todo lo más.

—Es curioso...

—No, es muy sencillo. Prefieren el *Intelligence Service* y, si es necesario, intervenir a la chita callando. Y tienen razón. Al fin y al cabo, su situación es muy especial: legalmente, no están en guerra con China.

»En este momento podrían intentar encontrar algo, pero no tienen tanto interés en conservaros a ti y a Klein. Os encuentran más bien molestos...

»Pero, dime, ¿no conoces a Klein? No, es verdad, acabas de llegar...

Dice la frase en un tono tan especial que le pregunto:

—¿Qué tienes que echarle en cara?

—Es un poco raro... Aunque, como profesional, es realmente bueno. Acabo de verle trabajar, y puedes creerme, ¡sabe muy bien en qué consiste la puesta en marcha sucesiva de huelgas!

»A propósito de trabajo, hace poco quería decirte que uno de los momentos en que Garín estuvo verdaderamente a la altura fue al organizar la Escuela de cadetes. Eso sí que ha sido algo serio. Yo le admiro. Hacer un soldado de un chino nunca ha sido cosa fácil. Y de un chino rico, todavía menos. Ha conseguido reclutar un millar de hombres con los que formar los oficiales de un pequeño ejército. En un año serán diez veces más, y entonces no veo qué ejército chino podría oponérseles... El de Chang-tso Lin, quizá... Pero no es demasiado seguro. En cuanto a los ingleses, si pretenden jugar al cuerpo expedicionario (suponiendo que los camaradas de allá abajo sean lo bastante zoquetes para dejarlos salir), vamos a divertirnos... Reunir a los cadetes no supone nada: él les ha dado títulos, insignias, les ha hecho respetar... Bueno, todo eso podía hacerse. Pero les ha hecho conocer la

existencia de ese vicio tan poco conocido en China que se llama coraje. Me inclino ante él; ciertamente, yo no lo hubiera logrado. Ya sé que ha tenido una gran ayuda por parte de Gallen, y sobre todo del comandante de la escuela, Chang-kai Chek. Fue Chang quien reclutó con Garín los primeros mandos serios. Y, fíjate, lo hizo del mismo modo que los ingleses hicieron esta ciudad: hombre a hombre, coraje a coraje, solicitando, exigiendo, obligando a actuar. Y aquello no debió de ser ninguna broma... Enfrentarse a macacos con la uña del dedo meñique así de larga para conseguir extirparles a sus críos... ¡Me parece estar viéndolo...! Lo que le ayudó fue el envío a Whampoa de un hijo del antiguo virrey. Y luego su propia familia, creo... En fin, está muy bien. Y meter en la cabeza de la gente que los cadetes no son soldados, sino los servidores de la Revolución, también está muy bien. Ya se vieron los resultados el 25 en Shameen.

—¡Pues no fueron tan brillantes...!

—¿Porque no tomaron Shameen? ¿Piensas que querían tomarla?

—¿Tienes informaciones serias sobre eso?

—Las conseguirás allá. Yo creo que la cosa iba dirigida sobre todo contra Cheng-dai. A ése, cada vez se está haciendo más necesario ponerle ante un hecho consumado. Bueno, ya se verá. Lo que está visto es que, cuando las ametralladoras empezaron a tirar sobre los nuestros, la multitud abandonó el campo, como de costumbre, pero hubo unos cuantos tipos que se les echaron encima: los cadetes. Los encontraron a treinta metros de las ametralladoras... en tierra, como es de rigor. Tengo la vaga idea de que a partir de ese día algo ha cambiado en China.

—¿Por qué el ataque de Shameen podría estar dirigido contra Cheng-dai?

—He dicho quizá. Me da la impresión de que ya no nos sentimos muy a gusto juntos y desconfío particularmente de su amigo, el gobernador Wu-hon Min.

—Gérard se sentía ya inquieto...

»Su popularidad ¿sigue siendo tan grande?

—Parece que ha disminuido mucho últimamente...

—Pero ¿cuál es su función?

—No hay funciones en el Estado. Pero es el jefe de ese batiburrillo de sociedades secretas que forman lo más notorio de la derecha del Kuomintang. Chico, cuando Gandhi, que no tenía ninguna función, ordenó el Hartal, cuando dijo a los hindúes que se declarasen en huelga por primera vez, bueno, dejaron todos el trabajo, pese a la llegada del príncipe de Gales, y el príncipe atravesó Calcuta como si se encontrase en una escuela de sordomudos.

Naturalmente, después muchos hindúes perdieron su trabajo y están más o menos muertos de hambre. Pero de todas maneras... Aquí las fuerzas morales son algo tan cierto, tan seguro, como esta mesa o este sillón...

—Pero Gandhi es un santo.

—Es posible. En realidad, no saben nada. Gandhi es un mito, ésa es la verdad. Cheng-dai también. No se encuentran personas así en Europa.

—¿Y el Gobierno?

—¿El de Cantón?

—Sí.

—Una especie de fiel de balanza que oscila, esforzándose por no caer de Garín y Borodín, que tienen a la policía y los sindicatos, en Cheng-dai, que no tiene nada, pero no por eso es menos real... Amigo, la anarquía se produce cuando el Gobierno es débil, no cuando no existe Gobierno. Además, siempre hay un Gobierno; cuando la cosa no marcha, hay varios, eso es todo. Garín pretende comprometer hasta el cuello al actual, quiere hacerle promulgar su condenado decreto. ¡Seguro que eso es lo que les da el canguelo a los ingleses! Hong Kong sin barcos que hagan escala, Hong Kong prohibido a los barcos que se dirigen a China, está hecho polvo, reventado. Piénsalo: tan pronto como se trató de eso, en seguida pidieron la intervención militar. ¿Lo ves...? Será muy astuto Garín si lo consigue. Pero la cosa está embarrancada... está embarrancada...

—¿Por qué?

—Bueno... es difícil decirlo. Al Gobierno, ¿comprendes?, le gustaría mucho coexistir con nosotros, incluso por encima de nosotros si fuese posible; tiene miedo de que, si nos sigue demasiado lejos, nos lo traguemos, o los ingleses o nosotros. Si sólo hubiese que luchar contra Hong Kong... Pero el interior... ¡El interior! Gracias a él esperan vencernos... Habrá que ocuparse más a fondo de eso...

Bebemos nuestros grandes vasos de menta en medio de un silencio raro en los trópicos y que ni siquiera turba el parado ventilador. Silencio sin los gritos, cantarines de los vendedores ambulantes, sin petardos chinos, sin pájaros, sin cigarras. Un viento muy suave procedente de la bahía separa blandamente las esteras tendidas a través de las ventanas, descubre un triángulo de pared blanca cubierta de lagartos adormecidos y trae el olor de la carretera, donde se recuece el asfalto. De cuando en cuando, única, la llamada de una sirena lejana, solitaria y como ahogada, sube desde el mar...

Klein llega hacia las cinco, visiblemente cansado, y se deja caer de golpe, con las manos sobre las rodillas, en un sillón cuya rota rechina bajo su peso. Es alto, ancho de espaldas, y su rostro, muy particular, me sorprende. Se encuentra a veces su tipo en Inglaterra, pero raramente en Alemania. En esos ojos claros, dominados por espesas cejas, en esa nariz aplastada y en esa formidable línea de la caída boca, prolongada por profundas arrugas que van desde la nariz hasta el mentón, en ese ancho y aplanado rostro, en ese cuello macizo, hay una mezcla de boxeador, de dogo y de carnicero. Sin duda en Europa su piel era muy roja, porque sus mejillas presentan señales de acné; aquí es oscura, como la de todos los europeos. Se expresa primero en francés, con un marcado acento de Alemania del Norte, que da a su voz un poco ronca un tono cantarín, casi belga, pero, extremadamente fatigado, le cuesta mucho trabajo expresarse y pronto toma el partido de hablar en alemán. De vez en cuando, Meunier resume en francés su conversación:

La huelga general de Cantón, destinada a fortalecer el poder de los jefes de la izquierda, a debilitar la capacidad de los moderados y, al mismo tiempo, a herir en el propio Cantón, a través de los ricos comerciantes opuestos al Kuomintang y que comercian con los ingleses, la fuente principal de la riqueza de Hong Kong, lleva ya diez días de duración, Borodín y Garín se ven obligados a sostener cincuenta mil hombres con los fondos de huelga, es decir, con los impuestos recaudados en Cantón y los fondos enviados por los innumerables chinos revolucionarios de las «colonias». La orden de huelga en Hong Kong, haciendo cesar el trabajo de más de cien mil obreros, obliga al Gobierno cantonés a conceder un salario de huelga a un número tan grande de trabajadores que los fondos destinados a esos salarios estarán agotados en pocos días; ya no se pagan los subsidios a los peones. Sin embargo, en esta ciudad, donde hasta ahora la policía secreta inglesa se ha mostrado impotente para destruir las organizaciones cantonesas, la policía de las calles, asegurada por voluntarios armados con metralletas, es demasiado fuerte para permitir el triunfo de un tumulto. Los movimientos de violencia que se han producido estos últimos días se han limitado a simples peleas. Los obreros tendrán, pues, que reintegrarse al trabajo... que es lo que esperan los ingleses.

Garín, que está actualmente encargado de la dirección general de la Propaganda, no ignora, lo mismo que Borodín, hasta qué punto es crítico el momento, hasta qué punto esta huelga colosal, a pesar de su potencia que deja estupefactos a los blancos de Extremo Oriente, amenaza con hundirse. Ninguno de ellos puede actuar más que a título de consejero, y ambos se enfrentan a la oposición formal del Comité soberano a decretar las medidas

con que ellos contaban. Cheng-dai emplea toda su influencia, dice Klein, para impedirles actuar. Por otra parte, el movimiento anarquista se desarrolla de la forma más peligrosa —lo que era fácil de prever— y se han iniciado en el mismo Cantón una serie de atentados terroristas. En fin, el viejo enemigo del Kuomintang, el general Cheng-tiung Ming (gracias a las subvenciones de los ingleses), está reclutando un nuevo ejército para marchar sobre la ciudad.

* * *

Nuestro barco ha zarpado.

Ya sólo veo de la isla una silueta en la que están clavadas innumerables lucecillas y que disminuye lentamente, negra contra el cielo sin fuerza. Las inmensas figuras publicitarias se recortan por encima de las casas. Publicidad de las mayores sociedades inglesas que, hace sólo un mes, dominaban la ciudad con todos sus globos encendidos. La electricidad, que se ha hecho preciosa, ya no las anima, y los colores con que están pintadas desaparecen en la oscuridad. Un brusco viraje las sustituye de pronto por un lienzo desnudo de la costa montañosa de China, arcilloso y corroído por una hierba corta, cuyas manchas desaparecen ya en la noche acribillada de mosquitos, como hace tres mil años. Y la oscuridad remplaza esta isla roída por tarazas inteligentes, que le dejan su aspecto imperial, pero que sólo le permiten izar hacia el cielo, símbolos extintos de sus riquezas, grandes signos negros...

* * *

El silencio. El silencio absoluto, y las estrellas. Pasan juncos, un poco por debajo de nosotros, impulsados por la corriente que remontamos, sin un sonido, sin un rostro. No hay ya nada terrestre en estas montañas desdibujadas que nos rodean, en esta agua silenciosa y sin chapoteos, en este río muerto que se hunde en la noche como un ciego; nada humano en estas barcas con que nos cruzamos, a excepción tal vez de las linternas que lucen a popa, tan débilmente que casi no se reflejan...

«... El olor no es el mismo...».

La noche ha caído por completo. Klein está a mi lado. Habla en francés, casi en voz baja:

—No es el mismo... ¿Has viajado alguna vez de noche por un río? En Europa, quiero decir.

—Sí...

—¡Qué distinto es, verdad, qué distinto es...! Allá el silencio de la noche es la paz... Aquí, se esperan disparos de ametralladora, ¿no?

Es cierto. Es una noche de tregua; se adivina que ese silencio está pleno de armas. Klein me señala unas hogueras temblorosas, casi imperceptibles:

—Son los nuestros...

Sigue hablando muy bajo, en tono confidencial.

—No se ve nada por aquí: ya no encienden las luces... Mira. En el banco. Como en exposición.

Detrás de nosotros, en el puente, una decena de jóvenes europeos, cuyas compañías poseen sucursales en Shameen y que van a ayudar a los voluntarios, sentados en semicírculo en torno a dos muchachas, enviadas, según se dice, por un periódico (¿o por la policía?), las asedian con anécdotas: «... habían encargado a Moscú un ataúd de cristal semejante al de Lenín, pero los rusos le mandaron uno de vidrio... (se trata de Sun-yat Sen, sin duda). Otra vez...».

Klein se encoge de hombros.

—Son sólo unos idiotas...

Apoya la mano en mi brazo y me mira:

—¿Sabes? Durante la Comuna de París, detienen a un tío gordo. Entonces él grita: «¡Pero, señores, si yo nunca me he metido en política!». «Precisamente por eso», le responde un tipo despabilado. Y le parte la cabeza.

—¿Adónde quieres ir a parar con eso?

—A que no deben ser siempre los mismos los que sufran. Me acuerdo de una fiesta, hace tiempo. Yo miraba a aquellos... seres que se parecían a éstos. ¡Ah! Unas cuantas balas de revólver para partirles ese... no sé cómo llamarle... ¡esa sonrisa! ¡El aire de las jetas de toda esa gente que nunca ha dejado de jamar! Sí, hacer saber a esos tipos que existe una cosa que se llama vida humana. Es raro, *ein Mensch*... ¡un hombre, vamos!

Me cuido bien de no responder. ¿Habla por simpatía o por necesidad? Su voz baja carece de timbre, y el fino acompañamiento de los mosquitos la hace casi ronca. Sus manos tiemblan: hace tres días que no duerme. Está semiebrio de fatiga.

En la popa, separados de nosotros por una reja que guardan, carabina al brazo, dos soldados hindúes con turbante, los pasajeros chinos juegan y fuman en silencio. Klein, que se ha vuelto, contempla los gruesos barrotes de la reja.

—¿Sabes cómo se soportan en prisión las pruebas más... abominables? ¿O las más abyectas...? Yo pensaba continuamente en que envenenaría a la

ciudad. Podía hacerlo. Podría llegar a los depósitos, después de mi liberación. Sabía que podría conseguir grandes cantidades de cianuro... por medio de un amigo... electricista... Cuando sufría demasiado, pensaba en los medios que emplearía, me imaginaba la cosa... En seguida me sentía mejor. El condenado, el epiléptico, el sifilítico, el mutilado no son como los demás. Esos que no *pueden* aceptar...

Una polea que acaba de caer sobre el puente y que resuena todavía le ha sobresaltado. Recobra la respiración y continúa amargamente:

—Estoy demasiado nervioso esta noche... ¡Verdaderamente reventado!

»El recuerdo de esas cosas no desaparece nunca. Con frecuencia, en el fondo de la miseria hay un hombre... Habría que conservar a ese hombre una vez que la miseria está vencida... es difícil...

»¿Qué es la Revolución para ellos, para todo el mundo? La *stimmung* de la Revolución —¡tan importante!— ¿qué es? Yo te lo diré: no lo sabe nadie. Pero ocurre así en primer lugar porque hay demasiada miseria, no sólo falta de dinero, sino... y siempre, que hay la gente rica que vive y los demás, que no viven...

Su voz se ha hecho más firme; tiene los dos codos sólidamente apoyados en la borda, aún caliente, y acompaña el final de su frase con un movimiento hacia adelante de sus amplios hombros, como otros hubieran golpeado con el puño:

—¡Aquí las cosas han cambiado! Cuando los comerciantes voluntarios intentaron restaurar la antigua situación, su barrio ardió durante tres días. Las mujeres corrían con sus piecitos como pinguinos.

Se detiene un instante, con la mirada perdida. Después dice:

—Y todo eso es siempre tan imbécil... Los muertos, los de Munich, los de Odesa... Tantos otros... Siempre tan imbécil...

Pronuncia «imbbécil», con asco.

—Están allí como conejos, o como en las imágenes. No es trágico, no... Es imbbécil... Sobre todo cuando llevan bigote. Hay que decirse que son verdaderos hombres muertos... Uno no llega a creerlo...

Se calla de nuevo, con todo el cuerpo apoyado sobre la borda, derrumbado. Los mosquitos y los insectos son cada vez más numerosos en torno a las luces veladas del puente. Se adivinan, sin verlos, las orillas y el río de sombra, donde sólo centellean los reflejos de nuestras bombillas eléctricas, fijadas al barco. Ahora, aquí y allá, altas formas manchan borrosamente el cielo nocturno: redes izadas de pescadores, tal vez...

—¿Klein?

—Was? ¿Qué?

—¿Por qué no te acuestas?

—Demasiado cansado. Hace demasiado calor abajo...

Voy a buscar una hamaca y la armo a su lado. Se echa lentamente en ella, sin una palabra, inclina la cabeza sobre un hombro y se queda inmóvil, sumido en el sueño o en el embotamiento. Salvo el oficial de guardia, los centinelas hindúes y yo, todo el mundo está acostado; los chinos, del otro lado de la reja, sobre sus baúles; los blancos, en hamacas o en sus cabinas. Cuando disminuye el ruido de las máquinas, no se oye más que a algunos durmientes que roncan y a un chino viejo que tose, tose, presa de ataques interminables porque los *boys* han encendido por todas partes los bastoncillos de incienso que alejan a los mosquitos.

* * *

Me refugio en mi cabina. Pero allí me persigue el embotamiento del mal sueño: dolor de cabeza, cansancio, escalofríos... Me lavo al chorro del agua (no sin trabajo: los grifos son minúsculos), pongo el ventilador en marcha, abro el ojo de buey.

Sentado en la colchoneta, aburrido, saco de los bolsillos, uno a uno, los papeles que guardo en ellos. Reclamos de medicamentos tropicales, viejas cartas, papel en blanco impreso con la pequeña bandera tricolor de las *Messageries Maritimes*... Tras desgarrarlo todo con una minuciosidad de borracho, lo echo al río por el ojo de buey. En otro bolsillo, cartas antiguas de ese al que ellos llaman Garín. No he querido dejarlas en la maleta por prudencia... ¿Y esto? Es la lista de los papeles que me ha confiado Meunier. Veamos. Hay un buen montón de cosas... Pero hay dos que Meunier ha puesto aparte en la misma lista. La primera es la copia de una nota del *Intelligence Service* relativa a Cheng-dai, con anotaciones de nuestros agentes. La segunda reproduce una de las fichas de la policía de Hong Kong concerniente a Garín.

Tras cerrar la puerta con llave y correr el cerrojo, saco del bolsillo de la camisa el grueso sobre que me ha entregado Meunier. La pieza que busco está colocada la última. Es larga y está cifrada. En lo alto de la página: *transmitido con urgencia*. Por lo demás, la clave va adjunta.

Empujado por la curiosidad e incluso por una cierta inquietud, comienzo a transcribir. ¿Qué es hoy ese hombre del que he sido amigo durante años? Hace cinco años que no le veo. En el curso de este viaje no ha habido un día

que no lo haya impuesto a mi recuerdo, fuese porque me hablaban de él, fuese porque su acción se hacía sensible en los radios que recibíamos... Me lo imagino tal como lo vi en Marsella durante nuestra última entrevista, pero con un rostro formado por la fusión de sus rostros nuevos; grandes ojos grises, duros, casi sin pestañas, una nariz delgada y ligeramente curva (su madre era judía) y, sobre todo, excavadas en las mejillas, esas dos arrugas finas y netas que hacen caer las comisuras de los delgados labios, como en tantos bustos romanos. No son esos rasgos, a la vez agudos y marcados, los que animan su rostro, sino la boca de labios sin blandura, de labios tensos ligados a los movimientos de la mandíbula, un poco demasiado fuerte; la boca enérgica, nerviosa...

En el estado de fatiga en que me encuentro, las frases que traduzco con lentitud ponen en orden mis recuerdos, que se agrupan tras ellas. La voz domina. Esta noche, hay algo en mí del borracho que prosigue su sueño...

Pierre Garín, conocido por Garín o Harín. Nacido en Ginebra el 5 de noviembre de 1892, de Maurice Garín, súbdito suizo, y de Sophia Alexandrovna Mirski, rusa, su esposa.

Su fecha de nacimiento es 1894... ¿Se pondrá años?

Anarquista militante. Condenado por complicidad, en un asunto anarquista en París, en 1914.

No. Nunca fue «anarquista militante». En 1914 —a los veinte años—, todavía bajo la influencia de los estudios de Letras que acababa de terminar y de los que no quedaban en él más que la revelación de graneles existencias opuestas («¿qué libros valen la pena de ser escritos, a excepción de las *Memorias*?»), era indiferente a los sistemas, decidido a escoger el que las circunstancias le impusieran. Lo que buscaba entre los anarquistas y los socialistas extremistas, a pesar del gran número de confidentes de la policía que sabía que encontraría entre los primeros, era la esperanza de un tiempo de perturbaciones. Yo le oí varias veces al regreso de alguna reunión (a la que —ingenuidad— había acudido tocado con una gorra de Barclay) hablar con una ironía despreciativa de los hombres a los que acababa de ver y que pretendían trabajar por la dicha de la humanidad. «Esos cretinos pretenden tener razón. En este caso no hay más que una razón que no sea una parodia: el empleo más eficaz de su fuerza». La idea estaba entonces de moda y se acordaba con el juego de su imaginación, completamente ocupada por Saint-Just.

Se le creía generalmente ambicioso. La ambición sólo es real en aquellos a los que posee y que toman conciencia de ella bajo la forma de actos que se han de cumplir; él era aún incapaz de desear nuevas conquistas, de

prepararlas, de confundir su vida con ellas; ni su carácter ni su inteligencia se prestaban a las condiciones necesarias. Pero sentía en sí mismo, tenaz, constante, la necesidad de poder. «No es tanto el alma lo que hace al jefe, sino la conquista», me dijo un día. Y añadió con ironía: «¡Desgraciadamente!». Y unos días más tarde (estaba leyendo entonces el *Memorial*): «Sobre todo, es la conquista lo que *mantiene* el alma del jefe. Napoleón llegó a decir en Santa Elena: “A pesar de todo, ¡vaya novela mi vida...!”. El genio también se pudre...».

Sabía que la vocación que le empujaba no era en modo alguno la que brilla un instante, entre muchas otras, a través del espíritu de los adolescentes, ya que a él le abandonaba su vida, ya que aceptaba todos los riesgos que ésta implicaba. Del poder, no deseaba ni dinero, ni consideración, ni respeto; nada más que el poder en sí mismo. Si, impulsado por una necesidad pueril de ensoñación, soñaba con él, era de manera casi física. Nada de «historias»; una especie de crispación, de fuerza tensa, de espera. La imagen ridícula del animal acurrucado, presto a saltar, le obsesionaba. Y terminaba por considerar el ejercicio del poder como un alivio, como una liberación.

Contaba con jugarse a sí mismo. Valeroso, sabía que toda pérdida está limitada por la muerte, de la que su extremada juventud le permitía preocuparse poco; en cuanto a la posible ganancia, no la imaginaba todavía bajo una forma precisa. Poco a poco, las confusas esperanzas de la adolescencia iban siendo sustituidas por una voluntad lúcida, sin dominar todavía un carácter cuyo distintivo seguía siendo la violencia dentro de esa ligereza que da, a los veinte años, el sólo conocimiento de lo abstracto.

Pero pronto iba a entrar en contacto con la vida de manera brutal; una mañana, en Lausana, recibí una carta en la que uno de nuestros compañeros me informaba de que Pierre había sido inculpado en un caso de aborto; y dos días más tarde, una carta suya, en la que encontré algunos detalles.

Si bien la propaganda en favor del maltusianismo era activa en las sociedades anarquistas, las comadronas que aceptaban por convicción provocar el aborto eran muy escasas, y había que recurrir a un compromiso: provocaban el aborto «por la causa», pero cobraban por hacerlo. En muchas ocasiones, medio por convicción, medio por vanidad, Pierre había proporcionado las sumas que las muchachas pobres no hubiesen conseguido por sí solas. Disponía de la fortuna heredada de su madre, lo que omite el informe de la policía; se sabía que bastaba con dirigirse a él; se le solicitaba a menudo. A consecuencia de una denuncia, se detuvo a varias comadronas, y él fue acusado de complicidad.

Su primer sentimiento fue la estupefacción. No ignoraba la ilegalidad de lo que hacía, pero lo grotesco de un juicio en la Audiencia de lo criminal aplicado a tal actividad lo dejó perplejo. Por lo demás, no conseguía darse cuenta de lo que podía significar un juicio semejante. Yo lo veía entonces con frecuencia, porque le habían dejado en libertad provisional. Las confrontaciones no tenían para él ningún interés: no negaba nada. En cuanto a la instrucción, llevada por un juez barbudo, indiferente y preocupado ante todo por reducir los hechos a una especie de alegoría jurídica, le parecía una lucha contra un autómatas de mediocre dialéctica.

Un día dijo a ese juez que acababa de formularle una pregunta: «¿Y eso qué importa?». «¡Ah! —respondió el juez—, tiene su importancia para la aplicación de la pena...». Esa respuesta le turbó. La idea de una condena real todavía no se había impuesto a su espíritu. Y aunque fuese valeroso y despreciase a los que tenían que juzgarle, se preocupó de hacer intervenir en su favor ante ellos a todos aquellos a los que pudo llegar: jugar su vida a esta carta sucia, ridícula, que no había elegido, le resultaba intolerable.

Retenido en Lausana, no pude asistir a las sesiones.

Durante toda la duración del proceso, tuvo la impresión de un espectáculo irreal; no de un sueño, sino de una comedia extraña, un poco innoble y completamente lunática. Sólo el teatro puede dar en la misma medida que la Audiencia de lo criminal una impresión de cosa convencional. El texto del juramento exigido a los jurados, leído por el presidente con una voz de maestro de escuela cansado, le sorprendió por su efecto sobre aquellos doce plácidos comerciantes, de repente emocionados, visiblemente deseosos de mostrarse justos, de no equivocarse y preparándose a juzgar con aplicación. La idea de que quizá no comprendiesen nada de los hechos que iban a juzgar no les turbaba ni por un instante. La seguridad con que algunos testigos declaraban, la vacilación de otros, la actitud del presidente cuando interrogaba (la de un técnico en una reunión de ignorantes), la hostilidad con que se dirigía a ciertos testigos de la defensa, todo demostraba a Pierre la escasa relación entre los hechos que se juzgaban y esta ceremonia. Al principio, se mostró intensamente interesado: el juego de la defensa le apasionaba. Pero se cansó, y mientras se oía a los últimos testigos, pensaba sonriendo: «Evidentemente, juzgar es no comprender; puesto que, si se comprendiese, no se podría juzgar». Y los esfuerzos del presidente y el fiscal por volver a la noción, común y familiar a los jurados, de un crimen, la sucesión de los acontecimientos, le parecieron tan propios de una parodia que por un momento se echó a reír. Pero la justicia era tan fuerte en esta sala, los

magistrados, los gendarmes, la muchedumbre estaban tan unidos en un mismo sentimiento que la indignación no encontraba ningún lugar. Olvidada la sonrisa, Pierre encontró ese mismo sentimiento de desolada impotencia, de desprecio y de asco que se experimenta ante una multitud fanática, ante todas las grandes manifestaciones del absurdo humano.

Su papel de comparsa le irritaba. Tenía la impresión de haberse convertido en un figurante, impulsado por una cierta necesidad, en un drama de una psicología excepcionalmente falsa y aceptada por un público estúpido; asqueado, aburrido, habiendo perdido hasta el deseo de decir a esa gente que se equivocaba, esperaba con una impaciencia entremezclada de indignación el final de la obra que le libraría de su carga.

Únicamente cuando se encontraba solo en su celda (en la que había sido encarcelado la antevíspera de la iniciación de las sesiones) se le imponía el carácter de dichas sesiones. Entonces comprendía que se trataba de un juicio, que su libertad estaba en juego; que toda esa vana comedia podía terminar con su condena, por un tiempo indeterminado, a esta vida humillante y larvaria. La prisión le conmovía menos desde que la conocía; pero la perspectiva de un tiempo bastante prolongado pasado así, pese a la esperanza de aportar a su suerte algún alivio, no dejaba de hacer surgir en él una inquietud tanto más abrumadora cuanto más desarmado se sentía.

Condenado a seis meses de prisión.

No exageremos. Un telegrama de Pierre me hizo saber que le había sido concedida la suspensión de la sentencia.

Ésta es la carta que me envió:

«No considero a la sociedad como mala, como susceptible de ser mejorada; la considero como absurda. Es algo muy distinto. Si he hecho cuanto estaba en mi mano por ser declarado inocente por esos estúpidos o, al menos, por permanecer en libertad, es porque tengo de mi destino —no de mí mismo, sino de mi destino— una idea que no puede aceptar la prisión por ese motivo grotesco.

»Absurda. Con eso no quiero significar de ningún modo desrazonable. No me interesa que transformen esta sociedad. No es la ausencia de justicia en ella lo que me afecta, sino algo más profundo, la imposibilidad de prestar mi adhesión a una forma social, cualquiera que sea. Soy asocial como soy ateo, y de la misma manera. Todo esto no tendría importancia si yo fuese un estudioso; pero sé que a todo lo largo de mi vida encontraré a mi lado el orden social y que nunca podré aceptarlo sin renunciar a todo lo que soy».

Y poco tiempo después: «Hay una pasión más profunda que las demás, una pasión para la cual los objetos que se han de conquistar no significan ya nada. Una pasión perfectamente desesperada... Uno de los más poderosos sostenes de la fuerza».

Enviado a la Legión extranjera del ejército francés en agosto de 1914, deserta a finales de 1915.

Falso. No fue enviado a la Legión, se enroló en ella. Le pareció imposible asistir a la guerra como espectador. El origen del conflicto, lejano, le era indiferente. La entrada de las tropas alemanas en Bélgica le pareció el testimonio de un sentido lúcido de la guerra; y si escogió la Legión fue solamente a causa de la facilidad que encontró para entrar en ella. De la guerra, esperaba combates. Halló la inmovilidad de millones de hombres pasivos en medio del estrépito. La intención de abandonar el ejército, que incubó durante largo tiempo en su interior, se convirtió en resolución un día en que distribuyeron nuevas armas para efectuar una limpieza de trincheras. Hasta entonces, los legionarios habían recibido, cuando se presentaba el caso, cortos puñales, que parecían todavía armas de guerra; aquel día recibieron cuchillos nuevos, con mangos de madera de color castaño, de ancha hoja, que se parecían de manera innoble y terrible a cuchillos de cocina...

No sé cómo consiguió marcharse y llegar a Suiza; pero esta vez actuó con una gran prudencia, porque fue dado por desaparecido. (Por eso leo con extrañeza esa mención de deserción en la nota inglesa. Ciertamente que actualmente no hay ninguna razón para mantenerla secreta...).

Pierde su fortuna en diversas especulaciones financieras.

Siempre fue jugador.

Dirige en Zurich, gracias a su conocimiento de lenguas extranjeras, una editorial pacifista. Allí entra en relación con revolucionarios rusos.

Hijo de un suizo y de una rusa, hablaba el alemán, el francés, el ruso y el inglés, que había aprendido en el colegio. No dirigió una editorial, sino la sección de traducciones de una sociedad cuyas ediciones no eran, por principio, pacifistas.

Como dice el informe de la policía, tuvo ocasión de frecuentar a algunos jóvenes del grupo bolchevique. Pronto comprendió que esta vez se encontraba, no ante predicadores, sino ante técnicos. El grupo era poco acogedor. Sólo el recuerdo de su proceso que, en este medio, no había sido aún olvidado, le permitió no ser recibido como un importuno; pero, al no estar vinculado a su acción (no había querido ser miembro del partido, sabiendo que sería incapaz de soportar la disciplina y no creyendo en la proximidad de

una revolución), no tuvo nunca con sus miembros más que relaciones de camaradería. Los jóvenes le interesaban más que los jefes, de los que únicamente conocía los discursos, esos discursos pronunciados en tono de conversación, en pequeños cafés llenos de humo, ante una veintena de camaradas desplomados sobre las mesas y en los que sólo el rostro demostraba su atención. No vio jamás a Lenin. Si la técnica y el gusto por la insurrección de los bolcheviques le seducían, el vocabulario doctrinal y sobre todo el dogmatismo de que estaban atiborrados le exasperaban. A decir verdad, pertenecía a ese tipo de personas para quienes el espíritu revolucionario no puede nacer más que de la revolución que comienza, para quienes la Revolución es, ante todo, un estado de cosas.

Cuando sobrevino la Revolución rusa, quedó estupefacto. Uno a uno, sus camaradas abandonaron Zurich, prometiendo proporcionarle los medios de marchar a Rusia. Ir allí le parecía a la vez necesario y justo; y cada vez que uno de sus camaradas partía, le acompañaba sin envidia, pero con el oscuro sentimiento de una expoliación.

Este viaje a Rusia lo deseó con pasión a partir de la Revolución de octubre; escribió; pero los jefes del partido tenían otras cosas que hacer que responder a cartas procedentes de Suiza y recurrir a aficionados. Él lo soportaba con una rabia sorda. Me escribía: «Dios sabe bien que he visto hombres apasionados, hombres poseídos por una idea, hombres apegados a sus críos, a su dinero, a sus amantes, incluso a su esperanza, como lo están a sus miembros, intoxicados, obsesionados, olvidándolo todo, defendiendo el objeto de su pasión o corriendo tras él... Si dijese que quena un millón, se pensaría que soy un hombre ambicioso; si cien, que soy un quimerista, pero tal vez fuerte; y si digo que considero mi juventud como la carta sobre la que apuesto, parece que me toman por un desdichado visionario. Y, créeme, ese día juego como jugaría un pobre tipo en Montecarlo la partida al acabar la cual se matará si pierde. Si pudiese hacer trampas, las haría. Tener un corazón de hombre y no darse cuenta de que uno le está explicando eso a una mujer a la que le importa un pimiento es cosa normal. Uno se puede equivocar en eso tanto como se quiera. Pero no es posible equivocarse en el juego de la vida; parece que es sencillo, y que fijar un pensamiento resuello sobre el propio destino es menos sensato que fijarlo sobre las preocupaciones de cada día, sobre las esperanzas o los sueños... Y yo sabré dirigir mi búsqueda: me bastará con encontrar el precio del primer pasaje, que tan imbécilmente he malgastado...».

Enviado a Cantón, a finales de 1918, por la Internacional.

Idiota. Él había conocido en el liceo a uno de mis compañeros, Lambert, mucho mayor que nosotros, cuyos padres, funcionarios franceses, habían sido amigos de los míos, comerciantes en Haifong. Como casi todos los niños europeos de esta ciudad, Lambert había sido criado por una nodriza cantonesa y, por lo tanto, hablaba el dialecto, igual que yo. Había regresado a Tonkín a principios de 1914. Pronto asqueado de la vida colonial, se había marchado a China, donde se había convertido en uno de los colaboradores de Sun-yat Sen, y no se había reincorporado a su regimiento al estallar la guerra. Había mantenido una ininterrumpida correspondencia con Pierre; hacía tiempo que le prometía proporcionarle los medios para venir a Cantón. Y Pierre, aunque no estuviera muy convencido del valor de esta promesa, estudiaba los caracteres chinos, no sin desaliento. Un día, en junio de 1918, recibió una carta en la que Lambert le escribía: «Si estás decidido a dejar Europa, dímelo. Puedo reclamarte: ochocientos dólares al mes». Respondió inmediatamente. Y a finales de noviembre, una vez firmado el armisticio, recibió una nueva carta que contenía un cheque de un banco de Marsella y cuya suma era un poco superior al precio del pasaje.

Yo disponía entonces de algún dinero. Le acompañé a Marsella.

Jornada de lento vagabundeo a través de la ciudad. Atmósfera mediterránea, donde todo trabajo parece un don, calles iluminadas por un pálido sol de invierno y salpicadas por los capotes azules de los soldados todavía no desmovilizados... Los rasgos de su rostro han cambiado poco: las huellas de la guerra se descubren sobre todo en las mejillas, ahora adelgazadas, tensas, surcadas por pequeñas arrugas verticales y que acentúan el brillo duro de los ojos grises, la curva de la delgada boca y la profundidad de las arrugas que la prolongan.

Por largo tiempo, caminamos charlando. Un solo sentimiento le domina, la impaciencia. Aunque la oculta, se desliza bajo todos sus gestos y se expresa involuntariamente en el ritmo cortado de sus palabras.

—¿Tú comprendes verdaderamente lo que puede ser el remordimiento?
—pregunta de repente.

Me detengo, atónito.

—Un verdadero remordimiento; no un sentimiento libresco o teatral; un sentimiento contra sí mismo... contra sí mismo en otra época.

»Un sentimiento que no puede nacer sino de un acto grave... y los actos graves no se cometen por azar...

—Eso depende.

—No. Para un hombre que ha terminado con las experiencias de la adolescencia, padecer un remordimiento no puede ser otra cosa que no saber aprovechar una enseñanza...

Y al comprobar mi sorpresa:

—Te digo esto a propósito de los rusos.

En efecto, acabamos de pasar ante el escaparate de una librería dedicado a los novelistas rusos.

—Hay un fallo en lo que escribieron, y ese fallo es algo semejante al remordimiento. Todos esos escritores tienen el defecto de no haber matado a nadie. Si sus personajes sufren después de matar, es porque el mundo casi no ha cambiado para ellos. Digo casi. En la realidad, creo que verían el mundo transformarse completamente, cambiar sus perspectivas, convertirse no en el mundo de un hombre que «ha cometido un crimen», sino en el de un hombre que ha matado. Yo no puedo creer en la verdad de ese mundo que no se transforma —digamos que no se transforma lo bastante, si tú quieres—. Para un asesino, no hay crímenes, no hay más que asesinatos... si es una persona lúcida, claro.

—Una idea que puede llevar lejos, si se extiende un poco...

Y tras un silencio, continúa:

—Por muy harto de sí mismo que se esté, nunca se está tanto como se dice. Aferrarse a una gran acción cualquiera y no soltarla, estar obsesionado por ella, intoxicado por ella, es quizá...

Pero se encoge de hombros y deja inacabada la frase.

—¡Lástima que no tengas fe! Habrías sido un misionero admi...

—¡No! En primer lugar porque las cosas a las que llamo bajezas no me humillan. Forman parte del hombre. Las acepto como acepto sentir frío en invierno. No deseo someterlas a una ley. Y hubiera sido un mal misionero por otra razón: no tengo ningún amor por los hombres. No tengo amor siquiera por los pobres, por el pueblo, por esos por los que voy a combatir, en suma...

—Los prefieres a los otros, lo que viene a ser lo mismo.

—¡De ningún modo!

—¿De ningún modo qué? ¿Que no los prefieres o que no es lo mismo?

—Los prefiero, pero únicamente porque son los vencidos. Sí, en conjunto, tienen más corazón, más humanidad que los otros: virtudes de vencidos... Lo que es bien seguro es que siento un odio asqueado por la burguesía de la que procedo. Pero en lo que respecta a los otros, sé muy bien que se volverán abyectos tan pronto como hayamos triunfado juntos... Lo único que tenemos en común es esta lucha, y eso está mucho más claro...

—Entonces ¿por qué vas?

Esta vez es él quien se detiene.

—¿Es que te has vuelto idiota?

—Me extrañaría. La gente se hubiera dado cuenta.

—Voy porque no tengo ganas de volver a hacer el imbécil ante un tribunal, por una razón seria esta vez. Mi vida no me interesa. Es claro, es neto, es formal. Quiero —¿lo entiendes?— una cierta forma de poder; o lo consigo o peor para mí.

—¿Peor si falla?

—Si falla, volveré a comenzar, allí o en otra parte. Y si me matan, se acaba la cuestión.

Su equipaje se encontraba ya a bordo. Nos estrechamos fuertemente la mano, y él se marchó al bar, donde se puso a leer, solo, sin conseguir que le sirviesen. En el muelle, cantaban unos jóvenes mendigos italianos, y sus canciones me acompañaron, mientras me alejaba, con el olor a pintura del paquebote recientemente repintado.

Reclutado por Sun-yat Sen con el título de «consejero jurídico», con el sueldo de ochocientos dólares mensuales; encargado, tras nuestra negativa de proporcionar técnicos al Gobierno de Cantón, de la reorganización y la dirección de Propaganda (su puesto actual).

En efecto, al llegar a Cantón, se había enterado con gran placer de que cobraría ochocientos dólares mexicanos al mes. Pero al cabo de tres meses comprendió que el sueldo de los militares y civiles que trabajaban para el Gobierno de Sun-yat Sen era muy incierto. Todos vivían de la concusión y las «combinas». Concediendo carnets de agente secreto a los importadores de opio, puestos así al abrigo de las diversas policías, Garín ganó en siete meses unos centenares de miles en francos-oro. Eso le permitió perder el temor a verse sorprendido por alguna dificultad. Y tres meses más tarde, Lambert abandonó Cantón, dejándole la dirección de Propaganda, que no era entonces más que una caricatura.

Al no tener ya que padecer la precariedad de una posición que se había hecho sólida, Pierre quiso transformar Propaganda y hacer de un departamento de ópera bufa un arma. Instituyó un control serio de los fondos que le estaban confiados y exigió lealtad de sus subordinados. Tuvo que remplazarlos a casi todos. Pero los nuevos funcionarios, a pesar de las promesas de Sun-yat Sen, que seguía su esfuerzo con curiosidad, no fueron pagados y, durante meses, Pierre tuvo que ocuparse a diario de buscar los medios para pagar a sus agentes. Anexionó a Propaganda la policía política.

Consiguió también el control de las policías urbana y secreta. Y con la mayor indiferencia por los decretos, aseguró, mediante tasas clandestinas impuestas a los importadores de opio, a los encargados de casas de juego y de prostitución, la existencia de Propaganda. Por eso el informe de la policía dice:

Individuo enérgico, pero sin moralidad.

(Eso de la moralidad me entusiasma).

Ha sabido elegir colaboradores hábiles, todos ellos al servicio de la Internacional.

La verdad es más complicada. A sabiendas de que estaba forjando entre sus manos el instrumento con el que había soñado durante tanto tiempo, puso todo su empeño en evitar su destrucción. No ignoraba que, llegado el caso, a pesar de su afabilidad, Sun no vacilaría en abandonarle. Actuó con la menor violencia posible, pero con tenacidad. Se rodeó de jóvenes del Kuomintang, inhábiles pero fanáticos, a los que consiguió instruir, auxiliado por un número sin cesar creciente de agentes rusos, que el hambre había echado de Siberia y de China del Norte. Antes del encuentro de Sun-yat Sen y Borodín en Shanghai, la Internacional de Moscú había hecho prevenir a Pierre, recordándole las conversaciones de Zurich. Le había encontrado decidido a servirla: sólo ella parecía disponer de los medios necesarios para dar a la provincia de Cantón la organización revolucionaria que él deseaba y para remplazar las veleidades chinas por una voluntad perseverante. Por eso aprovechó la escasa influencia que tenía sobre Sun-yat Sen para acercarlo a Rusia y se encontró de una manera absolutamente natural como el colaborador de Borodín cuando éste se presentó en Cantón.

Durante los primeros meses que siguieron a la llegada de Borodín, comprendí, por el tono de las cartas de Pierre, que se preparaba —al fin— una acción poderosa; después las cartas se hicieron más raras, y me enteré con gran sorpresa de que «el ridículo y pequeño Gobierno de Cantón» se oponía a Inglaterra y soñaba con reconstituir la unidad de China.

Cuando, tras haberse arruinado, Pierre me dio la oportunidad de venir a Cantón, como Lambert se la había dado a él seis años antes, los únicos conocimientos que yo tenía de la lucha de Hong Kong contra Cantón provenían de los radios de Extremo Oriente; y las primeras instrucciones que recibí me fueron dadas en Ceilán por un delegado del Kuomintang de Colombo, durante la escala. Llovía como llueve en los trópicos; mientras escuchaba al viejo cantonés, el auto en que estábamos sentados corría bajo las nubes bajas; el parabrisas empañado hacía saltar al paso, crujiendo, las palmas

chorreantes. Tenía que esforzarme para persuadirme de que las palabras que oía expresaban realidades, luchas, muertes, angustia... De regreso a bordo, en el bar, extrañado aún por la palabrería del chino, tuve la curiosidad de releer las últimas cartas de Pierre, cuyo papel de jefe comenzaba a hacerse real para mí. Y esas cartas que están ahora ahí, sobre la cama, abiertas, hacen entrar en esta cabina blanca, al lado de la imagen desdibujada de mi amigo, de tantos recuerdos nítidos o disgregados, un océano azotado por una lluvia oblicua y bordeado por la larga línea gris de las mesetas de Ceilán, coronada por nubes inmóviles y casi negras...

«Sabes cuánto deseo que vengas. Pero no vengas creyendo encontrar aquí la vida que satisface la esperanza que yo tenía cuando te dejé. La fuerza con que soñaba y de la que dispongo hoy sólo se obtiene gracias a una aplicación de campesino, una energía perseverante, la voluntad constante de añadir a lo que poseemos el hombre o el elemento que nos falta. Quizá te extrañe que te escriba así, precisamente yo. La perseverancia que me faltaba la he hallado aquí en mis colaboradores, y creo haberla adquirido. Mi fuerza procede de que he puesto una absoluta falta de escrúpulos al servicio de algo que no es mi interés inmediato...».

Cada día, al acercarme a Cantón, he visto publicados los radios con los que tan bien sustituye sus cartas...

Esta nota de la policía es singularmente incompleta. En la parte de abajo de la página veo dos grandes signos de admiración trazados en lápiz azul. ¿Se trata acaso de una nota antigua? Las precisiones proporcionadas por la segunda hoja son de un orden muy distinto:

En la actualidad asegura la existencia de Propaganda mediante descuentos sobre los envíos coloniales chinos y sobre las cotizaciones de los sindicatos. Parece estar muy involucrado en el innegable entusiasmo que suscita aquí la idea de una guerra contra las tropas a las que hemos concedido nuestro apoyo. Ha conseguido, con la ayuda de una predicación constante, llevada a cabo por sus agentes, hacer aceptar los sindicatos obligatorios —sobre cuya importancia no creo necesario insistir— cuando Borodín pidió su creación, antes de disponer de piquetes de huelga. Ha convertido los siete servicios de policía, pública y secreta, en otros tantos servicios de Propaganda. Ha creado una «agrupación de instrucción política» que es una escuela de oradores y propagandistas. Ha hecho depender del Departamento político, y a través de él de la Internacional, el

Comisariado de la Justicia (tampoco en esto creo necesario insistir) y el de Hacienda. En fin, insisto sobre este punto, actualmente se esfuerza por hacer publicar el decreto cuyo simple proyecto nos ha forzado a solicitar la intervención militar del Reino Unido: el decreto que prohíbe la entrada en el puerto de Cantón a todo barco que haya hecho escala en Hong Kong y del que tan certeramente se ha dicho que destruiría a Hong Kong con la misma seguridad que un cáncer. Esta frase se encuentra expuesta en muchas oficinas de Propaganda.

Debajo, aparecen tres líneas subrayadas dos veces con lápiz rojo.

Me permito atraer muy especialmente su atención sobre este detalle: este hombre se encuentra gravemente enfermo. Se verá obligado a abandonar el Trópico dentro de poco.

Lo dudo.

SEGUNDA PARTE

PODERES

Julio

Gritos, llamadas, protestas, órdenes de los policías, el estrépito de ayer por la noche recomienza. Esta vez se trata del desembarco. Apenas se mira hacia Sha-meen, con sus casitas rodeadas de árboles. Todos observan el cercano puente, protegido por trincheras y alambradas de púas y, sobre todo, las cañoneras inglesas y francesas, muy próximas, con los cañones dirigidos hacia Cantón. Una canoa automóvil nos espera a Klein y a mí.

He aquí la vieja China; la China sin europeos. Sobre un agua amarillenta, cargada de arcilla en suspensión, la canoa avanza como por un canal, entre dos filas cerradas de sampanes parecidos a burdas góndolas, con su techado de mimbre. En la proa, mujeres, casi todas ya de edad, cocinan sobre trípodes, en medio de un intenso olor a grasa quemada; a menudo, detrás de ellas se distingue un gato, una jaula o un mono encadenado. Los niños desnudos y amarillos pasan de uno a otro, haciendo saltar como un plumero plano el flequillo unido de su pelo, más ágiles y más animados que los gatos, a pesar de sus vientres en forma de pera de comedores de arroz. Los bebés duermen, como paquetes, en un paño negro liado a la espalda de su madre. La luz oblicua del sol juguetea en torno a las aristas de los sampanes y hace destacar violentamente sobre su fondo pardo las casacas y los pantalones de las mujeres, manchas azules, y los niños encaramados a los techados, manchas amarillas. En el muelle, el perfil dentado de las casas americanas y de las casas chinas; por encima, el cielo sin color a fuerza de luz; y por todas partes, ligera como una espuma, sobre los sampanes, sobre las casas, sobre el agua, esta luz en la que penetramos como en una niebla incandescente.

Atracamos. Un auto que nos espera nos lleva en seguida a buena velocidad. El chófer, vestido con el uniforme del ejército, hace roncar incesantemente la bocina, y la multitud refluye precipitadamente, como empujada por una máquina quitanieves. Apenas me da tiempo a entrever, perpendicularmente a nuestra carrera, una multitud azul y blanca —muchos

hombres en túnica—, encuadrada por perspectivas de toldos adornados con gigantescos caracteres negros y constantemente horadada por los vendedores ambulantes y los peones que avanzan a paso gimnástico, con los cuerpos torcidos, el hombro encorvado bajo un bambú en cuyos extremos penden pesadas cargas. Durante un instante, aparecen callejuelas de losas agrietadas, que terminan en la hierba ante un bastión anguloso o una pequeña pagoda cubierta de moho. Y en una ráfaga, distinguimos, al cruzarnos con él, el coche de un alto funcionario de la República, con sus dos soldados, Parabellum en mano, de pie sobre los estribos.

Abandonando el barrio comercial de la ciudad, el coche penetra en un bulevar tropical, bordeado de casas rodeadas de jardines, sin paseantes, donde el brillo blanquecino y mate de la calzada no tiene más mancha que la silueta renqueante de un vendedor de sopa, pronto desvanecido en una callejuela. Klein, que va a ver a Borodín, me deja ante una casa de estilo colonial —el techo sobrepasando las verandas—, rodeada de una reja semejante a las que adornan los chalets de los alrededores de París: la casa de Garín. La puerta de hierro está abierta. Atravieso un pequeño jardín y llego a una segunda puerta guardada por dos soldados cantoneses en uniforme de lienzo gris. Uno de ellos toma mi tarjeta y desaparece. Yo espero contemplando al otro; con su gorra plana y su Parabellum al cinto, me recuerda a los oficiales del zar; pero lleva la gorra echada hacia atrás y va calzado con alpargatas. El otro vuelve. Puedo subir.

Una corta escalera de un piso, después una habitación muy amplia, que comunica por una puerta con otra pieza donde hay hombres que hablan en voz muy alta. Esta parte de la ciudad es totalmente silenciosa; apenas se oyen, por momentos, tras las arecas cuyas palmas llenan dos ventanas, las bocinas de lejanos autos. La puerta sólo está cerrada por medio de una estera, y distingo las palabras pronunciadas en inglés en la otra habitación. El soldado me señala la estera y se retira.

«... que el ejército de Cheng-tiung Ming se organiza...».

Del otro lado de la estera, un hombre continúa hablando, pero confusamente...

—¡Hace un mes que lo vengo diciendo! Además, Boro está tan decidido como yo. Sólo el decreto, ¿lo oyes? (se trata ahora de la voz de Garín. Un puño golpea sobre la mesa martilleando las palabras), sólo el decreto nos permitirá demoler Hong Kong. Es preciso que ese condenado Gobierno se decida a comprometerse...

—...

—¡Fantasma o no, que actúe, puesto que tenemos necesidad de él!

—...

—Los de allá reflexionarán: saben tan bien como yo que ese decreto hará reventar su puerto como...

Un ruido de pasos. Gente que entra y que sale.

—¿Qué proponen los comités?

Agitación de hojas de papel.

—No gran cosa... (es una nueva voz la que habla). En realidad, la mayoría no proponen nada. Hay dos que piden el aumento de los subsidios de huelga y el mantenimiento de la asignación a los peones. Éste propone la ejecución de los obreros que han sido los primeros en reincorporarse al trabajo...

—No. Todavía no.

—¿Por qué no? (Voces chinas, acento de hostilidad).

—¡No se utiliza la muerte como una escoba!

Si alguien saliese, me tomaría por un espía. ¡Pero no voy a sonarme o a ponerme a silbar! Apartemos la estera y entremos.

En torno a una mesa de despacho, Garín, en uniforme caqui de oficial, y tres jóvenes chinos con chaqueta blanca. Durante las presentaciones, uno de los chinos murmura:

—Hay personas que tienen miedo a mancharse manejando escobas...

—Hubo muchas personas que encontraban a Lenín poco revolucionario —responde Garín, volviéndose de pronto, con la mano todavía apoyada sobre mi hombro. Después, dirigiéndose a mí:

—(No has rejuvenecido...). ¿Vienes de Hong Kong? —y sin siquiera esperar mi respuesta—: Has visto a Meunier, claro. ¿Tienes los papeles?

Están en mi bolsillo. Se los doy. En el mismo momento, entra un centinela, trayendo un hinchado sobre. Garín se lo pasa a uno de los chinos, que resume:

—Informe de la sección de Kuala Lumpur. Atrae nuestra atención sobre las dificultades con que tropieza actualmente para reunir nuevos fondos.

—¿Y en Indochina francesa? —me pregunta Garín.

—Os traigo seis mil dólares reunidos por Gérard. El dice que la cosa marcha muy bien.

—De acuerdo. Ven.

Me toma por el brazo, coge su casco y salimos.

—Vamos a casa de Borodín. Está muy cerca.

Recorremos el bulevar de aceras de hierba chamuscada, silencioso, desierto. El sol aplasta sobre el polvo blanco una luz cruda que obliga casi a cerrar los ojos. Garín me interroga sobre mi viaje, rápidamente; después lee, mientras anda, el informe de Meunier, inclinando las hojas para atenuar la reverberación. Ha envejecido poco, pero, bajo el saliente verde de su casco, todos sus rasgos presentan la huella de la enfermedad: las ojeras le llegan hasta la mitad de las mejillas; la nariz se ha afilado más todavía; las dos arrugas que unen las aletas de la nariz a las comisuras de los labios no son ya las arrugas netas, profundas, de antaño; son arrugas amplias, pliegues casi, y todos sus músculos tienen algo a la vez de febril, blando y tan fatigado que, cuando se anima, se tensan, y la expresión de su rostro cambia por completo. En torno a su cabeza que avanza, con los ojos fijos sobre el papel, el aire, como siempre a estas horas, tiembla ante la densa verdura, de la que sobresalen palmas polvorientas. Me hubiera gustado hablar de su salud; pero ha terminado su lectura y dice, apoyándose en la barbilla el informe que ha enrollado estrechamente:

—Las cosas empiezan a marchar muy mal allí también. El ánimo de los simpatizantes ha empeorado, los domésticos empiezan a volver al nido. Y aquí tenemos que apoyarnos en jóvenes cretinos que confunden una acción revolucionaria con el tercer acto del Ambigú chino... Nos es imposible conceder más fondos para los subsidios de huelga. ¡Imposible! Además, eso no cambiaría nada. Las huelgas enfermas se curan con victorias.

—¿Meunier no propone nada?

—Dice que en general los ánimos no son malos todavía. Los débiles flaquean porque Inglaterra les amenaza a través de la policía secreta. Por otra parte, me dice: «Nuestros comités chinos de ahí proponen raptar a toda prisa dos o trescientos chinos, hijos de los culpables o los sospechosos. Se les traería aquí, se les trataría bien, pero sólo se devolverían a los padres que viniesen a buscarlos. Evidentemente, no volverían a Hong Kong mañana... Precisamente, es la época de las vacaciones en el campo», añade. «Eso obligaría a los otros a reflexionar». No iremos lejos con procedimientos de este tipo...

Llegamos. La casa es parecida a la de Garín, pero en amarillo. En el momento en que vamos a entrar, Garín se detiene y saluda militarmente a un viejecillo chino que sale. Él extiende la mano hacia nosotros. Nos acercamos.

—Señor Garín —dice en francés, lentamente, con voz débil—, he venido aquí con el propósito de encontrarle. Creo que una conversación entre nosotros sería una buena cosa. ¿Cuándo podré verle?

—Cuando mejor le convenga, señor Cheng-dai. Iré a verle esta...

—No, no —responde, golpeando el aire con las manos, como si quisiera calmar a Garín—, yo pasaré, yo pasaré. ¿Le viene bien a las cinco?

—De acuerdo. Le esperaré.

Desde el instante en que he oído pronunciar su nombre, le miro atentamente. Su rostro, como el de muchos viejos letrados, hace pensar en una calavera. Eso se debe a sus pómulos marcados, que no dejan ver de su rostro sino las dos manchas profundas y oscuras de las órbitas, una nariz imperceptible y los dientes, sobre todo cuando se le ve a cierta distancia. De cerca sus ojos, que son rasgados, se animan: su sonrisa se une a la extrema cortesía de sus palabras, a la distinción de la voz: todo ello atenúa su fealdad y modifica el carácter de ésta. Hunde sus manos en las mangas a la manera de un sacerdote y acompaña sus palabras con ligeros movimientos de los hombros hacia adelante. Por un momento pienso en Klein, que se expresa también con todo el cuerpo. Y este Cheng-dai me parece más fino aún, más maduro, más sutil. Está vestido con un pantalón y una guerrera militar de cuello almidonado, de lienzo blanco, como casi todos los jefes del Kuomintang. Su ricksa —tiene una ricksa particular, completamente negra— le espera. Se dirige a ella con pasos menudos; el tirador le lleva a paso lento y prudente; él, hundido en el fondo del asiento, menea gravemente la cabeza y parece pesar los argumentos que se propone a sí mismo en silencio...

Tras haberle seguido un rato con la mirada, pasamos sin hacernos anunciar ante los centinelas, atravesamos un vestíbulo vacío y encontramos a otro centinela en uniforme caqui adornado con trencillas de color naranja. (¿Es una marca de distinción?). Enfrente, no hay una estera esta vez, sino una puerta cerrada.

—¿Está solo? —pregunta Garín al centinela. El otro inclina la cabeza afirmativamente. Llamamos y entramos. El gabinete de trabajo es amplio. Un retrato de Sun-yat Sen en pie, de dos metros, corta en dos la pared de cal azulada. Detrás de una mesa de despacho cubierta de papeles de todas clases, puestos en orden y cuidadosamente separados unos de otros, Borodín, a contraluz, nos mira entrar un poco extrañado (por mi presencia, sin duda) y guiñando los ojos. Se levanta y viene hacia nosotros con la mano tendida, la espalda encorvada. Distingo ahora su rostro en escorzo, bajo un pelo ondulado, macizo, echado hacia atrás, lo único que vi al principio, cuando estaba inclinado sobre la mesa. Tiene ese aspecto de fiera inteligente que da la conjunción de un bigote curvado, los pómulos salientes y los ojos oblicuos. Cuarenta años, quizá.

Durante la conversación que mantiene con Garín, su actitud es poco más o menos la de un militar. Garín me presenta, resume en ruso el informe de Meunier, que ha dejado sobre la mesa; Borodín recoge el papel y lo coloca en seguida en una pila de informes coronada por otro retrato, grabado, de Sun-yat Sen. Parece interesado sobre todo por un detalle, que anota diciendo algunas palabras. Después ambos discuten, siempre en ruso, en un tono de animación inquieta.

Y regresamos para comer a casa de Garín, que camina con los ojos bajos, preocupado.

—¿No va bien la cosa?

—¡Oh! Estoy acostumbrado...

Ante su casa, un ordenanza que le espera le entrega un informe. Lo lee mientras sube las escaleras, lo firma sobre la mesa de mimbre de la veranda y se lo devuelve. El ordenanza se marcha corriendo. Garín está cada vez más preocupado. Le pregunto de nuevo, vacilante:

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa...? Ya lo ves.

El tono es suficiente.

—¿Las cosas van mal?

—Muy mal. Las huelgas son algo muy bonito, pero no bastan. Ahora hace falta otra cosa. Hace falta *una* cosa: la aplicación del decreto que prohíbe a los barcos chinos hacer escala en Hong Kong, lo mismo que a todos los barcos extranjeros que quieran fondear en Cantón. Hace más de un mes que el decreto esta firmado, pero aún no ha sido promulgado. Los ingleses saben que la huelga no puede durar siempre; se preguntan qué vamos a hacer. Tal vez esperan mucho de la expedición de Cheng-tiung Ming. Le proporcionan armas, instructores, dinero... Cuando se firmó el decreto, le entró tal pánico a la gente de Hong Kong que telegrafiaron a Londres, en nombre de todas las corporaciones constituidas, para pedir una intervención militar. El decreto quedó en el fondo de un cajón. Sé bien que su aplicación justificaría la guerra. ¿Y qué? ¡Ellos no pueden emprender esa guerra! Y Hong Kong será por fin...

Con el puño hace el gesto de apretar un tornillo.

—Quitándole a Hong Kong simplemente la clientela de las compañías cantonesas, rebajamos en dos tercios los ingresos del puerto. La ruina.

—¿Y bien?

—¿Cómo que y bien?

—Sí, ¿a qué esperáis?

—Cheng-dai. Todavía no somos el Gobierno. Una acción de ese tipo fracasaría si a ese viejo idiota se le mete en la cabeza hacerla fracasar.

Reflexiona.

—Incluso cuando uno está bien informado, no lo está más que a medias. Me gustaría saber —¡saber!— si verdaderamente no está metido para nada en lo que nos preparan Tang y los cerdos de segundo orden...

—¿Tang?

—Un general como otros muchos. Tang no tiene la menor importancia. Prepara un golpe de Estado: quiere llevamos al paredón. ¡Allá él! Pero en las actuales circunstancias él no cuenta para nada. No es más que un azar necesario, que se producirá. Lo que cuenta es lo que encontremos tras él. Inglaterra en primer término, como es natural. En estos momentos las cajas inglesas se abren ampliamente ante todos cuantos se propongan abatirnos; ciertamente, cada hombre de sus regimientos le es pagado a buen precio. (Y —desgraciadamente— Hong Kong no está lejos, lo que permite a Tang y a los otros largarse a un lugar seguro cuando resultan vencidos). Y hay que contar también con Cheng-dai, «el honorable Cheng-dai», al que acabas de ver. Estoy seguro de que si Tang venciese —que no vencerá— le ofrecería el poder, dispuesto a gobernar en su nombre. Se puede poner a Cheng-dai en el lugar del Comité de los siete, y sólo se le puede poner a él. Las sociedades públicas y secretas le aceptarían, eso es cierto. Y él remplazaría nuestra acción por bellas «apelaciones a los pueblos del mundo», como la que acaba de lanzar y a la que han respondido Gandhi y Russel. ¡Qué bonita, la edad del papel! Ya lo estoy viendo: parabienes, palabrería, retorno de las mercancías inglesas, ingleses con cigarros en el muelle, demolición de todo cuanto hemos hecho. Todas estas ciudades chinas son blandas como medusas. El esqueleto lo formamos nosotros. ¿Por cuánto tiempo?

En el momento en que vamos a sentarnos a la mesa llega un nuevo ordenanza, portador de un pliego. Garín abre el sobre con el cuchillo de mesa, se sienta ante su plato y lee.

—De acuerdo. Está bien.

El ordenanza se marcha.

—Es increíble el número de granujas que se pueden encontrar en torno a Cheng-dai. Anteayer, los tipos que pretenden valerse de él celebraron una reunión. En una especie de plaza, no muy lejos del río. Él acudió. Digno y fatigado, como acabas de verlo hace poco; no para hablar, evidentemente. Había que ver aquello, los oradores vociferando, subidos a las mesas por encima de una masa cuadrada de cabezas no demasiado entusiastas, contra un

fondo de chapa ondulada, de picos de pagoda, de trozos de cinc retorcidos. En torno a él, un poco separado, no mucho, un gran círculo respetuoso. Algunos gamberros le atacaron. Tenía consigo a unos cuantos forzudos escogidos que le defendieron. El jefe de policía metió en el acto en chirona a agresores y defensores. Y hoy, el principal defensor —es su interrogatorio lo que tengo ante mí— pide una plaza, aunque sea en la policía, al comisario que le interroga. ¡Qué hermosa es la fidelidad! En cuando al otro papel, míralo...

Me lo tiende. Es la copia de una lista redactada por el general Tang: Garín, Borodín, Nicolaiev, Hong, nombres chinos. *Fusilarlos en primer lugar.*

Durante toda la comida hablamos de Cheng-dai. Garín no piensa más que en él. El adversario.

Sun-yat Sen dijo antes de morir: «La palabrería de Borodín es mi palabra». Pero la palabra de Cheng-dai es también su palabra, y no ha sido necesario que él lo dijese.

Su vida pública comenzó en Indochina. ¿Qué había ido a hacer a Cholón? No había nada en la gran ciudad del arroz que pudiera seducir a este letrado... Fue allí uno de los organizadores del Kuomintang; y más que un organizador, un animador. Cada vez que el Gobierno de Cochinchina, ya fuese a instigación de las ricas asociaciones de comerciantes, ya fuese por iniciativa propia, intervino contra uno de los miembros del partido, se vio aparecer a Cheng-dai. Proporcionaba trabajo o dinero a aquellos a quienes el Gobierno o la policía se esforzaban por hacer morir de hambre, permitía a los expulsados regresar a China con sus familias dando las sumas necesarias. Cuando las puertas de los hospitales se cerraron ante los miembros del partido, consiguió crear uno nuevo.

Era entonces presidente de la sección de Cholón. En la imposibilidad de reunir con la ayuda de cotizaciones los fondos necesarios, recurrió a los Bancos chinos, que le negaron todo préstamo. Ofreció entonces en garantía sus propiedades de Hong Kong —los dos tercios de su fortuna—. Los Bancos aceptaron, y la construcción del nuevo hospital comenzó. Tres meses más tarde, como consecuencia de una maniobra electoral, le fue retirada la presidencia del partido; al mismo tiempo, los contratistas le hicieron saber que, al haberse realizado algunas modificaciones en el presupuesto, se veían obligados, a aumentar el precio previsto. Los Bancos rehusaron todo nuevo adelanto; además, amenazados por el Gobierno de Cochinchina, que podía en veinticuatro horas expulsar a sus directores, comenzaron a poner dificultades para el pago de los fondos prometidos. Cheng-dai vendió las propiedades que

había presentado como garantía, y el hospital se levantó. Pero había que rematarlo. Una sorda campaña contra él se inició en el seno del Kuomintang: aunque eso le hizo sufrir, no le detuvo; y mientras que los agentes electorales, vestidos con jerseys blancos, acudían a los restaurantes chinos, después de la siesta, para hablar confidencialmente de «su extraña actitud» a los artesanos, medio dormidos aún, atontados por el calor, él ponía a la venta su casa familiar de Cantón. Acabado el hospital, todavía había que pagar algunas gratificaciones; tras haber sondeado a Grosjean, el anticuario de Pekín, se deshizo de sus rollos pintados y de su célebre colección de jades Sung. ¿Qué le quedaba aún? Apenas de qué vivir muy modestamente. Es el único entre los miembros influyentes del partido que no tiene coche. Por eso le he visto pasar en ricksha, tal vez muy satisfecho del espectáculo de una pobreza que no permite olvidar su generosidad.

Porque su nobleza, aun siendo real, no carece de habilidad. Como Lo-yit, como el general Hsu, es un poeta; pero fue él quien hizo del boicoteo, defensa de ciertos diestros comerciantes contra los japoneses, el arma precisa de que hoy disponemos. Fue él quien lo hizo aplicar a los ingleses, él quien, conociendo el comercio occidental (alumno de los Padres, lee, habla y escribe corrientemente el francés y el inglés), orientó muy hábilmente la propaganda de Sun-yat Sen para hacer confiar a los ingleses; él quien hizo subordinar las prohibiciones de compra al servicio de informaciones, dejando siempre a los ingleses de Hong Kong la suficiente esperanza para permitirles acumular mercancías que, en un momento dado, los chinos rechazan de repente.

Pero su autoridad es ante todo moral. No es ningún error, dice Garín, el relacionarlo con Gandhi. Su acción, aunque más limitada, es del mismo orden que la del Mahatma. Está por encima de la política, se dirige al alma, se distingue por producir el altruismo. Ambos actúan mediante la creación de una leyenda que emociona profundamente a los hombres de su raza. Pero si sus acciones son paralelas, los hombres son muy diferentes. La obra de Gandhi se centra en el deseo doloroso, apasionado, de enseñar a vivir a los hombres. Nada parecido existe en Cheng-dai. No quiere ser el empleado ni el jefe, sino el consejero. A la muerte de Sun-yat Sen, al que asistió en las horas más tristes de su vida, pero sin mezclarse casi en las agitaciones puramente políticas, se le pidió que aceptase suceder al dictador como presidente del partido. Se negó. No temía las responsabilidades, pero el papel de árbitro le parece más noble, más conforme también a su carácter que ningún otro. Además, no quería aceptar una función que pudiese absorber toda su actividad y convertirle en algo distinto a lo que quería ser: el guardián de la

Revolución. Su vida entera es una protesta moral, y su esperanza de vencer por la justicia no expresa otra cosa que la mayor fuerza de que puede enorgullecerse la debilidad profunda, irremediablemente, tan extendida en su raza.

Y tal vez esta debilidad es la única susceptible de hacer comprender su actitud presente. ¿Desea verdaderamente, apasionadamente, desde hace años, liberar a China del Sur de la dominación económica de Inglaterra? Sí. Pero defendiendo y dirigiendo a un pueblo de oprimidos, cuya causa es innegablemente justa, ha tomado de manera insensible el hábito de su papel, y un día se ha encontrado con que prefiere ese papel al triunfo de aquellos a los que defiende. Está mucho más apegado a su protesta que decidido a vencer. Le gusta ser el alma y la expresión de un pueblo oprimido.

No tiene hijos. Ni siquiera una hija. Estuvo casado. Su mujer murió. Se casó de nuevo. Varios años más tarde, su segunda esposa murió también. Después de su muerte nadie celebrará por él los ritos de aniversario. Eso le causa un dolor tranquilo, tenaz, del que nunca consigue librarse. Es ateo, o cree serlo; pero esta soledad en la vida y en la muerte le obsesiona. La herencia de su gloria la legará a la China rehecha. ¡Lástima...! Él, que fue rico, morirá casi pobre, y la grandeza de su muerte irá a derramarse sobre millones de hombres. Última soledad... Esto todo el mundo lo sabe, y también que esta soledad le ata cada día más estrechamente al destino del partido.

«Noble figura de víctima que cuida su biografía», dice Garín. Intentar por sí mismo satisfacer sus deseos le daría la impresión de una traición. Dominado a la vez por su temperamento, por un largo hábito y por la edad, ha olvidado hasta la posibilidad de extraer las consecuencias lógicas de su actitud. Emprender y dirigir una lucha decisiva no se le ocurre más que se le ocurriría a un católico ferviente la idea de llegar a ser papa. Un día, Garín terminó una discusión sobre la III Internacional diciendo: «Pero la III Internacional *ha hecho* la Revolución». Cheng-dai respondió sólo con un gesto, a la vez evasivo y restrictivo, llevándose ambas manos al pecho, y Garín dice que nunca comprendió tan vivamente la distancia que les separa.

Se le cree capaz de acción; pero no es capaz sino de una clase particular de acción, la que exige la victoria del hombre sobre sí mismo. Si logró erigir un hospital, fue porque los obstáculos que tuvo que superar, a pesar de su importancia, lo fueron siempre mediante su desinterés. Tenía que despojarse; lo hizo, y quizá sin esfuerzo, orgulloso de pensar que pocos hombres lo hubieran hecho. En él, como en los cristianos, la acción concuerda con la

caridad; pero la caridad, que es en los cristianos compasión, es en él el sentimiento de la solidaridad. En su hospital no se acoge más que a los chinos del partido. La grandeza de su vida procede de un desdén por las cosas temporales, que da a sus actos públicos un carácter admirable; pero ese desdén, no por ser sincero, deja menos lugar al sentido de su utilización, y Cheng-dai, que es desinteresado, no quiere permitir que se ignore un desinterés muy raro en China. Ese desinterés, que parece haber sido en un principio simplemente humano, se ha convertido, por una sutil comedia, en su razón de ser: busca en él la prueba de su superioridad sobre los demás hombres. Su abnegación es la expresión de un orgullo lúcido y sin violencia, del orgullo compatible con la dulzura de su carácter y su cultura de letrado.

Como todos los que ejercen una gran influencia sobre las multitudes, este anciano cortés, de leves y medidos gestos, está obsesionado. Obsesionado por esa justicia que él se considera encargado de mantener y que no distingue ya más que a medias de su propio pensamiento, por los problemas que le impone su defensa, como otros lo están por la sensualidad o la ambición. No piensa más que en ella; el mundo existe en función de ella; ella es la más elevada de las necesidades del hombre, y también el dios al que se debe satisfacer primero. Confía en ella como un niño en una estatua de la pagoda. La necesidad que antes tenía de ella era profunda, humana, simple; hoy le domina como un fetiche. Quizá sea aún la primera necesidad de su corazón; pero es también una divinidad protectora sin la que no puede intentarse nada, que no se puede olvidar sin temor a una misteriosa venganza... Su grandeza ha envejecido con él, y ya no se ve más que su cuerpo exangüe. Poseído por un dios deformado, bien escondido bajo su dulzura, su sonrisa y sus gracias mandarinescas, vive, fuera de este mundo revolucionario al que estamos, dice Garín, tan fuertemente apegados, en un sueño de monomanía por el que discurren aún restos de nobleza; y esta monomanía aumenta su influencia y su prestigio. El sentimiento de la justicia ha sido siempre muy potente en China, pero a la vez apasionado y confuso; la vida de Cheng-dai, que toma ya carácter de leyenda, hace de él un símbolo. Los chinos quieren verle respetado, como quieren ver reconocer las cualidades de su raza. Es provisionalmente intangible. Y el entusiasmo, creado por Propaganda, dirigido contra Inglaterra, no puede cambiar de dirección sin perder su fuerza. Es preciso que arrastre todo tras él, pero es demasiado pronto todavía...

Durante la comida se han ido sucediendo los informes. Garín, cada vez más inquieto, los lee tan pronto como llegan y los deja al pie de su silla, unos sobre otros.

El mundo de viejos mandarines, contrabandistas de opio o fotógrafos, de letrados convertidos en comerciantes de bicicletas, de abogados de la Facultad de París, de intelectuales de toda suerte hambrientos de consideración que giran en torno a Cheng-dai, sabe que la delegación de la Internacional y Propaganda son las únicas en mantener el estado actual, las únicas en sostener este inmenso ataque que trae en jaque a Inglaterra, las únicas en oponerse con fuerza al retorno del estado de cosas que ellos no supieron mantener, de esa República de funcionarios cuyos dos pilares eran el antiguo mandarín y el nuevo: médico, abogado, ingeniero. «Nosotros somos el esqueleto», ha dicho Garín hace un rato. Y parece, según los informes, que todos, a espaldas quizá de Cheng-dai, que reprobaría un golpe de estado militar, se han agrupado en torno a ese general Tang, del que hasta ahora nunca se había hablado en Cantón y que tiene sobre ellos la superioridad del valor. En estos últimos días Tang ha recibido sumas considerables. Los agentes ingleses son numerosos en el círculo de Cheng-dai... Al extrañarme de que un movimiento semejante pueda prepararse sin conocimiento del anciano, Garín me responde, golpeando con el dedo sobre la mesa:

—No quiere saber. No quiere comprometer su responsabilidad moral. Pero yo creo que se permite sospechar...

* * *

Las dos

En Propaganda, con Garín, en el despacho que me está destinado. En la pared, un retrato de Sun-yat Sen, un retrato de Lenin y dos carteles coloreados: uno de ellos figura a un chinito hundiendo una bayoneta en el rollizo trasero de John Bull, con las patas por alto, mientras que un ruso con gorro de piel destaca sobre el horizonte, aureolado de rayos, como un sol; el otro representa a un soldado europeo, armado de una ametralladora, disparando sobre una multitud de mujeres chinas y de niños que levantan los brazos. En el primero, en cifras europeas: 1925, y el carácter chino *hoy*; en el segundo: 1900, y el carácter *ayer*. Una amplia ventana, ante la cual está bajada una persiana amarilla saturada de sol. En el suelo, un montón de periódicos chinos que un ordenanza viene a buscar. Los secretarios de este servicio recortan de ellos todas las caricaturas políticas y las clasifican junto con los resúmenes de los principales artículos. Sobre la mesa de despacho Luis XVI, requisada, una caricatura olvidada, un duplicado sin duda; es una mano que lleva impresos

en cada uno de los dedos: Rusos, Estudiantes, Mujeres, Soldados, Campesinos, y en la palma: Kuomintang. Garín (¿se habrá vuelto cuidadoso él también?) hace una bola con ella y la echa al cesto de los papeles. En la pared, un clasificador y una puerta por la cual esta habitación comunica con la que ocupa Garín, llena también de esta luz tamizada, amarilla y densa, que deja filtrar las persianas. Pero en ella no hay carteles en la pared, y el clasificador está remplazado por la caja fuerte. En la puerta, un soldado de guardia.

El comisario de la policía general, Nicolaiev, está sentado en un sillón, con el vientre saliente, las piernas separadas. Es un hombre muy gordo, cuya cara presenta esa expresión de afabilidad que da a los obesos rubios una nariz ligeramente respingona. Escucha a Garín con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el vientre.

—En fin —dice Garín—, ¿has leído todos los informes que se te enviaron?

—Hasta el último minuto...

—Bien, en tu opinión, ¿Tang se va a lanzar contra nosotros?

—Sin vacilar. Aquí tienes la lista de los chinos que tiene la intención de hacer detener. Sin hablar de ti.

—¿Piensas que Cheng-dai está al corriente?

—Quieren servirse de él. Eso es todo...

El gordo se expresa en francés con un acento muy ligero. El tono de su voz —se diría, a pesar de la nitidez de las respuestas, que se está dirigiendo a una mujer o que va a añadir: querido—, la calma del rostro, la unción de su actitud hacen pensar en un viejo sacerdote.

—¿Dispones de muchos agentes en la secreta?

—Claro, casi de todos ellos...

—Bien: la mitad de los hombres en la ciudad, para anunciar que Tang, pagado por los ingleses, prepara un golpe de Estado que convertiría a Cantón en una colonia inglesa. Medios populares, bien entendido. Un cuarto a las centrales de los sindicatos: buenos agentes. Muy importante. El resto, entre los parados, con números de la *Gaceta de Cantón* para poner bien de manifiesto que los amigos de Tang han pedido la suspensión del subsidio de huelga que nosotros hacemos pagar.

—Los parados inscritos son, veamos...

—Deja el expediente tranquilo: veintiséis mil.

—Bueno, tendremos bastantes hombres.

—Además, algunos agentes escogidos, esta noche, a las reuniones del partido, para insinuar que Tang va a ser expulsado, que él lo sabe y que ahora pone sus esperanzas fuera del partido. Eso de manera muy vaga.

—Entendido.

—¿Estás absolutamente seguro, verdad, de que es imposible encerrar a Tang?

—¡Desgraciadamente!

—¡Lástima! No perderá con esperar.

El gordo se va, con su expediente bajo el brazo. Garín llama. El ordenanza trae un montón de tarjetas de visita, que deja sobre la mesa cogiendo un cigarrillo de la caja, abierta, de Garín.

—Haz entrar a los delegados de los sindicatos.

Siete chinos entran, uno detrás del otro —chaqueta con cuello cerrado y pantalones de lienzo blanco—, en silencio. Jóvenes, viejos. Se sitúan ante la mesa, en semicírculo. Uno de los de más edad se sienta a medias sobre la mesa: el intérprete. Todos escuchan a Garín:

—Es probable que esta semana se intente un golpe de Estado contra nosotros. Conocéis tan bien como yo las opiniones del general Tang y de sus amigos. No necesito recordaros cuántas veces nuestro camarada Borodín ha tenido que intervenir en el Consejo para hacer mantener el pago de los subsidios de huelga en Cantón. Vosotros representáis ante todo a nuestros parados, que emplearon todas sus fuerzas, en las últimas reuniones sindicales, para hacer reconocer a todos los camaradas vuestras cualidades; sé que puedo contar con vosotros. Por lo demás, aquí está la lista de las personas sospechosas para Tang, para Cheng-dai y sus amigos, que serán arrestadas tan pronto como se inicie el movimiento.

Les pasa una lista. La leen, luego se miran unos a otros.

—¿Reconocéis vuestros nombres? Entonces, a partir del momento en que salgáis de esta oficina...

Al final de cada frase, el intérprete traduce con voz sorda; los otros responden con un murmullo: letanías.

—... no debéis volver a vuestras casas. Cada uno se quedará en la central de su sindicato y dormirá allí. Vosotros...

Señala a tres de los chinos.

—... como vuestras centrales están demasiado alejadas para poder defenderlas, al salir iréis a buscar los archivos y los traeréis aquí. Os he hecho preparar unos despachos. Cada uno de vosotros dará a sus piquetes de

huelga^[3] instrucciones precisas. Tenemos que lograr reunir a todos nuestros hombres en una hora.

Mientras habla, ha hecho circular la caja de cigarrillos, que ahora vuelve a la mesa. La cierra con un ligero chasquido y se levanta. Uno tras otro, lo mismo que entraron, los chinos salen, estrechándole la mano al pasar. Llama.

—Que éste te ponga por escrito el motivo de su visita —dice al ordenanza, devolviéndole una de las tarjetas—. Entretanto, haz entrar a Lo-moi.

Es un chino de escasa estatura, afeitado, con el rostro cubierto de espinillas, que se coloca ante Garín respetuosamente, con los ojos bajos.

—En las últimas puestas en marcha de huelgas, en Hong Kong y aquí, demasiados discursos inútiles. ¡Si los camaradas se creen en un Parlamento, se equivocan! Y de una vez por todas, esos discursos tienen que apoyarse en un objeto: si la casa del patrono está demasiado lejos o es demasiado mala, siempre tendrán a mano su coche. Repito, por última vez, que los oradores deben mostrar lo que atacan. Que no tenga que volver otra vez sobre esta cuestión.

El chinito se inclina y sale. El ordenanza vuelve a entrar con la tarjeta que Garín le ha entregado hace un momento y se la devuelve.

—¿A propósito de unos tanques?

Garín alza las cejas.

—En fin, eso es cosa de Borodín.

Escribe en la tarjeta la dirección de Borodín y algunas palabras (una presentación seguramente). Llaman a la puerta con dos golpes.

—¡Adelante!

Un europeo vigoroso, con el rostro manchado por un bigote a la americana, vestido con el mismo uniforme caqui de oficial que Garín, empuja la puerta.

—Buenos días, Garín.

Habla francés, pero es asimismo ruso.

—Buenos días, general.

—¿Y bien? ¿Se decide o no el señor Tang?

—¿Estás al corriente?

—Poco más o menos. Acabo de ver a Boro. ¡Sufre mucho el pobre chico, de verdad! El doctor dice que es de temer un acceso.

—¿Qué doctor? ¿Myrov o el chino?

—Myrov. Bueno, ¿qué hay de Tang?

—Dos o tres días aún...

—¿Sigue sin tener más que su millar de hombres?

—Más los que puedan encontrar con su dinero y el de los ingleses. De mil quinientos a mil ochocientos en total. ¿En cuánto tiempo, como mínimo, puede estar aquí el ejército rojo⁴¹? ¿Seis días?

—Ocho. La Propaganda ¿se ha ocupado de trabajar a las tropas de Tang?

—Muy poco. Sus hombres son casi todos de Honán o de Yunnán.

—Mala suerte. ¿Cuántas ametralladoras tienen?

—Unas veinte.

—Puedes contar en la ciudad con quinientos o seiscientos cadetes, no más, Garín.

—Presentaos tan pronto como se inicie la acción.

—Estamos de acuerdo: tan pronto como se divise a las tropas de Tang, tú enviarás a los cadetes de que dispongas, con la sección de ametralladoras, y detrás la policía. Y nosotros llegaremos por arriba.

—Entendido.

El hombre se va.

—Dime, Garín, ¿ése es el jefe de Estado Mayor?

—Sí, Gallen.

—¡Pero si parece un oficial del zar...!

—Como todos los demás...

Otro chino, con el pelo blanco cortado a cepillo.

Se acerca, toca un extremo de la mesa con la punta de los dedos y espera.

—¿Tiene usted controlados a todos sus parados?

—Sí, señor.

—¿A cuántos podrá reunir en media hora?

—¿Con qué medios, señor?

—Medios rápidos. No se preocupe por la cuestión del transporte.

—Más de diez mil.

—Bien. Muchas gracias.

A su vez, el chino de los hermosos cabellos blancos se va.

—¿Quién es éste?

—El jefe del Departamento de subsidios. Un letrado. Antiguo mandarín destituido. Cuentos...

Vuelve a llamar al ordenanza.

—Manda a todos los que esperan todavía al comisario de la policía general.

Pero un nuevo chino acaba de entrar por la puerta entreabierta, tranquilo, tras haber dado dos golpecitos al pasar. Obeso como Nicolaiev, afeitado, con

una boca gruesa y una cara sin rasgos, sonríe ampliamente, descubriendo algunos dientes de oro. Sostiene entre los dedos un enorme cigarro. Habla en inglés.

—¿Ha llegado ya el barco de Vladivostock, señor Garín?

—Esta mañana.

—¿Qué cantidad de gasolina?

—Mil quinientos... (sigue el nombre de una medida china que desconozco).

—¿Cuándo será entregada?

—Mañana. El cheque aquí mismo, como de costumbre.

—¿Quiere usted que lo firme de inmediato?

—No. Cada cosa a su tiempo.

—Entonces, adiós, señor Garín. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Nos compra los productos que nos envía la URSS —me dice Garín a media voz mientras el chino se va—. La Internacional no dispone de muchos fondos en este momento, y los envíos de materias primas nos son necesarios. En fin, hacen lo que pueden: gasolina, petróleo, armas, instructores...

Se levanta, va hasta la puerta, mira. Ya no queda nadie. Vuelve a su mesa, se sienta y abre un expediente: HONG KONG. Los últimos informes. De vez en cuando me pasa algunos documentos que quiere clasificar aparte. Para mitigar el calor, bajo la palanca que regula el ventilador. En el acto, las hojas salen volando. Él detiene el ventilador, vuelve a clasificar las hojas esparcidas y continúa subrayando en lápiz rojo ciertas frases. Informes, informes, informes. Mientras preparo un resumen de lo que ha apartado, sale. Informes...

La huelga que paraliza a Hong Kong no se mantendrá más de tres días en la forma actual. Supongamos que los obreros que dejarán de percibir los subsidios de huelga esperan diez días antes de empezar a trabajar de nuevo. En total, trece días. Por lo tanto, si antes de quince días Borodín no ha encontrado un nuevo medio de acción, los barcos ingleses estarán en el puerto de Cantón. Hong Kong se rehará; toda la enseñanza de esta huelga habrá sido dada en vano. El golpe asestado a Hong Kong es muy duro; los Bancos han perdido y pierden aún cada día sumas enormes; además, los chinos han visto que Inglaterra no es invulnerable. Pero en estos momentos nuestras subvenciones y las de los Bancos ingleses hacen vivir una ciudad de trescientos mil habitantes donde nadie trabaja. ¿Quién se cansará antes de este

juego? Nosotros, forzosamente. Y del lado de Waitcheú, el ejército de Cheng-tiung Ming se prepara para entrar en campaña...

Queda la prohibición de fondear en Hong Kong hecha a los capitanes de los barcos que se dirijan a Cantón. Pero para esto hace falta un decreto y, mientras Cheng-dai conserve el poder que tiene actualmente, no se firmará ese decreto.

Hong Kong: Inglaterra. Detrás del ejército de Cheng-tiung Ming: Inglaterra. Detrás de la nube de langostas que rodea a Cheng-dai: Inglaterra.

* * *

Hay algunos libros sobre la mesa de despacho: el diccionario chino-latín de los Padres, dos libros ingleses de medicina: *Dysentery*, *Paludism*. Cuando regresa Garín, le pregunto si es verdad que descuida su salud.

—¡Pues claro que me cuido! ¡No faltaba más! No me he cuidado todo el tiempo muy seriamente porque tenía otras cosas que hacer, pero eso no tiene gran importancia. Para curarme, tendré que volver a Europa, ya lo sé. Me quedaré allí el menos tiempo posible.

¡Pero cómo quieres que me vaya en estas circunstancias!

Insisto muy poco: esta conversación le irrita. Y el ordenanza acaba de traer una carta, que lee atentamente. Después me la tiende, diciendo simplemente:

—Las palabras en lápiz rojo están escritas por Nicolaiev.

Es una nueva lista, parecida a la que Garín recibió al comienzo de la comida, pero más larga: Borodín, Garín, E. Chen, Sun-fo, Liao-chung Hoi, Nicolaiev, Semionov, Hong y un gran número de chinos que no conozco. Nicolaiev ha añadido en rojo en una esquina: *lista completa de las personas a las que hay que detener Y HACER EJECUTAR ACTO SEGUIDO*. Y abajo, ha añadido a pluma, rápidamente: *están haciendo imprimir las proclamas*.

* * *

A las cinco, el ordenanza trae una nueva tarjeta. Garín se levanta, va hasta la puerta y se aparta para dejar pasar a Cheng-dai. El viejecillo entra, se sienta en el sillón, alarga las piernas, hunde las manos en las mangas y mira a Garín, que ha vuelto tras su mesa, con una benevolencia un tanto irónica. Pero se calla.

—¿Deseaba usted verme, señor Cheng-dai?

Éste hace un movimiento afirmativo con la cabeza, saca lentamente las manos de las mangas y dice con su voz débil:

—Sí, señor Garín, sí. No creo que sea necesario preguntarle si conoce los atentados que se han sucedido estos últimos días.

Habla muy despacio, con cuidado, con el índice levantado.

—Admiro demasiado sus cualidades para pensar que los ignora, dadas las relaciones constantes que sus funciones le obligan a sostener con el señor Nicolaiev...

»Señor Garín, esos atentados se producen con demasiada frecuencia.

Garín responde con un gesto que significa: «¿Y qué puedo hacer yo?».

—Nos entendemos, señor Garín, nos entendemos...

—Señor Cheng-dai, usted conoce al general Tang, ¿no es verdad?

—El general Tang es un hombre leal y justo.

Y posando levemente la mano sobre la mesa, como para subrayar lo que dice:

—Cuento con obtener del Comité central medidas efectivas para reprimir los atentados. Creo que sería buena cosa procesar a los hombres conocidos de todos como jefes de los grupos terroristas. Señor Garín, deseo saber cuál será su actitud, cuál será la actitud de sus amigos frente a las propuestas que voy a presentar.

Retira la mano y vuelve a hundirla en la manga.

—Hay que reconocer, señor Cheng-dai, que desde hace algún tiempo las instrucciones que da usted a sus amigos se oponen de manera rigurosa —y poco afortunada— a todos nuestros deseos.

—Está usted engañado, señor Garín, sin duda tiene usted malos consejeros. ¿O quizá sus informaciones están equivocadas? Yo no he dado ninguna instrucción.

—Digamos indicaciones.

—Ni siquiera... He expuesto mi manera de pensar, dado mi opinión, eso es todo...

Sonríe cada vez más.

—Supongo que no verá usted inconveniente en ello...

—Tengo muy en cuenta su opinión, señor, pero me gustaría —nos gustaría a todos— que el Comité recibiese otras informaciones que las de...

—¿... que las de sus agentes de policía, señor Garín? A mí también. Se ha podido, por ejemplo, enviarme a uno de sus miembros, a una persona calificada. Se ha podido muy bien, ciertamente. (Se inclina ligeramente). Y la prueba es que estamos juntos.

—Hace unos meses, nuestro Comité no se veía obligado a delegarme para conocer sus opiniones. Usted mismo se encargaba de hacérselas saber...

—La cuestión está, pues, en saber si soy yo el que ha cambiado o ustedes... Yo no soy ya joven, señor Garín, y quizá pueda usted reconocer que mi vida...

—Nadie piensa en discutir su carácter, por el que todos sentimos respeto. No ignoramos cuánto le debe China. Pero...

Se había inclinado y sonreía. Al oír *pero*, se yergue inquieto y mira a Garín.

—... pero usted no pone en duda, me parece, el valor de nuestra acción y, sin embargo, trata de debilitarla.

Cheng-dai se calla, esperando que el silencio pondrá nervioso a Garín y le hará seguir hablando. Tras un momento, se decide:

—Quizá, en efecto, es deseable que nuestra situación se haga más clara... Las cualidades de algunos de los miembros del Comité, y en especial las suyas, señor Garín, son eminentes. Pero ustedes inculcan una gran fuerza a un espíritu que nos resulta imposible aprobar plenamente. ¿Qué importancia concede usted a la escuela militar de Wampoa?

Separa las manos, como un sacerdote católico deplorando los pecados de sus fieles.

—No soy sospechoso de aferrarme demasiado a las antiguas costumbres chinas; yo he contribuido a demolerlas. Pero creo, creo firmemente, diría incluso que tengo la convicción de que el espíritu del partido no será digno de lo que esperamos de él salvo a condición de seguir basándose en la justicia. ¿Quiere usted atacar?

Con una voz todavía más debilitada:

—No... Que los imperialistas carguen con todas las responsabilidades. Algunos asesinatos más de pobres desgraciados harán más por la causa que todos los cadetes de Wampoa.

—Eso es vender bien barata la propia vida.

Echa la cabeza hacia atrás para mirar a Garín, lo que le da el aspecto de un viejo maestro chino indignado por la pregunta de un alumno. Me parece que está encolerizado, pero no deja transparentar nada. Continúa con las manos metidas en las mangas. ¿Piensa en el tiroteo de Shameen? Al fin, dice, como si expusiese la conclusión de sus reflexiones:

—¡Oh! ¿No encuentra usted otro medio más que enviarlos a que los fusilen los voluntarios de Hong Kong?

—Pero es que ésa es una cuestión que ni siquiera se plantea. ¡Sabe usted tan bien como yo que no habrá guerra, que Inglaterra no puede hacerla! Cada día demuestra a los chinos —y el partido contribuye a ello— la estupidez del farol europeo, la nulidad de una fuerza apoyada en bayonetas colgadas de las paredes y de cañones obstruidos.

—Yo no estoy tan seguro como parece usted estarlo. La guerra no les disgustaría a ustedes... Demostraría a todos su habilidad, las cualidades de organizador del señor Borodín y las cualidades guerreras del general Gallen.

(¡Qué acento de desprecio en la palabra guerreras...!).

—¿No le parece, pues, algo elevado y justo la liberación de China?

—Es usted muy elocuente, señor Garín... Pero no vemos la cosa de la misma manera. A usted le gustan las experiencias. Emplea para llevarlas a cabo... ¿cómo diría yo...?, lo que le es necesario. Se trata en este caso del pueblo de esta ciudad. ¿Podré confesárselo? Preferiría que no nos sirviésemos de él para esta tarea. Me gusta leer historias trágicas, y sé admirarlas; pero no me gusta contemplar el espectáculo en el seno de mi propia familia. Si me atreviese a exponer mi pensamiento de una forma excesivamente violenta, que lo sobrepasa, y emplear una expresión de la que usted se sirve a veces, con una intención completamente diferente, diría que no puedo ver sin lástima a mis compatriotas transformados en... cobayas...

—Me parece que si existe una nación que haya servido de sujeto de experiencias para el mundo entero, no ha sido China, sino Rusia.

—Sin duda, sin duda... Pero acaso ella tenía *necesidad* de eso. Usted y sus amigos sienten esa necesidad. Ciertamente, cuando llegue el peligro, ustedes no retrocederán ante él...

Se inclina.

—Ésa no es —en mi opinión, señor Garín— una razón suficiente para salir a su encuentro.

»Quiero —deseo— que los chinos sean juzgados en toda China por tribunales chinos, protegidos realmente por policías chinos, que posean de verdad, y no sólo en principio, una tierra de la que son los legítimos dueños. Pero no tenemos derecho a atacar a Inglaterra de manera efectiva, por un acto del Gobierno. No estamos en guerra. China es China, y el resto del mundo es el resto del mundo...

Molesto, Garín no responde en seguida... Cheng-dai continúa:

—Sé muy bien a qué tiende ese ataque... Sé demasiado bien que contribuirá a mantener el fanatismo que se ha instalado aquí con ustedes...

Garín le mira.

—Fanatismo cuyo valor no niego, pero que no puedo aceptar, con vivo sentimiento por mi parte, señor Garín. Sólo sobre la verdad se puede fundar...

Abre los brazos, como si se excusase.

—Señor Cheng-dai, ¿cree que Inglaterra se preocupa tanto de la justicia como usted?

—No... Por eso acabaremos por vencerla... sin medidas violentas, sin combate. Antes de que pasen cinco años, ningún producto inglés podrá penetrar ya en China.

Piensa en Gandhi... Garín, golpeando la mesa con el extremo de su lápiz, responde lentamente:

—Si Gandhi no hubiese intervenido —en nombre de la justicia, también él— para romper el último Hartal, los ingleses no estarían ya en la India.

—Si Gandhi no hubiese intervenido, señor Garín, la India, que está dando al mundo la más alta lección que podamos recibir actualmente, no sería más que un país de Asia en rebelión...

—¡No estamos aquí para dar bellos ejemplos de derrota!

—Le agradezco una comparación que me honra mucho más de lo que usted se imagina, pero de la que no soy digno. Gandhi sabe redimir con su propio sufrimiento los errores de sus compatriotas.

—Y los latigazos que les vale su virtud.

—Es usted apasionado, señor Garín. ¿Por qué irritarse? China elegirá entre sus ideas y las mías...

—¡A nosotros nos corresponde hacer de China lo que debe ser! Pero ¿podremos hacerlo si no estamos de acuerdo entre nosotros, si usted le enseña a despreciar lo que le es más necesario, si no quiere usted admitir que lo que se necesita en primer lugar es EXISTIR?

—China se ha apoderado siempre de sus vencedores. Lentamente, es verdad, pero siempre...

»Señor Garín, si China tiene que convertirse en olía cosa que no sea la China de la Justicia, tal como yo he trabajado —modestamente— por edificarla, si ha de ser semejante...

(Una pausa. Sobreentendido: a Rusia).

—... No veo la necesidad de su existencia. Que quede de ella un gran recuerdo. A pesar de los abusos de la dinastía manchú, la historia de China es digna de respeto...

—¿Cree usted que las páginas que estamos escribiendo dan la impresión de una decadencia?

—Cincuenta siglos de historia no pueden evitar algunas páginas muy tristes, señor Garín, más tristes sin duda que lo serán jamás ésas de que usted habla; pero, al menos, no he sido yo quien las ha escrito...

Se levanta, no sin esfuerzo, y se dirige hacia la puerta con pasos menudos. Garín le acompaña. Una vez cerrada la puerta, se vuelve hacia mí:

—¡Señor buen Dios, líbranos de los santos!

* * *

Últimos informes: los oficiales de Tang están en la ciudad. Nada que temer por esta noche.

—Incluso en el campo de las ideas, o más bien de las pasiones —me explica Garín mientras cenamos—, no carecemos de fuerza contra Cheng-dai. Toda el Asia moderna está en el sentimiento de la vida individual, en el descubrimiento de la muerte. Los pobres han comprendido que su miseria no tiene esperanza, que no pueden esperar nada de una nueva vida. Los leprosos que dejaban de creer en Dios contaminaban las fuentes. Todo hombre liberado de la vida china de sus ritos y sus vagas creencias, y rebelde al cristianismo, es un buen revolucionario. Puedes verlo de maravilla por el ejemplo de Hong y de casi todos los terroristas que tendrás ocasión de conocer. Al mismo tiempo que el terror ante una muerte que ni redime ni recompensa, nace la idea de la posibilidad para cada hombre de vencer la vida colectiva de los desdichados, de alcanzar esa vida particular, individual, que consideran confusamente como el bien más precioso de los ricos. A estos sentimientos deben su éxito las pocas instituciones rusas aportadas por Borodín. Son ellos los que empujan a los obreros a exigir en sus fábricas comisiones de control elegidas por ellos, no por vanidad, sino para alcanzar el sentimiento de una existencia realmente humana... ¿No es un sentimiento semejante, el de poseer una vida particular, distinta a los ojos de Dios, lo que dio su fuerza al cristianismo? Que no hay gran distancia de esos sentimientos al odio, e incluso al fanatismo del odio, es algo que compruebo a diario... Si se muestra a un culí el auto de su patrono, se pueden producir varios efectos; pero si el culí tiene las piernas rotas... Y hay muchas piernas rotas en China... Lo más difícil es transformar las veleidades de los chinos en resoluciones. Fue preciso inspirarles confianza en sí mismos, y hacerlo de manera gradual, a fin de que esa confianza no desapareciese en unos días; mostrarles sus victorias, numerosas y sucesivas, antes de hacerles combatir militarmente. La lucha de Hong Kong, emprendida por muchas razones, es

excelente en este sentido. Los resultados han sido brillantes; no los hagamos más brillantes todavía. Todos desean participar en esta ruina que ven pesar sobre el símbolo de Inglaterra. Se ven vencedores, y vencedores sin tener que soportar las imágenes guerreras que les repugnan porque no les recuerdan más que derrotas. Para ellos, como para nosotros, hoy es Hong Kong, mañana Hankeú, pasado mañana Shanghai, más tarde Pekín... Es el impulso dado por esta lucha el que debe sostener —y lo sostendrá— a nuestro ejército contra Cheng-tiung Ming, como será el que sostenga la expedición del Norte. Por eso nuestra victoria es necesaria, por eso tenemos que impedir, por todos los medios, que ese entusiasmo popular, que se está convirtiendo en una fuerza de epopeya, se deshaga en polvo en nombre de la justicia y otras pamplinas...

—Una fuerza semejante, ¿puede ser destruida tan fácilmente?

—Destruída, no. Aniquilada, sí. Fue suficiente una inoportuna predicación de Gandhi (porque los indios habían liquidado a algunos ingleses... ¡qué horror...!) para romper el último Hartal. El entusiasmo no soporta la vacilación, sobre todo aquí. Lo que necesitamos es que cada hombre sienta que su vida está vinculada a la Revolución, que perderá su valor si somos vencidos, que quedará reducida a un guiñapo...

Tras un silencio, añade:

—Y además, una minoría resuelta...

Después de cenar, se va a buscar noticias de Borodín: el acceso de fiebre que temía el médico se ha declarado, y el delegado de la Internacional, en la cama, se encuentra en la imposibilidad de leer o de discutir de nada. Esta enfermedad inquieta a Garín, y su inquietud nos lleva a hablar por unos instantes de él mismo. A una de mis preguntas, responde:

—Hay en el fondo de mí viejos rencores que han contribuido en mucho a atarme a la Revolución...

—Pero tú nunca has sido verdaderamente pobre...

—¡Ah! Ésa no es la cuestión. Mi hostilidad profunda se dirige mucho menos a los poseedores que a los principios estúpidos en cuyo nombre defienden sus posesiones. Y hay otra cosa: cuando era un adolescente, y pensaba cosas vagas, no necesitaba de nada para tener confianza en mí mismo. Sigo teniendo confianza en mí mismo, pero de otro modo: ahora, me hacen falta pruebas. Lo que me ata al Kuomintang...

Y apoyando la mano sobre mi brazo:

—Es la costumbre, pero sobre todo la necesidad de una victoria común...

Al día siguiente

La acción de los terroristas prosigue con violencia. Ayer, un rico comerciante, un juez y dos antiguos magistrados han sido asesinados, unos en la calle, los otros en sus domicilios.

Cheng-dai solicitará mañana ante el Comité ejecutivo la detención inmediata de Hong y de todos aquellos considerados como jefes de las sociedades anarquistas y terroristas.

Al otro día

«Las tropas de Tang están agrupadas».

Apenas hemos comenzado a comer. En seguida partimos. El auto corre a toda velocidad a lo largo del río. En la ciudad, no se ve nada todavía. Pero en el interior de las casas ante las que nos detenemos, los equipos de ametralladores están prestos. Después de pasar nosotros, la policía regular del muelle y los piquetes de huelga dispersan a la multitud y detienen toda circulación sobre los puentes, en cuyas proximidades se instalan los nidos de ametralladoras. Las tropas de Tang están al otro lado del río.

En Propaganda, ante el despacho de Garín, nos esperan Nicolaiev y un joven chino despeinado, de rostro muy hermoso: Hong, el jefe de los terroristas. Sólo al oír su nombre me fijo en la longitud de sus brazos, esa longitud un poco simiesca de que me ha hablado Gérard. Ya muchos agentes se encuentran en el pasillo: los que, de guardia ante las casas de nuestros amigos sospechosos para Tang, tenían como misión prevenirnos tan pronto como se presentaran las patrullas encargadas de las detenciones. Dicen que acaban de ver a los soldados penetrar por la fuerza en las casas, furiosos al no encontrar a los que buscan, llevarse a las mujeres, a los criados... Garín les hace callar. Después, les pregunta uno a uno dónde se encontraban, señala en el plano de Cantón los lugares visitados por las patrullas.

—¿Nicolaiev?

—Sí.

—Baja. Un mensaje para Gallen. Tú mismo, ¿eh? Después, un agente con un coche en todas las centrales; que cada sindicato envíe cincuenta

voluntarios contra cada patrulla. Las patrullas subirán hacia el río. Dos puestos de cadetes para dirigirlos, con una ametralladora cada uno.

Nicolaiev parte a toda prisa, sin aliento, balanceando pesadamente su grueso cuerpo. Hay ahora en el pasillo una muchedumbre de agentes, a los que un oficial cantonés y un europeo de alta estatura (Klein, me parece... pero está en la sombra) interrogan rápidamente antes de permitirles llegar hasta Garín. Otro oficial cantonés, muy joven, atraviesa, abriéndose camino con los hombros, esta masa blanca de personajes vestidos con trajes de lienzo o con túnicas.

—¿Me voy, señor comisario?

—De acuerdo, coronel. Recibirá usted los mensajes a la altura del puente número 3.

Le entrega un plano en el que están marcados en rojo los lugares en que se encontraban las patrullas, el punto de partida de Tang y las rutas que puede seguir. La barra azul del río corta la ciudad: allí, como siempre en Cantón, se librará el combate. Recuerdo la frase de Gallen: «Las tenazas. Si no pasan los puentes de pontones, están perdidos...».

Un joven secretario llega corriendo con unas notas.

—¡Espere, coronel! Aquí está la nota de la policía: Tang tiene mil cuatrocientos hombres.

—Yo, sólo quinientos.

—Gallen me había dicho que seiscientos.

—Quinientos. ¿Ha puesto usted vigías a lo largo del río?

—Sí. Ningún peligro de vernos rodeados.

—De acuerdo. Conservaremos los puentes.

El oficial se va sin añadir nada más. En medio de la algarabía, oímos el chirrido de su coche que arranca y su bocina que se aleja funcionando sin descanso. Calor, calor. Estamos todos en mangas de camisa; nuestras chaquetas yacen arrojadas unas sobre otras, en un rincón.

Una nota más, copia de una nota de Tang:

—*Objetivos: Bancos, estación, Correos* —lee Garín en voz alta. Continúa leyendo para sí, luego prosigue—: Primero tendrán que pasar el río.

—¡Garín, Garín! Las tropas de Feng-lia Dong...

Es Nicolaiev que regresa, secándose el ancho rostro con el pañuelo, con el pelo empapado, los ojos girando como bolas.

—¡... se unen a las de Tang! Las carreteras de Wampoa están cortadas.

—¿Seguro?

—Seguro.

Y en voz más baja:

—Nunca lograremos resistir solos.

Garín mira el plano extendido sobre la mesa. Luego se encoge nerviosamente de hombros y marcha hacia la ventana.

—No se puede hacer gran cosa...

Grita:

—¡Klein! —Más bajo—: Hong, lárgate a la permanencia del sindicato de conductores y tráete a unos cincuenta tipos.

Y volviendo a Nicolaiev:

—¿Telégrafos? ¿Teléfonos?

—Cortados, naturalmente.

Entra Klein.

—¿Qué?

—Feng nos deja plantados y corta Wampoa. Toma una patrulla de guardias y agentes. Requisa —rápidamente— todo lo que puedas encontrar que se parezca a un coche. En cada cacharro, un agente y un chófer. (Encontrarás a los chóferes abajo. Hong ha ido a buscarlos). Que circulen por toda la ciudad —sin pasar los puentes— y que nos manden el mayor número posible de parados y huelguistas. Pásate por las permanencias. Que los militantes nos envíen a todos los hombres de que puedan disponer. Y arréglatelas para alcanzar al coronel y decirle que te dé cien cadetes.

—¡Me va a chillar!

—¡No hay elección, idiota! Tráetelos tú mismo.

Klein se va. A lo lejos comienza un ruido de tiroteo...

—Ahora, ¡cuidado con el embotellamiento! Si vienen solamente tres mil para comenzar...

Llama al cadete que hace un momento interrogaba con Klein a los agentes antes de dejarles entrar:

—Envíe un agente a la permanencia de actividades marítimas. Treinta culíes inmediatamente.

Un auto más que se pone en marcha. Echo una ojeada por la ventana: ante Propaganda esperan una decena de coches, con sus chóferes. Cada secretario que se va toma uno; el auto sale chirriando de la gran sombra oblicua del edificio y desaparece en una polvareda plena de sol. Ya no se oyen disparos, pero mientras miro, oigo la voz de un hombre que dice a Garín, detrás de mí:

—Tres patrullas han sido hechas prisioneras. Los tres enviados de las secciones aguardan.

—Fusilad a los oficiales. En cuanto a los hombres... ¿en dónde están?

—En las permanencias.

—Bien. Desarmados, esposas. Si Tang pasa los puentes, fusilados.

En el momento en que me vuelvo, el hombre que hablaba sale; pero vuelve a entrar de inmediato.

—Dicen que no tienen esposas.

—¡Al diablo!

El timbre del teléfono interior.

—¿Diga? ¿Capitán Kovak? El comisario de Propaganda, sí. ¿Arden? ¿Cuántas casas? ¿Del otro lado del río...? Déjelas arder...

Cuelga.

—¿Nicolaiev? ¿Qué guardia ante la casa de Borodín?

—Cuarenta hombres.

—Por el momento basta. ¿Hay una camilla en su casa?

—He hecho llevar una hace un instante.

—Bien.

Mira a su vez por la ventana, aprieta los puños y, dirigiéndose de nuevo a Nicolaiev:

—Las cosas comienzan a ratear... Baja. Primero los coches en una sola fila. Unos detrás de otros. Después, una barricada y los parados en filas.

Nicolaiev, ya abajo, se ajetea, agita los brazos, con el rostro en escorzo bajo su casco blanco. Los autos se desplazan con estrépito, se alinean. Dos o trescientos hombres en harapos esperan a la sombra, en su mayoría en cuclillas. Llegan más a cada minuto que pasa. Interrogan a los primeros, con aspecto atontado, y se ponen en cuclillas detrás de ellos, para mantenerse también a la sombra. Oigo detrás de mí:

—El primero y el tercer puente de pontones han sido atacados.

—¿Estabas allí?

—Sí, comisario, en el tercero.

—¿Y...?

—No aguantaron ante las ametralladoras. Ahora preparan sacos de arena.

—Bien.

—El coronel me ha dado esta nota para usted.

Oigo desgarrar el sobre.

—¿Hombres? Sí, sí —dice otra vez Garín con exasperación. Y en voz baja—: Tiene miedo a no resistir.

Abajo, los harapientos son cada vez más numerosos. En el límite de la línea de sombra se producen disputas.

—Garín, por lo menos hay quinientos tipos abajo.

—¿Sigue sin llegar nadie de la permanencia de actividades marítimas?

—Nadie, comisario —responde el secretario.

—¡Qué le vamos a hacer!

Sube la persiana y llama por la ventana:

—¡Nicolaiev!

El gordo levanta la cabeza, mostrando así su rostro, y se acerca bajo la ventana.

Garín le tira un paquete de brazaletes que ha cogido del cajón de su mesa.

—Escoge a treinta de esos fulanos, plántales un brazalete a cada uno y empieza la distribución de armas.

Vuelve.

Se oye la voz de Nicolaiev desde abajo:

—¡Las llaves, santo cielo!

Garín retira de un llavero una llavecita y la echa por la ventana: el gordo la recibe en las manos unidas en forma de copa. Al final de la carretera aparecen camilleros que traen heridos echados en camillas.

—¡Dos guardias rojos al final de la calle, infiernos! ¡Nada de heridos aquí en este momento!

Fatigado por la reverberación del sol sobre el polvo de la calle y sobre las paredes, me vuelvo un instante. Todo se me aparece borroso. Manchas de color de los carteles de propaganda pegados a la pared, sombra de Garín que anda de un lado al otro... Rápidamente mis ojos se habitúan a la sombra. En ese momento, los carteles toman vida... Garín vuelve a la ventana.

—¡Nicolaiev! ¡Nada más que fusiles!

—Está bien.

La multitud de parados, cada vez más densa, encuadrada por agentes de policía uniformados y un piquete de huelga enviado sin duda por Klein, avanza en punta hacia la puerta. Los fusiles están en el sótano. Muchedumbre inmensa, siempre protegida por la sombra. Llegan en el sol, en filas, una veintena de hombres portadores de un brazalete, conducidos por un secretario.

—¡Garín, más tipos con brazaletes!

Mira.

—Son los culíes de actividades marítimas. Está bien.

Silencio. Desde que esperamos que suceda algo, volvemos a sentir calor, como una plaga. Abajo, un débil rumor; murmullos, chanclos, inquietud, las tarreñas de un vendedor ambulante, los gritos de un soldado que lo echa. Ante la ventana, la luz. Calma plena de ansiedad. El tono rimado, cada vez más

neto, de los hombres que llegan al paso; el chasquido brutal del alto. Silencio. Rumor... Un solo paso en la escalera. El secretario.

—Comisario, han llegado los culíes de actividades marítimas.

Garín escribe y dobla la hoja.

El secretario extiende la mano.

—¡No!

Arruga el papel y lo envía al cesto de los papeles.

—Iré yo mismo.

Pero se presentan nuevos secretarios portadores de papeles. Él lee: «Hong Kong. ¡Más tarde!», y echa los papeles en un cajón. Entra un cadete.

—Comisario, el coronel pide hombres.

—En un cuarto de hora.

—Pregunta con cuántos puede contar.

Miramos otra vez por la ventana: ahora la multitud se extiende hasta el final de la calle —siempre limitada por la línea de sombra—, agitada por lentos movimientos, que se pierden allí, como en el agua.

—Al menos mil quinientos.

El secretario espera todavía. Garín escribe de nuevo, y esta vez le entrega la orden.

Una vez más el timbre del teléfono interior.

—...

—Pero ¿qué amotinados, diablos?

—...

—¡Tú deberías saberlo!

—...

—Sí. En fin, ¿cómo han venido?

—...

—¿Varios barcos? Está bien. Déjales atacar.

Cuelga y abandona la pieza.

—¿Te acompaño?

—Sí —responde ya en el corredor.

Bajamos. Hombres con brazaletes, elegidos hace poco por Nicolaiev, traen del sótano fusiles que sus camaradas distribuyen desde los escalones de entrada a los parados, casi en filas; pero los culíes de actividades marítimas han vuelto a subir con cajas de cartuchos. Los hombres armados se mezclan con los demás, que quieren pasar y conseguir cartuchos antes de haber obtenido un fusil... Garín grita en un chino muy malo; nadie le escucha. Se acerca entonces a la caja abierta y se sienta encima. La distribución cesa. El

movimiento se detiene; de las últimas filas llegan preguntas... Vivamente hace retroceder a los hombres sin armas y situarse ante ellos a los hombres armados. Éstos, de tres en tres, reciben al pasar ante la caja sus municiones, con una desesperante lentitud... En el sótano, los culíes abren nuevas cajas a grandes golpes de formón y martillo... Y como hace un momento, un ruido militar de pasos llega hasta nosotros. No vemos nada a causa de la multitud. Garín trepa a lo alto de los escalones y mira:

—¡Los cadetes!

Son, en efecto, los cadetes que trae Klein. Los culíes suben del sótano, jadeantes, con el hombro aplastado por el ancho bambú del que cuelgan nuevas cajas de cartuchos... Klein está ante nosotros.

—Dos cadetes para secundarte —le dice Garín—. Todos los hombres llegados y provistos de municiones a veinte metros por delante. Los hombres armados y sin municiones, a diez metros. Una caja y tres hombres entre ambos para la distribución.

Y cuando todo se ha realizado, sin gritos, en medio de una polvareda acre y densa, rayada por el sol:

—Ahora, primero los fusiles, las municiones tres metros más allá. Los cadetes en primera fila. Sitúa a los hombres de diez en diez. Un jefe por fila; militante, si lo hay; si no, el primero de la fila. Que cada cadete tome ciento cincuenta hombres y corra al muelle a pedir instrucciones al coronel.

Volvemos a subir, y otra vez lo primero que hacemos es mirar por la ventana: la calle está invadida; tanto al sol como a la sombra, oradores, encaramados sobre los hombros de sus compañeros, aullan... Se oye el ruido lejano de las ametralladoras. Al fondo, un primer grupo armado se aleja a paso gimnástico, vigilado por un cadete.

Y la exasperación pasiva, la tensión de todos los nervios que no encuentran otro objeto que la espera, comienza. Esperar. Esperar. Bajo la ventana, las secciones se constituyen una a una y se van, con un ruido de pasos. Nos traen documentos relativos a Hong Kong. Garín los echa en un cajón. Se sigue oyendo el sonido de tela desgarrada de las ametralladoras y, de vez en cuando, ráfagas aisladas de disparos de fusil; pero todo esto está lejos y se une casi en nuestro espíritu con las salvas de petardos que oíamos ayer. Los puentes continúan en nuestro poder. Por cinco veces las tropas de Tang han intentado pasar, pero no han logrado franquear las cabezas de puente sobre las que nuestras ametralladoras tiran con fuego cruzado. En cada ocasión, un cadete trae una nota: «Ataque puente número..., rechazado». Y volvemos a esperar, Garín recorriendo la pieza o cubriendo su secante de

recargados y fantásticos dibujos, llenos de curvas; yo, mirando por la ventana la organización de las secciones, siempre igual. Han venido dos confidentes, tras franquear el río a nado: del otro lado del puente, se entregan al pillaje y al incendio. Extendido por encima de la calle, un humo muy leve atenúa el brillo del cielo, extremadamente sereno.

* * *

Garín y yo corremos en coche hacia el muelle. Nadie en las calles. Las cortinas metálicas de los ricos comercios están echadas, los tenderetes cerrados por medio de planchas. Al pasar nosotros, aparecen rostros en las ventanas, tras una lona tendida o un lecho izado, y se desvanecen en seguida. En la esquina de una calle desaparece una mujer que corre con sus piecitos, con un niño en brazos, un niño a la espalda.

Nos detenemos a unos metros del muelle, en una calle paralela, para escapar al fuego de los enemigos que tiran desde la otra orilla. El coronel se ha instalado en una casa poco alejada del puente principal. En el patio, oficiales y niños. En el primer piso, una mesa sobre la que está desplegado el plano de Cantón; contra la ventana, tres camas de madera puestas verticales no dejan entre sí más que una estrecha tronera por la que se filtra un rayo de sol que pone sobre la rodilla del coronel una mancha aguzada.

—¿Y bien?

—¿Ha recibido usted esto? —pregunta el coronel tendiéndole una nota.

La nota está escrita en chino. Garín y yo leemos al tiempo. Parece comprenderla poco más o menos; sin embargo, traduzco a media voz: el general Gallen ataca a las tropas de Feng que nos separan y marcha sobre la ciudad. El comandante^[5] Chang-kai Chek, que se ha llevado las mejores secciones de ametralladoras, atacará de flanco a las tropas de Tang.

—No. Sin duda ha llegado después de mi salida. ¿Está seguro de aguantar aquí?

—Naturalmente.

—Gallen va a derribar a Feng como a un montón de polvo. Con la artillería, es cosa cierta. ¿Cree usted que las tropas de Feng se repliegan sobre la ciudad?

—Es probable.

—Bien. ¿Tiene bastantes hombres ahora?

—Más de los que necesito.

—¿Puede darme diez ametralladoras y un capitán?

El coronel lee algunas notas.

—Sí.

—Estoy haciendo levantar barricadas en las calles y estableciendo a la entrada nidos de ametralladoras. Si las tropas vencidas tropiezan con ellas, tendrán que dispersarse por el campo.

—Así lo creo.

Da una orden a su ayudante de campo, que sale corriendo. Nos despedimos, apuñalados uno tras el otro por el rayo que proyecta la tronera. Fuera, el tiroteo se ha calmado.

Afuera nos esperan veinte cadetes, abatidos como moscas sobre dos coches: apretujados en los asientos, enganchados al guardabarros, sentados en la capota, de pie en los estribos. El capitán monta con nosotros. Los autos arrancan y corren, sacudiendo a los cadetes en cada reguera.

Sobre la mesa esperan a Garín nuevos informes. Apenas los mira. Encarga al capitán la dirección de las secciones que continúan formándose; en la calle, que el sol, ahora más bajo, llena de sombra, no se ven más que cabezas.

—¡Para las barricadas, requise!

Dejando a Nicolaiev la organización y el armamento de las secciones, Klein desciende de nuevo al sótano, seguido de veinte cadetes; el grupo vuelve a subir y reaparece en el pasillo, confuso, erizado aquí y allá de los rayos brillantes que traza la luz sobre los cañones de las ametralladoras. Y de nuevo, los coches parten entre un estrépito de embragues y bocinas, desbordantes de soldados zarandeados y dejando entre las huellas de las ruedas gorras caqui, abandonadas.

Dos horas de espera. De cuando en cuando, recibimos un nuevo informe... Una sola alerta: hacia las cuatro, el enemigo conquista el segundo puente. Pero casi inmediatamente la línea de obreros armados, situados por todas partes detrás del muelle, deteniendo al cuerpo de Tang, ha dado tiempo para que llegase nuestra sección móvil de ametralladoras, y reconquistamos el puente. Después, ha habido fusilamientos en las callejuelas paralelas al muelle.

Hacia las cinco y media llegan los primeros huidos de la división de Feng. Recibidos por las ametralladoras, regresan en seguida al campo.

Inspección de nuestros puestos. El auto se detiene a cierta distancia; vamos a pie, Garín, un secretario cantonés y yo, hasta el final de esas calles, cuya perspectiva aparece cortada a media altura por barricadas bajas, hechas con vigas y largueros de camas. Detrás de ellas, los ametralladores fuman largos cigarros indígenas y echan de vez en cuando una ojeada por las

troneras. Garín mira en silencio. A cien metros de las barricadas, los obreros a los que hemos armado esperan, en cuclillas, charlando o escuchando los discursos de los suboficiales improvisados, militantes de los sindicatos portadores de brazaletes.

Y desde nuestro regreso a Propaganda, la espera recomienza. Pero ya no es una espera angustiada. En el último de los puestos que hemos inspeccionado, un secretario se ha acercado a Garín trayéndole un mensaje de Klein: el comandante Chang-kai Chek ha forzado las barreras de Tang, y las tropas de este último, también a la desbandada, tratan de llegar al campo. El tiroteo, que ha cesado del lado de los puentes, continúa, nutrido, como una granizada lejana, en la otra orilla; intermitentemente se oye el estallido de las granadas, como enormes petardos. La batalla se aleja rápidamente, tan rápidamente como cae la noche. Mientras que ceno en el despacho de Nicolaiev, clasificando los últimos informes de Hong Kong, se encienden las luces; y ya completamente de noche, no oigo más que detonaciones aisladas, perdidas...

Cuando vuelvo a bajar al primer piso, un rumor de palabras y de ruido de armas entra, por las ventanas, de la calle nocturna. Cerca de los coches, en la luz triangular de los faros, se cruzan siluetas de cadetes, negras, rayadas por barras que brillan: armas. Un batallón de Chang-kai Chek está ya en la calle. No se distingue nada fuera de los haces luminosos de los faros, pero se siente que, abajo, una muchedumbre agitada anima la sombra, con la necesidad de hablar en alto que sigue a los combates.

Garín, sentado detrás de su mesa, come una larga barra de pan tostado, que cruje entre sus dientes, y habla al general Gallen, que le escucha paseando a través de la habitación.

—... Por el momento, no puedo sacar conclusiones. Pero, según los últimos informes que he recibido ya, puedo afirmar esto: hay por todas partes islotes de resistencia; hay la posibilidad en la ciudad de una tentativa semejante a la de Tang.

—¿Se ha cogido a Tang?

—No.

—¿Muerto?

—No lo sé todavía. Pero hoy ha sido Tang, mañana será otro. El dinero de Inglaterra continúa presente; y el de los financieros chinos, también. Se lucha o no se lucha, pero...

Se levanta, sopla sobre la mesa, se sacude la ropa para desprender las migas de pan, va hacia la caja fuerte, la abre y saca una octavilla que tiende a Gallen:

—... eso es lo esencial.

—¡Ah! ¡El viejo sinvergüenza...!

—No. Él ignora sin la menor duda la existencia de estas octavillas.

Miro por encima del hombro de Gallen: la octavilla anuncia la constitución de un nuevo Gobierno, cuya presidencia ha sido ofrecida a Cheng-dai.

—Saben que pueden oponerlo a nosotros. Contra toda nuestra propaganda, él cuenta con su influencia.

—¿Hace mucho que tienes esta octavilla?

—Una hora.

—Su influencia... Sí, actúa como un polo. ¿No encuentras que todo esto ha durado ya demasiado?

Garín reflexiona.

—Es difícil...

»Tanto más porque empiezo a desconfiar de Hong... Está empezando a cargarse por su propia cuenta a gente que ha hecho al partido donativos considerables...

—Remplázale.

—Eso hay que pensarlo primero: tiene grandes cualidades, y éste es un mal momento. Además, si deja de estar con nosotros, se pondrá en contra nuestra.

—¿Y qué?

—No puede hacer nada sin nosotros de manera durable; los terroristas son siempre imprudentes y están siempre mal organizados... pero, por algunos días...

Al día siguiente

—¡Naturalmente! —dice Garín al entrar esta mañana en su despacho y ver las altas pilas de informes—. Tras los incidentes, siempre ocurre así...

Y nos ponemos de nuevo al trabajo: una actividad furiosa trasciende de todos esos informes que ponemos en orden como cosas muertas. Deseos, voluntades de anteayer y de ayer, violencia de hombres de los que solamente

sé que están muertos o huidos. Y esperanza de otros hombres que quieren, mañana, intentar lo que Tang no ha sido capaz de conseguir.

Garín trabaja en silencio y reúne todos los documentos —son numerosos— relativos a Cheng-dai. De cuando en cuando, eligiendo o anotando un documento con lápiz rojo, dice solamente en voz baja: «Otra vez». Todos nuestros enemigos se orientan hacia ese anciano. Tang, que esperaba pasar los puentes con bastante rapidez para apoderarse de las armas reunidas en Propaganda, quería confiarle la presidencia del nuevo Gobierno. Todos aquellos a quienes molesta la acción, todos los que viven de lamentaciones, reunidos en torno a los jefes de las sociedades políticas secretas, ancianos que antaño colaboraron con Cheng-dai, forman una masa a la que la vida de Cheng presta un cierto orden...

Y éstos son los informes de Hong Kong: Tang se ha refugiado en la ciudad. Inglaterra, que sabe lo escasamente elevados que son los fondos de la sección de Propaganda, recobra los ánimos. Comprendo, quizá mejor que cuando me encontraba en el propio Hong Kong, lo que es esta guerra nueva en que se remplazan los cañones por consignas, en que la ciudad vencida no es entregada a las llamas, sino a ese gran silencio de las huelgas de Asia, a ese vacío inquietante de las ciudades abandonadas, donde alguna silueta furtiva desaparece con un sordo chasquido de chanclos solitarios... La victoria ya no está en el nombre de una batalla, sino en estos gráficos, en estos informes, en la baja de los precios de las casas, en las solicitudes de subvenciones, en la floración de placas blancas que sustituyen poco a poco, en la entrada de los edificios de Hong Kong, a las razones sociales de las compañías... La otra guerra, la antigua, se prepara también: el ejército de Cheng-tiung Ming se entrena bajo la dirección de oficiales ingleses.

«¡Dinero, dinero, dinero!», dicen uno tras otro los informes. «Nos vamos a ver obligados a suspender el pago de los subsidios de huelga...». Y Garín traza nerviosamente frente a cada demanda una D mayúscula: el decreto. Un gran número de compañías cantonesas, a las que ese decreto arruinaría sin esperanzas y que han propuesto hace poco a Borodín sumas elevadas, se han vuelto hacia los amigos de Cheng-dai... Hacia las once, se va.

—Es absolutamente preciso conseguir ese decreto. Si viene Gallen, dile que estoy en casa de Cheng-dai.

* * *

Trabajo después con Nicolaiev. El jefe de la policía es un antiguo agente de la Ojrana. Borodín conoce su expediente, actualmente en la Checa. Afiliado a las organizaciones terroristas antes de la guerra, hizo arrestar a un buen número de militantes. Estaba muy bien informado, ya que unía a sus propias confidencias las de su mujer, terrorista sincera y respetada, que murió de manera singular. Diversas circunstancias apartaron de él la confianza de sus camaradas, sin permitir no obstante el nacimiento de una opinión lo bastante firme para justificar su ejecución. Desde ese momento, la Ojrana lo consideró quemado y dejó de pagarle. Era incapaz de trabajar. Erró de miseria en miseria, fue guía, vendedor de fotos obscenas... Periódicamente imploraba a la policía que le enviase algún dinero para socorrerle; vivía asqueado de sí mismo, fracasado, apegado sin embargo a esa policía por una especie de espíritu de cuerpo. En 1914, al tiempo que solicitaba cincuenta rublos —fue su última demanda—, denunció, como para pagarla, a su vecina, una anciana que ocultaba armas...

La guerra le liberó. Dejó el frente en 1917, terminó por ir a parar a Vladivostock, después a Tientsin, donde se embarcó, en calidad de lavaplatos, en el barco que zarpaba hacia Cantón. Aquí reinició su antigua profesión de confidente y supo mostrar la suficiente habilidad para que Sun-yat Sen le confiase, cuatro años más tarde, uno de los puestos importantes de su policía secreta. Los rusos parecían haber olvidado su antigua profesión.

Mientras acabo de poner en orden el correo de Hong Kong, él estudia la represión del levantamiento de ayer.

—Entonces, ¿comprendes, pequeño?, elegí la sala más grande. Es grande, muy grande. Me siento en el sillón presidencial, solo, completamente solo, en el estrado; completamente solo, ¿comprendes bien? No hay más que un escribano en un rincón y, detrás de mí, seis guardias rojos que no entienden más que el cantonés, revólver en mano, claro está. Con frecuencia, cuando el fulano entra, da un taconazo (hay hombres valientes, como dice tu amigo Garín), pero cuando sale, jamás da un taconazo. Si hubiese alguien allí, si hubiese público, no lograría nunca nada: los acusados resistirían. Pero cuando estamos completamente solos... Tú no puedes comprenderlo: completamente solos...

Y con una sonrisa desvaída, una sonrisa de viejo gordo excitado al contemplar una niña desnuda, añade, arrugando los párpados:

—Si supieses qué cobardes se vuelven...

* * *

Cuando vuelvo para comer, encuentro a Garín escribiendo.

—Un instante, ya casi he terminado. Tengo que anotar esto en seguida, si no se me olvidaría. Es mi visita a Cheng-dai.

Transcurridos unos minutos, oigo el ruido que hace la pluma cuando se traza una raya. Aparta los papeles.

—Según parece, ha vendido su última casa. Se aloja en la de un pobre fotógrafo, por eso sin duda prefirió venir a verme él el otro día. Me hicieron entrar en el taller, una habitación pequeña, llena de sombra. Él adelanta el sillón y se sienta en el diván. En algún sitio, en el patio, un vendedor de linternas martillea sobre hojalata... lo que nos obliga a hablar muy alto. Pero no tienes más que leer...

Me tiende sus papeles.

—Empieza por: «Pero sin duda...». Ch.-d. es él; G. soy yo, evidentemente. O mejor no. Yo te lo leeré. Tú no podrías comprender las indicaciones que van en abreviatura.

Inclina la cabeza, pero en el momento en que va a empezar a leer, añade:

—Te ahorraré la inútil palabrería del principio. Mandarinesco y distinguido, como de costumbre. Cuando le puse entre la espada y la pared preguntándole si votaría sí o no al decreto:

«—Señor Garín —dice (Garín imita casi la voz débil, mesurada y un poco doctoral del anciano)—, ¿me permite usted que le haga algunas preguntas? Ya sé que no es de ningún modo la costumbre...

»—No faltaba más.

»—Quisiera saber si se acuerda usted de la época en que creamos la escuela militar.

»—Muy bien.

»—En ese caso, quizá no haya olvidado que, cuando usted se dignó venir a verme para darme a conocer su proyecto, me dijo usted —me aseguró— que esa escuela se fundaba para permitir al Kuang-Ton defenderse.

»—¿Y bien?

»—Defenderse. Tal vez recuerde que fui con usted, con el joven comandante Chang-kai Chek, a casa de las personas notables. Incluso fui solo en varias ocasiones. Los oradores me injuriaron, me calificaron de militarista, ¡a mí...! Sé que una vida honorable no escapa a las injurias, y las desprecio. Pero yo dije a hombres dignos de respeto, de consideración, que habían depositado en mí su confianza: “Usted se digna creer que yo soy un hombre justo. Le pido que envíe a su hijo —a su hijo varón— a esta escuela. Le pido

que olvide lo que la sabiduría de nuestros antepasados nos ha enseñado: la infamia del oficio militar”. Señor Garín, ¿fue eso lo que dije?

»—¿Quién lo pone en duda?

»—Bien. Ciento veinte de esos chicos han muerto. Tres de ellos eran hijos únicos. Señor Garín, ¿quién es responsable de esas muertes? Yo.

»Con las manos en las mangas, se inclina profundamente y vuelve a erguirse, diciendo:

»—Soy un hombre de edad, hace mucho tiempo que he olvidado las esperanzas de mi juventud..., una época en la que usted no había nacido aún, señor Garín. Sé lo que es la muerte. Sé que hay sacrificios necesarios... Tres de esos jóvenes eran hijos únicos —hijos únicos, señor Garín— y he vuelto a ver a sus padres. Todo joven oficial que no cae para defender a su provincia muere en vano. Y yo aconsejé esa muerte.

»—Esos argumentos son excelentes; lamento que no se los haya expuesto al general Tang.

»—El general Tang los conocía y los ha olvidado, como otros... Señor Garín, poco importan las facciones. Pero, ya que el Comité de los siete, ya que una parte del pueblo concede un valor a mi pensamiento, yo no se lo ocultaré.

»Añade, muy lentamente:

»—Cualquiera que sea para mí el peligro... Créame que lamento hablarle así. Usted me obliga a ello. Lo siento, de veras. Señor Garín, no defenderé su proyecto. Sin duda, incluso iré hasta a combatirlo... Pienso que usted y sus amigos no son buenos pastores para el pueblo...

(—Fueron los Padres —dice Garín con su voz habitual— quienes le enseñaron el francés).

»—y más aún, que son ustedes peligrosos para él. Pienso que son ustedes extremadamente peligrosos: porque ustedes no lo quieren.

»—¿A quién debe preferir el niño, a la nodriza que le quiere y le deja ahogarse o a la que no le quiere, pero sabe nadar y le salva?

»—Eso depende tal vez, señor Garín, de lo que el niño tiene en los bolsillos...

»—Verdaderamente usted debe de saberlo bien, puesto que hace más de veinte años que le está ayudando y aún es usted pobre...

»—Yo no he buscado...

»—¡No es como yo! Viendo mis zapatos agujereados (me apoyo en la pared y muestro una de las suelas), se adivina que la corrupción me ha enriquecido.

»La cosa es desconcertante, pero idiota. Podría haberme replicado que nuestros fondos, por escasos que sean, permiten la compra de unos zapatos nuevos. ¿No se le ocurre o no quiere continuar una discusión que le hiere? Como todos los chinos de su generación, teme la violencia, la irritación, los signos de vulgaridad... Saca las manos de las mangas, abre los brazos en un gesto y se levanta.

»—Eso es todo».

Garín deja sobre la mesa la última hoja, cruza las manos sobre ella y repite:

—Eso es todo.

—¿Y bien?

—Creo que la cuestión está resuelta. Lo único que se puede hacer ahora es esperar a acabar con él antes de volver a hablar del decreto. Felizmente él hace todo lo necesario para ayudarnos.

—¿Cómo?

—Pidiendo la detención de los terroristas (entre paréntesis, ya puede pedirla: si consigue su acusación, la policía no los encontrará, y en paz). Hace mucho tiempo que Hong le odia...

Al día siguiente por la mañana

Al entrar, como de costumbre cuando se retrasa, en la habitación de Garín, oigo gritos: dos jóvenes chinas, que estaban echadas sobre la cama, desnudas (largas manchas blancas de cuerpos depilados), sorprendidas por mi entrada, se levantan lanzando alaridos y se refugian detrás de un biombo. Garín, que se abrocha la casaca de oficial, llama al *boy* y le da instrucciones para que haga salir a las mujeres y les pague, una vez que se hayan vestido.

—Cuando uno lleva aquí un cierto tiempo —me dice en la escalera—, las chinas lo excitan a uno mucho, ya lo verás. Por eso, para ocuparse en paz de cosas serias, lo mejor es acostarse con ellas y no pensar más en la cuestión.

—Y con dos a la vez, supongo que se conseguirá doblemente la paz...

—Si el corazón te lo pide, hazles (o hazle, si te empeñas) venir a tu habitación. Tenemos muchos confidentes en las casas de las orillas del río, pero yo no me fío...

—¿Los blancos van a esos establecimientos?

—¡Y que lo digas! Las chinas son muy hábiles...

Pero Nicolaiev nos espera al pie de la escalera. Tan pronto como ve a Garín, grita:

—¡Sí, sí, la cosa continúa! ¡Escucha esto!

Saca un papel del bolsillo y, mientras nos dirigimos a Propaganda a pie (todavía no hace demasiado calor), despacio, a causa de su obesidad, lee:

«Los hombres y las mujeres extranjeros de las misiones han huido ante una muchedumbre china inofensiva. ¿Por qué lo han hecho si no son culpables? Y se han encontrado en los jardines de la misión innumerables huesos de niños chinos. Ahora que está bien establecido que esos seres sin virtud, en sus orgías, asesinan ferozmente a inocentes niños chinos...».

—¿Eso es de Hong, verdad? —pregunta Garín.

—Claro, como de costumbre. Dictado, ya que no sabe escribir los caracteres... Es el tercer papel...

—Sí, le he prohibido ya esas estupideces. ¡Hong está comenzando a fastidiarme!

—Y yo creo que tiene la intención de continuar. En Propaganda sólo le he visto trabajar con placer cuando tenía que redactar comunicados anticristianos. Dice que el pueblo se siente feliz con tales comunicados... Es posible...

—Ésa no es la cuestión. Mándamelo en cuanto llegue.

—Quería verte esta mañana. Supongo que te estará esperando...

—¡Ah! Sobre todo no le preguntes cuáles son sus intenciones con respecto a Cheng-dai. Busca información en otra parte.

—Bien. Dime una cosa, Garín...

—¿Qué?

—¿Sabes que el banquero Sia-chu ha muerto?

—¿Cuchillo?

—Una bala en la cabeza cuando pasamos los puentes.

—¿Y piensas que Hong...?

—No lo pienso. Lo sé.

—Pero tú le habías dicho que dejase...

—De tu parte y de parte de Borodín (a propósito, Borodín va mejor; vendrá pronto, sin duda). Hong hace lo que le da la gana.

—¿Sabía que Sia-chu nos sostenía?

—Muy bien. ¡Pero no le importa nada! Sia-chu era demasiado rico... Nada de pillaje, como de costumbre...

Garín meneaba la cabeza, sin responder. Llegamos.

Acompaño a Nicolaiev, recojo en su despacho el expediente de los últimos informes de Hong Kong y vuelvo a bajar. Al entrar en el despacho de Garín, tropiezo con Hong, que se despide. Habla con un acento muy fuerte, casi en voz baja, en la que se adivina una rabia mal contenida.

—Usted tiene la obligación de juzgar lo que yo escribo. Está bien. Pero no mis sentimientos. La tortura —yo lo pienso así— es en este caso una cosa justa. Porque la vida de un hombre de la miseria es una larga tortura. Y los que enseñan a los hombres de la miseria a soportarla deben ser castigados, sean sacerdotes cristianos u otros hombres. Ellos no saben. No saben. Habría que —yo pienso— obligarles (subraya la palabra con un gesto, como si golpease) a comprender. No soltar contra ellos a los soldados. No. A los leprosos. El brazo de un hombre se convierte en barro y se funde; el hombre viene a hablarme de resignación, entonces está bien. Pero ese hombre dice otra cosa.

Y sonríe al marcharse, con una sonrisa que deja sus dientes al descubierto y da de repente a su rostro lleno de odio una expresión casi infantil.

Garín, preocupado, reflexiona. Cuando levanta la cabeza, su mirada se encuentra con la mía.

—He hecho prevenir al obispo —dice— del peligro que corren sus misioneros. Su partida se ha hecho necesaria, pero no su asesinato.

—¿Y...?

—Me ha respondido que se tomarán las precauciones convenientes. «Por lo demás, Dios nos concederá o nos negará el martirio. ¡Hágase su voluntad!». Algunos de los misioneros se han marchado.

Mientras habla, su mirada se dirige a la mesa y se detiene sobre una de las notas blancas que cubren su secante:

—¡Ah, ah! Cheng-dai ha dejado al fotógrafo y se ha instalado en un chalet que un amigo ausente ha puesto a su disposición... Y, hombre prudente, ha conseguido ayer que le asignen una guardia militar... ¡Ah, qué bueno sería lograr remplazar el Comité de los siete por un comité dictatorial más seguro, crear una Checa, no tener que contar ya con gente como Hong...! ¡Hay tantas cosas que hacer!

»¡Pero bueno! ¿Otra vez? Sí, entre.

El ordenanza trae, de parte de un delegado, un rollo de seda enviado de Shanghai, sobre el que aparecen felicitaciones caligrafiadas con tinta china.

Abajo, se ha añadido una especie de posdata, escrita con una tinta todavía más clara y más sucia.

Nosotros (siguen cuatro nombres) hemos firmado esto con nuestra sangre tras habernos cortado un dedo cada uno, para testimoniar nuestra admiración a nuestros compatriotas cantoneses que osan luchar así, de una manera tan admirable, contra la Inglaterra imperialista. Por ello les testimoniamos nuestro respeto y contamos con que la lucha continúe hasta la victoria completa. Han firmado a continuación: siguen innumerables firmas colectivas (una por sección).

—Hasta la victoria completa —repite Garín—. ¡El decreto, el decreto, el decreto! Todo radica en él. Si no impedimos a los barcos de Hong Kong venir aquí, acabarán por pulverizarnos, hagamos lo que hagamos. Es preciso que el decreto sea aprobado. Es preciso. Si no, ¿qué rayos hacemos aquí...?

Coge de la mesa un montón de informes de Hong Kong. No son más que demandas de dinero.

—Mientras tanto —continúa—, no hay más que una solución: el abandono de la huelga general. Toda Asia sigue por fin el combate que hemos emprendido: basta con que Hong Kong siga paralizado a los ojos de todos. La huelga del sindicato de actividades marítimas, de los marinos y de los culíes será suficiente. Hong Kong sin brazos equivale a Hong Kong desierto. Y aquí nos hace mucha falta el dinero de la Internacional. ¡Nos hace mucha falta!

Y empieza a escribir un informe, ya que es Borodín el que toma las decisiones que comprometen a la Internacional. La luz pone de relieve los salientes y las arrugas de su rostro inclinado. El más antiguo poder de Asia reaparece: los hospitales de Hong Kong, abandonados por sus enfermeros, están llenos de enfermos y, sobre este papel que la luz amarillea, es también un enfermo el que escribe a otro enfermo...

Las dos

La nueva actitud de Hong inquieta extremadamente a Garín. Cuenta con él para librarse de Cheng-dai; pero, si bien los informes de los confidentes le permiten saber que Hong no esperará a ser acusado para actuar y que la certidumbre de no tener todavía en contra suya a la policía le impulsa a actuar rápidamente, Hong no sabe nada sobre lo que debe ser la acción de un terrorista. En él, me dice Garín, está apareciendo desde hace algún tiempo un personaje singular; bajo la aparente cultura, hecha únicamente de meditaciones sobre algunas ideas virulentas encontradas al azar de los libros y las conversaciones, el chino inculto, el chino que no sabe leer los caracteres,

remonta en él y comienza a dominar al que lee los libros franceses e ingleses; y este nuevo personaje está sometido por completo a la violencia de su carácter y de su juventud y a la única experiencia que puede llamarse verdaderamente suya, la de la miseria... Siendo adolescente, vivió entre hombres cuya miseria formaba su universo, muy cerca de los bajos fondos de las grandes ciudades chinas, frecuentados por enfermos, viejos, débiles de todo tipo, por los que mueren de hambre un día y por aquellos, mucho más numerosos, a los que una alimentación de ganado mantiene en una especie de embrutecimiento y de debilidad constante. Para ellos, cuya única preocupación es llegar a procurarse un poco de pitanza, el decaimiento es casi siempre tan completo que no deja siquiera lugar al odio. Sentimientos, corazón, dignidad, todo se ha derrumbado, y los impulsos de rencor y desesperación afloran apenas, aquí y allá, como por encima de la masa de harapos y de cuerpos arrastrados por el polvo, esas cabezas, con los ojos abiertos, sostenidas por las patas de palo proporcionadas por los misioneros... Pero para otros, para los que se convierten llegado el caso en soldados o bandidos, para los que son capaces todavía de algún arranque, que preparan complicadas operaciones para conseguir transportar tabaco, el odio existe, tenaz, fraterno. Viven con él, a la espera de esas jornadas en que las tropas que flaquean están dispuestas a llamar en su ayuda a saqueadores e incendiarios. Hong se ha liberado de la miseria; pero no ha olvidado su lección, ni la imagen del mundo que ella suscita, feroz, coloreada por el odio impotente. «No hay más que dos razas», dice, «los mi-se-ra-bles y los otros». La repugnancia que siente ante los poderosos y los ricos, nacida en su infancia, es tal que no desea ni poder ni riqueza. Poco a poco, a medida que se ha alejado de sus patios de Monipodio, ha descubierto que no odiaba en absoluto la dicha de los ricos, sino el respeto que sienten por sí mismos. «Un pobre», dice también, «no puede estimarse». Podría aceptarlo si pensase como sus antepasados que su existencia no está limitada al curso de su vida particular. Pero, apegado al presente con toda la fuerza que le da el descubrimiento de la muerte, no acepta ya, no busca ya, no discute ya; odia. Ve en la miseria una especie de demonio zalamero, sin cesar ocupado en demostrar al hombre su bajeza, su cobardía, su debilidad, su aptitud para envilecerse. Sin la menor duda, odia ante todo al hombre que se respeta, que está seguro de sí mismo; imposible rebelarse más profundamente contra su raza. Es la repugnancia que siente por la respetabilidad, virtud china por excelencia, la que le ha llevado a las filas de los revolucionarios. Como todos aquellos a quienes anima la pasión, se expresa con fuerza, lo que le da

autoridad; y esta autoridad se ve acrecentada por el carácter extremado de su odio contra los idealistas —contra Cheng-dai en particular—, odio al que se atribuyen erróneamente causas políticas. Odia a los idealistas porque pretenden «arreglar las cosas». No quiere de ningún modo que las cosas se arreglen. No quiere de ningún modo sacrificar, en aras de un porvenir incierto, su odio presente. Habla con rabia de los que olvidan que la vida es única y proponen a los hombres sacrificarse por sus hijos. Él, Hong, no es en manera alguna de los que tienen hijos, ni de los que se sacrifican, ni de los que tienen razones para otros que no sean ellos mismos. ¡Que Cheng-dai, dice, buscando como otros su alimento al pie de las cloacas, disfrute, pues, del placer de escuchar a un honorable anciano hablar de la justicia! Él no quiere ver en el viejo jefe atormentado más que a aquel que pretende, en nombre de la justicia, frustrarle de su venganza. Y pensando en las confusas confidencias de Rebeci, piensa que son demasiados los hombres que se han dejado apartar de su única vocación por la sombra de un ideal cualquiera. No quiere terminar su vida alquilando pájaros mecánicos, ni dejar que la edad se le imponga. Cuando oyó recitar este poema de un chino del Norte:

*Yo combato solo, y gano o pierdo,
No necesito a nadie que me dé la libertad.
No quiero que ningún Jesucristo piense nunca
Que ha podido morir por mí,*

se apresuró a aprendérselo de memoria. La influencia de Rebeci, más tarde la de Garín, no han hecho más que desarrollar su necesidad de realismo furioso, enteramente sometido al odio. Considera su vida como podría hacerlo un tísico, todavía en la plenitud de sus fuerzas, pero sin esperanza; y el odio pone un orden salvaje, brutal en el turbio conjunto de sus sentimientos, y toma el carácter de un deber.

Sólo la acción al servicio del odio no es ni mentira, ni cobardía, ni debilidad; sólo ella se opone suficientemente a las palabras. Fue esa necesidad de acción lo que hizo de él nuestro aliado; pero encuentra que la Internacional actúa demasiado lentamente, que perdona a demasiada gente. Por dos veces en esta semana ha hecho asesinar a hombres a los que aquélla quería proteger.

—Cada asesinato acrecienta la confianza que tiene en sí mismo —dice Garín—, y poco a poco va tomando conciencia de lo que es en lo más profundo de su ser: un anarquista. La ruptura entre nosotros está próxima. ¡Mientras no se produzca demasiado pronto!

Y tras un corto silencio:

—Hay pocos enemigos a los que yo comprenda mejor...

Al día siguiente

Cuando entro en el despacho de Garín, Klein y Borodín charlan, sentados uno frente al otro cerca de la puerta. Vigilan de soslayo a Hong, de pie en medio de la pieza, que, con las manos en los bolsillos, discute con Garín. Borodín se ha levantado esta mañana: amarillo, enflaquecido, parece actualmente chino. Algo en la atmósfera, en la actitud de los hombres, deja trasparentar la hostilidad, casi el altercado. Hong habla con su marcado acento, entrecortadamente, sin moverse. Ante el movimiento brutal de sus mandíbulas (habla como si mordiese), pienso de repente en la frase que me transmitió Gérard: «Cuando me hayan condenado a la pena capital...».

—En Francia —está diciendo— no se atrevían a cortarle la cabeza al rey, ¿no? Pero por fin lo hicieron. Y Francia no ha muerto. Siempre hay que empezar por guillotinar al rey.

—Pero no cuando paga.

—Cuando paga y cuando no paga. ¿Y a mí qué me importa que pague?

—Nos importa a nosotros. ¡Atención, Hong! Una acción terrorista depende de la policía con que se enfrente...

—¿Qué?

Garín repite la frase. Hong parece haber comprendido, pero continúa inmóvil, mirando al enlosado, con la frente proyectada hacia adelante.

—Cada cosa a su tiempo —añade Garín—. La revolución no es tan sencilla.

—¡Oh, la revolución...!

—¡La revolución —dice Borodín volviéndose bruscamente— consiste en pagar al ejército!

—En ese caso carece por completo de interés. ¿Elegir? ¿Por qué? ¿Porque ya no existe la justicia entre vosotros? Yo dejo esas preocupaciones al respetable Cheng-dai. Su edad las excusa. Le van muy bien a ese peligroso viejo. La política no me interesa.

—Eso es, eso es —responde Garín—. ¡Discursos! ¿Sabes lo que están haciendo en este momento los directores de las grandes agencias de Hong Kong? Hacen cola en casa del gobernador para obtener subvenciones, y los Bancos se niegan a proporcionar las sumas pedidas. En el puerto, la «gente

distinguida» lleva a cuestras sus bultos (como ocas, por lo demás). Estamos arruinando a Hong Kong, estamos convirtiendo en un pequeño puerto a uno de los territorios más ricos de la Corona... sin hablar del ejemplo. Y tú, ¿qué haces tú?

Hong se calla en el primer momento. Pero, por el modo en que mira a Garín, me doy cuenta de que va a hablar. Al fin se decide:

—Todo estado social es una porquería. Lo importante es la única vida de cada uno. No perderla.

Pero esto no es más que una especie de preliminar...

—¿Y luego? —dice Borodín.

—¿Que qué es lo que hago, preguntan?

Se vuelve hacia Borodín y le mira de frente esta vez.

—Lo que ustedes no se atreven a hacer. Reventar de trabajo a los hombres pobres es algo verdaderamente vergonzoso; hacer que pobres diablos maten a los enemigos del partido, eso está bien. Pero cuidarse mucho de no mancharse las manos con cosas por el estilo también está bien, ¿eh?

—A lo mejor, tengo miedo —contesta Borodín, que comienza a encolerizarse.

—De que le maten, no.

Y meneando la cabeza de arriba a abajo:

—De lo demás, sí.

—¡Cada uno tiene su misión!

—¡Ja! Y ésa es la mía, ¿eh?

También se encoleriza, y su acento se hace cada vez más marcado.

—¿Cree usted que yo no siento repulsión? Precisamente *porque* eso me resulta penoso no siempre obligo a los demás a hacerlo, ¿me oye? Sí, mire usted al señor Klein. Él ha suprimido a una Alta Nobleza, lo sé. Yo se lo pedí...

Suspendiendo ahí la frase, mira alternativamente a Borodín y a Klein y ríe nerviosamente.

—Todos los burgueses no son patronos de una fábrica —murmura.

Luego, se encoge repentinamente de hombros y se va casi corriendo, dando un portazo.

Silencio.

—La cosa no ha mejorado —dice Garín.

—¿Qué piensas que va a hacer? —pregunta Klein.

—¿Respecto a Cheng-dai? Cheng-dai casi ha pedido su cabeza...

Y tras haber reflexionado:

—Me comprendió cuando le dije: una acción terrorista debe contar con la policía a la que se enfrentan los terroristas. Por lo tanto, intentará acabar con Cheng-dai lo antes posible... Es muy probable. Pero a partir de hoy, también nosotros estaremos amenazados... Al primero de esos señores...

Borodín, mordiéndose el bigote y abrochándose el cinturón, que le molesta, se levanta y sale. Le seguimos. Aplastada contra la bombilla eléctrica, una gran mariposa proyecta sobre la pared una ancha sombra negra.

Las nueve

Sin duda las palabras de Myrov han dejado inquieto a Garín porque, por primera vez, hace alusión a su enfermedad sin que yo le pregunte.

—La enfermedad, amigo mío... no se puede saber lo que es la enfermedad cuando uno no está enfermo.

Se cree que es algo contra lo que se lucha, una cosa extraña a uno. Pero no, la enfermedad es uno, uno mismo... En fin, cuando la cuestión de Hong Kong esté resuelta...

Después de cenar llega un telegrama: el ejército de Cheng-tiung Ming ha abandonado Waicheú y marcha sobre Cantón.

Me entero al despertarme de que Garín, tras haber sufrido una crisis, ha sido trasladado al hospital esta noche. Podré ir a verlo a partir de las seis.

Hong y los anarquistas anuncian que esta tarde se celebrarán reuniones en las salas de que disponen los principales sindicatos. El propio Hong pronunciará un discurso en la reunión de «El Junco», la más potente sociedad de culíes del puerto de Cantón, y en las de algunas sociedades secundarias. Borodín ha designado para responderle a Mao-ling Wu, uno de los mejores oradores del Kuomintang.

Mañana, nuestros agentes anunciarán el cese de la huelga general en Hong Kong; al mismo tiempo, a fin de que la inquietud que pesa sobre la ciudad no se disipe, la policía inglesa será informada por los agentes dobles de que los chinos, furiosos al no poder mantener la huelga general, se preparan para la insurrección. En estos últimos días, las casas de comercio inglesas han intentado crear en Suateú un servicio de transportes, gracias al cual los

objetos desembarcados en este puerto serían expedidos hacia el interior de China. A una orden nuestra, los sindicatos de Suateú declararon ayer la huelga de culíes, y esta mañana se ha ordenado el embargo de las mercancías de origen inglés. Por último, un tribunal extraordinario acaba de resolver: todos los comerciantes que hayan aceptado la entrega de mercancías inglesas serán arrestados y castigados con una multa equivalente a los dos tercios de su patrimonio. Aquellos que no satisfagan la multa antes de diez días serán ejecutados.

Las cinco

He estado ocupado hasta muy tarde, y la reunión de «El Junco» ha comenzado ya.

El secretario yunnanés de Nicolaiev y yo nos detenemos ante una especie de fábrica, entramos en un garaje que atravesamos siguiendo el camino libre entre los Ford, atravesamos igualmente un patio. De nuevo, un techo sin cuernos, un gran muro blanco sobre el que las lluvias han dejado largos regueros verdes, como cubos de ácido arrojados a voleo; una puerta. Ante esta puerta, sentado sobre una caja, un centinela calzado con alpargatas enseña su pistola automática a unos niños, los más pequeños de los cuales están desnudos. Mi compañero le presenta una tarjeta; se levanta para mirarla y rechaza blandamente al racimo de niños, con su único mechón de pelo. Entramos. Un rumor sordo, del que se desmigajan aquí y allá algunas frases, sube con un vaho espeso y azulado. No distingo más que los dos grandes prismas de sol acribillados de átomos que proyectan las ventanas y, que se hunden como barras oblicuas en la sombra de la sala. Luz, polvo, humo, materia fluida y densa en la que el tabaco dibuja ramajes. Todavía no percibimos de la asamblea más que ese rumor disperso como el polvo; pero pronto se ordena bajo la voz jadeante del orador, que se halla en la sombra, y se transforma en un grito acompasado: «Sí, sí. - No, no», arrancado a la multitud por cada frase y rimando los discursos con golpes de gongo ahogados, como las respuestas de una letanía.

Mis ojos se acostumbran poco a poco a la penumbra. Ninguna decoración en la sala. Tres estrados: uno para la mesa de despacho a la que se sientan el presidente y dos asesores, ante un gran tablero cubierto de caracteres (¿el testamento de Sun-yat Sen tal vez?; no puedo leerlo, está demasiado lejos); otro sobre el que está subido el orador, al que oímos y vemos igualmente mal.

En el tercer estrado se encuentra, bastante visible, en una especie de pequeño púlpito, un chino ya de cierta edad, con la nariz encorvada y fina y cabellos grises cortados a cepillo. Está apoyado sobre los codos, con el busto inclinado hacia adelante, y espera.

En la multitud, que comienzo a ver más claramente, ni un gesto. Hay en la pequeña sala cuatrocientos o quinientos hombres; cerca de la mesa, algunos estudiantes de pelo corto; los grandes ventiladores del techo golpean pesadamente el aire espeso. Arracimados unos contra otros, o casi aislados, los oyentes: soldados, estudiantes, pequeños comerciantes, culíes, aprueban con la voz, con un movimiento del cuello hacia adelante semejante al de los perros al ladrar, sin que se mueva su cuerpo. Nada de brazos cruzados, nada de codos en las rodillas, nada de mentones apoyados en las manos; cuerpos rígidos, verticales; muertos, rostros apasionados con las mandíbulas proyectadas y, siempre entrecortadas, las aprobaciones, los ladridos.

Ahora comienzo a oír lo bastante claramente para entender: la voz es la de Hong, no vacilante como cuando habla en francés, sino plena y precipitada. Está ya al final de su discurso:

—¡Dicen que ellos nos han traído la libertad! ¡Hacía ya cinco años que habíamos roto el Imperio como un huevo cuando ellos se arrastraban todavía bajo el látigo de sus mandarines militares!

»¡Les hacen decir a los agentes que pagan, a sus *boys*, que ellos nos han enseñado la Revolución!

»¿Acaso los necesitábamos?

»¿Es que los jefes de Taiping tenían consejeros rusos?

»¿Y los de los bóxers?

Todo esto dicho en un vocabulario chino vulgar, pero con furia, cortado por «¡Sí, sí!» guturales cada vez más nutridos. A cada frase, Hong alza el tono. Ahora grita:

—Cuando nuestros opresores se preparaban para degollar a los proletarios cantoneses, ¿fueron los rusos quienes vertieron los bidones de gasolina? ¿Quién arrojó al río a esos cerdos declarados, a los comerciantes voluntarios?

—¡Sí, sí! ¡Sí, sí! ¡Sí, sí!

Mao, que continúa acodado, inmóvil, se calla. Manifiestamente, la asamblea casi entera está con el orador, y sería en vano decir a los que la componen que no fueron ellos solos quienes vencieron a los comerciantes voluntarios.

Hong ha obtenido lo que quería. Sin duda lleva ya hablando algún tiempo. Desciende y, obligado a hablar en otras reuniones, se va rápidamente en

medio de una algarabía respetuosa que Mao, que ha empezado a hablar, no domina. Imposible oír una palabra. La reunión ha sido preparada: las protestas y los gritos me parecen lanzados por seis o siete chinos, siempre los mismos, dispersos por la sala. Sin la menor duda y a pesar de su hostilidad, la muchedumbre quiere escuchar: Mao es un orador célebre y una persona de edad. Pero no eleva la voz. Continúa hablando en medio de los gritos y clamores, observando con atención las diversas partes de la sala levantada contra él. ¡Ah! Al parecer, acaba de comprobar al fin el escaso número de quienes le interrumpen, que empiezan ya a arrastrar al auditorio. Entonces, con una voz repentinamente fuerte y distinta, segando la sala con el brazo:

—¡Mirad a los que me insultan para interrumpirme, por temor a mi palabra!

Un alboroto. Lo ha conseguido: todos se vuelven hacia el anarquista más cercano. Mao no tiene ya contra él a la sala, únicamente a sus enemigos.

—Los que viven del dinero inglés mientras nuestros huelguistas mueren de hambre son menos que...

Imposible oír el final. Mao está inclinado hacia adelante, con la boca completamente abierta. De los rincones de la sala parten, en todas las tonalidades chinas, insultos indistintos, con un ruido de jauría. Algunos de ellos sobresalen.

—¡Perro! ¡Vendido! ¡Traidor! ¡Traidor! ¡Culi!

Es posible que Mao siga hablando; no le oigo. Sin embargo, el estrépito decrece. Algunos insultos aislados, como los aplausos en un teatro... Y captando de pronto la atención gracias a las dos manos levantadas por encima de su cabeza y redoblando súbitamente la fuerza de su voz:

—¿Culi? ¡Sí, culí! Yo me he acercado siempre a los desgraciados. ¡Pero no para gritar, como vosotros, su nombre entre el de los ladrones y los traidores! Siendo casi un niño...

(Hay peleas entre los anarquistas y los que pretenden oír; pero se oye).

—... juré unir mi vida a la suya, y nadie me liberará de mi juramento porque aquellos a los que juré han muerto...

Y con los dos brazos lanzados hacia adelante, las manos abiertas:

—¡Vosotros, los sin abrigo, los sin arroz, vosotros todos! ¡Vosotros que no tenéis nombre, vosotros a los que se reconoce por la llaga del hombro, descargadores de madera, sirgadores de barcos! ¡Por las llagas de las caderas, peones del puerto! ¡Escuchad, escuchad a esos cuya gloria se edifica con vuestra sangre! ¡Escuchadles cómo dicen culíes, los buenos señores, con el mismo acento con que yo decía perros hace un momento al hablar de ellos!

—¡Sí, sí!

De nuevo las aprobaciones acompasadas.

—¡Sí, sí!

—¡Mueran los que insultan al pueblo!

¿Quién ha gritado? No se sabe. La voz era débil, vacilante.

Pero en seguida cien voces aúllan:

—¡Mu-e-e-e-ran!

Es un gruñido, un grito confuso que se convierte en clamor. La palabra se distingue apenas; el tono basta.

Los anarquistas intentan llegar a la tribuna; pero Mao no ha venido solo; sus hombres, apoyados por la multitud, les cierran el paso. Un anarquista, alzado sobre los hombros de un camarada, intenta hacerse oír. Inmediatamente es asaltado, arrojado al suelo, golpeado. Peleas. Salimos. Al llegar a la puerta, me vuelvo: en el humo, más denso todavía, se entremezclan los trajes claros, las túnicas blancas, los andrajos azules o pardos de los obreros del puerto, imágenes agitadas y borrosas, erizadas de puños, por encima de los cuales saltan cascos color de yeso...

En la calle, veo a Mao que se va. Intento alcanzarlo, sin conseguirlo. Quizá no desea ser visto hoy en compañía de un blanco...

Me dirijo al hospital, solo, a pie. La manera en que Mao resolvió la situación en que se hallaba hace honor a su habilidad, pero, si un torpe no le hubiese gritado «¡Culi!», ¿qué hubiese ocurrido? Una victoria obtenida gracias a un azar semejante es una victoria falsa. Además, Mao sólo se ha defendido a sí mismo... Mi compañero yunnanés me dice al dejarme: «Y tenga usted bien en cuenta, señor, que si Hong hubiera estado presente aún, quizás el señor Mao no hubiese triunfado tan fácilmente».

¿Triunfado?

Cuando llego al hospital, es ya noche cerrada. En las cuatro esquinas de un pabellón, bajo las palmeras, soldados, Parabellum en mano. Entro. A estas horas, los pasillos están desiertos. Únicamente un enfermero, que duerme echado en el canapé de madera contorneada de la entrada, se despierta al oír el ruido de mis tacones sobre el enlosado y me conduce a la habitación de Garín.

Linóleo, paredes caleadas, gran ventilador, olor a medicamentos, a éter en particular. El mosquitero está semialzado. Garín parece hallarse acostado en un lecho con cortinas de tul. Me siento a la cabecera. El mimbre del sillón resbala bajo mis manos húmedas. Mi cuerpo fatigado se distiende; fuera, los eternos mosquitos zumban... Una palma desciende del techo, rígida, silueta de metal contra la noche borrosa y sin formas. El olor de la descomposición y el de las almibaradas flores del jardín suben al mismo tiempo de la tierra, entran con el aire tibio, atravesados a veces por otro: agua corrompida, alquitrán y hierro. A lo lejos, la granizada de los mahjongs, gritos en chino, bocinas, petardos; cuando llega, como de una charca, el viento del río y estamos en silencio, oímos un violín monocorde: un teatro ambulante o un artesano que toca, semidormido, en su tienda cerrada con planchas. Una luz rojiza, humosa, sube por detrás de los árboles; se diría que allí termina una inmensa feria: la ciudad.

Garín, con el pelo revuelto sobre el rostro, los ojos semicerrados, la faz agotada, me pregunta tan pronto como llego:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada importante.

Le doy algunas noticias y luego me callo. En el pasillo y en la habitación, arden las lámparas, rodeadas de insectos, como si debieran arder por siempre jamás. Los pasos del enfermero se alejan...

—¿Quieres que te deje?

—No, al contrario. No quiero estar solo. No me gusta pensar en mí mismo y, cuando me encuentro solo, no pienso en otra cosa...

La fatiga de su voz, tan clara de ordinario, esta noche un poco temblorosa, como si su pensamiento controlase apenas sus palabras, concuerda con las tristes lámparas, el silencio, el olor a cuerpos sudorosos que de cuando en cuando domina sobre el del éter y el del jardín, por donde andan los soldados, con todo este hospital donde los únicos con vida parecen ser los insectos que zumban, en masas agitadas, en torno a las bombillas...

—Es extraño. Después de mi proceso, experimentaba —de manera muy intensa— el sentimiento de la vanidad de toda vida, de una humanidad dirigida por fuerzas absurdas. Ahora ese sentimiento se repite... La enfermedad es una cosa idiota... Y sin embargo, me da la sensación de estar luchando contra el absurdo humano al hacer lo que estoy haciendo aquí... El absurdo recupera sus derechos...

Se da la vuelta en la cama, y el olor ácido de la fiebre se eleva de ella.

—¡Ah! Ese conjunto de cosas inaprehensibles que permite a un hombre sentir que su vida está dominada por algo... Es extraño la fuerza que tienen los recuerdos cuando uno está enfermo. Durante todo el día he estado pensando en mi proceso, me pregunto por qué. Fue después de ese proceso cuando la impresión de absurdidad que me daba el orden social se extendió poco a poco a casi todos los aspectos de la humanidad... En realidad, no veo ningún inconveniente en eso... Sin embargo, sin embargo... En este mismo instante, ¡cuántos hombres sueñan con victorias cuya posibilidad ni siquiera sospechaban hace dos años! Yo he creado su esperanza. Su esperanza... No me gusta hacer frases, pero, en fin, la esperanza de los hombres es su razón de vivir y de morir... ¿Y después...? Naturalmente, no se debería hablar tanto cuando la fiebre es demasiado alta... Es idiota... ¡Pensar en sí mismo durante todo el día...! ¿Por qué pienso en aquel proceso? ¿Por qué? ¡Hace tanto tiempo! Es idiota, pero con la fiebre se ven cosas...

El enfermero acaba de abrir silenciosamente la puerta. Garín se vuelve otra vez: el olor humano de la enfermedad domina de nuevo sobre el del éter.

—En Kazán, la Nochebuena del 19, aquella extraordinaria procesión... Borodín estaba presente, como siempre... Llevan todos los dioses ante la catedral: grandes figuras como las de las carrozas de carnaval, una diosa-pep, con el cuerpo embutido en una cola de sirena... Doscientos, trescientos dioses... Lutero también. Los músicos, erizados de pieles, arman un estrépito del diablo con los instrumentos que les han caído en las manos. Arde una hoguera. A hombros de los tipos, los dioses giran en torno a la plaza, negros contra la hoguera, contra la nieve... ¡Un escándalo triunfal! Los portadores, cansados, arrojan sus dioses sobre las llamas. Una gran llamarada hace estallar las cabezas, destacar la catedral blanca en la noche... ¿Qué? ¿La Revolución? Sí, la cosa continúa durante siete u ocho horas... ¡Yo estaba deseando que amaneciese...! ¡Qué porquería...! ¡Se ve cada cosa...! No se puede echar al fuego la Revolución: todo lo que no es ella es peor que ella, hay que decirlo, aunque uno se sienta asqueado... ¡Como de sí mismo! Ni contigo ni sin ti. Aprendí eso en el instituto... en latín. Barreremos. ¿Qué? Quizá también hubiese nieve... ¿Qué?

Está al borde del delirio. Inflamado por el sonido de su propia voz, ha hablado en un tono un poco alto, que resuena, perdido, en el hospital. El enfermero se inclina sobre mi oído:

—El doctor ha dicho que no se haga hablar demasiado al señor comisario de Propaganda...

Y en alto:

—Señor comisario, ¿quiere usted el doral para dormir?

Al día siguiente

Robert Norman, el consejero americano del Gobierno, ha abandonado Cantón ayer por la noche. Desde hacía algunos meses sólo se le consultaba cuando se trataba de tomar decisiones sin importancia. Quizás ha creído que ya no estaba seguro, no sin razón... En su lugar, Borodín ha sido al fin nombrado oficialmente consejero del Gobierno, director de los servicios de los ejércitos de tierra y aire. De este modo, los actos de Gallen, que manda el Estado Mayor cantonés, sólo serán controlados por Borodín, y el ejército estará casi por completo en manos de la Internacional.

TERCERA PARTE

EL HOMBRE

Los radios de Hong Kong aseguran al mundo entero que la ciudad ha recobrado su actividad. Pero añaden: *Sólo los obreros del puerto no se han reincorporado todavía al trabajo*. No se reincorporarán. El puerto sigue desierto; la ciudad se parece cada vez más a esa gran figura vacía y negra que se recortaba contra el cielo cuando yo la dejé. Hong Kong buscará muy pronto cuál es el trabajo que conviene a una isla aislada... Y su principal riqueza, el mercado del arroz, se le escapa. Los grandes productores se han puesto ya en contacto con Manila, con Saigón. «Si el Gobierno inglés no se decide a intervenir por las armas», escribe un miembro de la Cámara de Comercio en una carta que hemos interceptado, «Hong Kong será en un año el puerto más precario de Extremo Oriente...».

Las secciones de voluntarios recorren la ciudad. Muchos automóviles pertenecientes a negociantes han sido armados con ametralladoras. Esta noche, la central telefónica —no hay defensa posible sin teléfono— ha sido rodeada de barricadas hechas con alambre de púas. Se están construyendo otros atrincheramientos en torno a los depósitos, al palacio del gobernador y al arsenal. Y a pesar de la confianza que tiene en sus milicianos, la policía inglesa, cogida de improviso, envía correo tras correo, emisario tras emisario al general Cheng-tiung Ming, para apresurar su marcha contra Canton.

* * *

—¿Lo ves, mi querido amigo? —me dice Nicolaiev con su voz de sacerdote—. Garín haría mucho mejor en marcharse, mucho mejor... Myrov me ha hablado de él. Si se empeña en quedarse aún quince días, va a quedarse por mucho más tiempo del que desea... ¡Bah! No se está peor enterrado aquí que en cualquier otra parte...

—Él dice que no puede marcharse ahora.

—Sí, sí... Los enfermos no son raros por aquí... Con nuestra forma de vida, nunca se escapa por completo a los trópicos...

Señala su vientre, sonriendo:

—Yo sigo prefiriendo esto... Además, cuando lo que cuenta para él no está en juego, Garín es un poco abúlico... Como todo el mundo...

—¿Y tú crees que la vida no cuenta para él?

—No mucho, no mucho...

* * *

El informe de uno de los *boys* de Cheng-dai, un confidente, acaba de llegar.

Cheng-dai sabe que los terroristas quieren asesinarle. Le han aconsejado que huya: se ha negado. Pero el confidente le ha oído decirle a un amigo: «Si mi vida no es lo bastante fuerte para detenerles, tal vez mi muerte lo sea...». No se trata ya esta vez de asesinato, sino de suicidio. Si Cheng-dai se matase en aras... de la causa, daría a esta causa una fuerza contra la cual resultaría difícil luchar. «Es muy capaz de hacerlo», dice Nicolaiev. No obstante, la inquietud pesa sobre la policía...

* * *

Garín acaba de salir del hospital. Myrov o el médico chino vendrán a ponerle una inyección todas las mañanas.

* * *

Al día siguiente

No es solamente Cheng-dai quien inquieta a Nicolaiev: Cheng-tiung Ming ha tomado ayer Chowtchow y avanza sobre Cantón tras haber vencido a las tropas cantonesas. Borodín no concede ningún valor a estas tropas, compuestas de antiguos mercenarios de Sun-yat Sen; las considera incapaces de combatir cuando no están encuadradas por el ejército rojo y los cadetes. Pero los cadetes, a las órdenes de Chang-kai Chek, permanecen en Wampoa; el ejército rojo, a las órdenes de Gallen, no deja sus acantonamientos. Sólo las secciones de Propaganda, que pueden preparar la victoria, pero no obtenerla, dejarán la ciudad mañana.

—Que el Comité de los siete decida —dice Garín—: o el ejército rojo y *el decreto*, o Cheng-tiung Ming. Y para ellos, Cheng-tiung Ming significa el

pelotón de ejecución. ¡A su elección!

* * *

Por la noche

Las once de la noche, en casa de Garín. Klein y yo esperamos su regreso cerca de la ventana. En una mesita al lado de Klein, una botella de aguardiente de arroz y un vaso. Un ordenanza de la policía ha traído el cartel azul que se encuentra, mal envuelto, sobre la mesa, de la que los *boys* han olvidado retirar los cubiertos. Se están fijando carteles iguales por toda la ciudad.

Es el fragmento final del testamento de Cheng-dai:

Yo, Cheng-dai, me doy voluntariamente la muerte, a fin de convencer a mis compatriotas de que nuestro mayor bien, LA PAZ, no debe ser dilapidado en el extravío en que malos consejeros se disponen a hundir al pueblo chino...

Estos carteles, que pueden por sí solos perjudicarnos más que toda la predicación de Cheng-dai, ¿quién los está haciendo fijar a estas horas?

¿Se ha matado? ¿Ha sido asesinado?

Garín ha ido a la policía y a casa de Borodín. Ha pedido primero la confirmación de la muerte de Cheng-dai, pero tuvo que salir sin esperar la respuesta, de la que habrá encontrado sin duda un duplicado en la policía. Acaban de traérmola: Cheng-dai ha muerto de una cuchillada en el pecho. Esperamos impacientes, dándonos puñetazos en los muslos a la menor picadura de mosquito. Oigo la voz de Klein, débil y lejana, como a través de una fuerte fiebre:

—Yo sé lo que es eso. Y digo que no es posible...

Acabo de decir que ese suicidio me parece verosímil, y Klein protesta, con una inexplicable vehemencia que se esfuerza por dominar. Siempre he encontrado algo extraño en este hombre, cuyo aspecto de boxeador militar esconde una gran cultura. Garín, que siente por él una profunda amistad, me dijo cuando le interrogué una frase que ya me había dicho Gérard: «Aquí ocurre un poco como en la Legión, y yo no sé de su vida pasada más de lo que sabe todo el mundo». Esta noche, con sus anchos brazos apoyados en el sillón con la fuerza de una estatua, le cuesta trabajo expresar lo que quiere decir, y esta dificultad no se debe al hecho de que hable en francés. Con los ojos cerrados, acompaña sus frases de un movimiento hacia adelante del busto,

como si luchase contra las palabras. Está ebrio, con una ebriedad lúcida — músculos y pensamientos en tensión— que comunica a su voz un timbre ardiente y duro.

—No es po-si-ble.

Le miro, obsesionado por una canción creada por el zumbido del ventilador...

—Tú no puedes saber... Es... No puede decirse. Hay que conocer a alguien que lo haya intentado. Es largo. Primero uno se dice: en una hora — en media hora— estaré tranquilo. Después se piensa: ya está, hay que hacerlo ahora. Y se queda uno blandamente atontado, se mira la luz. Y uno está contento porque mira la luz, sonríe como un idiota y sabe que ya no piensa en eso... Demasiado pronto... Pero aún así... Y después, la cosa recomienza. Y en ese momento la idea es más fuerte que uno mismo. No el gesto, la idea. Uno se dice: «Ach! ¿Por qué toda esta historia?».

Pregunto al azar:

—¿Tú crees que se le vuelve a tomar gusto a la vida?

—¡La vida, la muerte! Ya no se sabe lo que es. Sólo que hay que ejecutar ese gesto. Yo tenía los codos apretados contra los costados, las dos manos apoyadas en el mango del cuchillo. No había más que hundirlo. No... Tú no puedes imaginártelo; me hubiera encogido de hombros... ¡Idiota, todo aquello era idiota! Incluso se me habían olvidado mis motivos. Tenía que hacerlo porque tenía que hacerlo, eso era todo... Entonces me sentí estupefacto. Avergonzado sobre todo, avergonzado. Me encontraba a mí mismo tan repugnante que ya sólo serviría para arrojarme al canal. Es idiota, ¿eh? Sí, idiota. La cosa duró mucho tiempo... Fue el día lo que puso punto final a todo. No se puede matar uno de día. Matarse pensando en ello, quiero decir. De un golpe, así, sin prestar atención, puede ser... Pero no...

»Tardé tiempo en recuperarme...

Se ríe, y su risa es tan falsa que me acerco a la ventana, como para ver si llega Garín. Oigo, a pesar del ventilador, cómo sus uñas tamborilean sobre el mimbre del sillón. Hablaba para sí mismo... Pesadamente, pensando disipar su malestar al insistir, demostrándome que juzga todo aquello lúcidamente, continúa:

—Es difícil... para los que hacen eso porque están hartos, hay medios de conseguirlo sin darse demasiada cuenta... Pero Cheng-dai se mata por algo que aprecia, ¿comprendes?, por algo que aprecia más que ninguna otra cosa. Más. Si triunfa, será el gesto más noble de su vida, sí. Por eso no puede emplear tales medios. No es posible. Ya no valdría la pena...

—El ejemplo sería el mismo...

—¿Lo ves? ¡No puedes entenderlo...! Hablas de un ejemplo. ¡Qué difícil es! Es un poco como los japoneses, ¿comprendes? Cheng-dai no hace eso por seguir siendo digno de sí mismo. Ni por vivir... *mutig*... ¿cómo se dice en francés?... heroicamente, sí. Él, Cheng, lo hace por seguir siendo digno de lo que... de su misión. Por eso no puede, piénsalo... matarse por sorpresa...

»Y sin embargo...

Pero se calla de súbito y escucha.

Un coche que se detiene, el murmullo de una voz: «Te espero a las seis». El coche arranca.

Garín.

—Klein, Borodín te espera. —Se vuelve hacia mí—: Subamos. —Y apenas sentados—: ¿Qué te estaba contando?

—Que es imposible que Cheng se haya matado.

—Sí, lo sé. Siempre decía que jamás podría hacernos esa faena. Ya veremos.

—¿Qué piensas tú?

—Nada claro aún.

—¿Y él?

—¿Quién? ¿Borodín? No. No tienes razón de sonreír. Nosotros no estamos metidos en el ajo, estoy seguro. Ni siquiera secundariamente, ni siquiera accidentalmente. Él está tan estupefacto como yo.

—Pero... ¿Y las confidencias hechas a Hong?

—¡Ah! Ésa es otra cuestión. De acuerdo con el primer informe, no hay ninguna certeza de que Hong esté mezclado en el asunto: la guardia militar no ha abandonado la vigilancia y no ha entrado nadie. Pero poco importa. Tenemos muchas otras cosas de que ocuparnos. En primer lugar los carteles. Anota y traduce esto:

«No olvidemos jamás que un hombre respetado en toda China, Cheng-dai, ha sido asesinado ayer cobardemente por los agentes de nuestros enemigos.»

»Y para otro cartel que habrá que fijar AL LADO:

»¡Vergüenza para Inglaterra, vergüenza para los asesinos de Shanghai y Cantón!

»Pon en una esquina del segundo, en caracteres pequeños, 20 de mayo-25 de junio (la historia de Shanghai y la de Shameen).

»Bueno. Se entenderá. Ahora el comunicado a las secciones: Cheng-dai no se suicidó; ha sido asesinado por los agentes ingleses. Nada impedirá al

Departamento político el hacer justicia.

»Florido, pero breve.

—¿Abandonas a los terroristas?

—Hong Kong en primer lugar. ¡Es un golpe como para lograr el decreto!

Se sienta. Mientras traduzco, dibuja pájaros fantásticos en el secante, se levanta, pasea de un lado a otro, vuelve a la mesa, empieza de nuevo a dibujar, abandona una vez más el lápiz, examina con atención su revólver y por último reflexiona, con la barbilla apoyada en las manos. Le entrego las dos traducciones.

—¿Estás completamente seguro de los dos textos?

—Completamente seguro. Dime, ¿no te importaría explicarme para qué van a servirte?

—La cosa está bien clara.

—No demasiado.

—Esto se fija en las paredes, figúrate.

Le miro atónito.

—¡Pero, vamos, antes de que tu cartel esté impreso, todos los chinos habrán leído el otro!

—No.

—¿Vas a hacer arrancarlos? Llevaría mucho tiempo...

—¡No! Haré que los recubran. Las tropas que nos siguen serán empleadas de diversas formas y no llegarán a la ciudad antes de las doce. A las cinco, los irregulares circularán disparando sus fusiles. La policía está prevenida. Los burgueses no se atreverán a salir en varias horas. Los otros no saben leer. Además, la mayoría de esos carteles estarán recubiertos antes de las tres. Mañana —mejor dicho, hoy; ya es la una—, a las ocho, habrá cinco mil de los nuestros en las paredes. Imprimiremos cien mil en forma de mariposas. De veinte a cincuenta carteles que podamos olvidarnos de recubrir no podrán nada contra esto, máxime cuando no serán conocidos antes que los nuestros.

—¿Y si aprovechan esta muerte para intentar algo?

—No tienen nada que hacer. Es demasiado pronto; casi no tienen tropas; no se atreverán. En cuanto al pueblo, aun suponiendo que no nos crea sin reservas, vacilará. No se hace un movimiento popular con gente vacilante. No, todo está bien.

—Si no se ha suicidado...

—¡Si se hubiera suicidado, tendríamos otras muchas cosas en contra nuestra!

—... habrá que admitir que son los que se benefician del cartel azul los que «lo han suicidado»...

—Los que han hecho ese cartel están en la misma posición que nosotros. Han recibido sus informaciones antes, eso es todo. Y las han utilizado lo más rápidamente posible. Nosotros también hacemos carteles. ¡Ah! Pronto sabremos a qué atenernos. Por el momento hay que atender a lo más urgente. Puede muy bien suceder que esta muerte sea un buen negocio...

Bajamos casi corriendo.

—¿Y Borodín?

—Le he visto de paso. Enfermo. A todos nos toca la vez. Me pregunto si no habrán intentado envenenarle. Sus *boys* son seguros, y además...

La frase se corta en seco. Al descender demasiado deprisa, ha fallado un escalón, pero ha logrado asirse justo a tiempo a los barrotes de la barandilla. Se detiene un segundo, recobra la respiración, se echa el pelo hacia atrás y vuelve a bajar tan deprisa como antes de su caída, hablando:

—Y además, están vigilados...

El automóvil.

—A la imprenta.

Dejamos los revólveres sobre la banqueta, al alcance de la mano. La ciudad parece muy en calma... Apenas nuestra carrera nos permite distinguir, como rayas, las luces eléctricas que rebasamos y, más lejos, los tenderetes cerrados mediante planchas mal unidas que dejan filtrar una débil claridad. No hay luna, no se ven casas recortadas. La vida está pegada al suelo: quinqués, vendedores ambulantes, figones, lámparas con la llama recta en la noche cálida y sin viento, sombras rápidas, siluetas inmóviles, fonógrafos, fonógrafos... No obstante, a lo lejos, disparos de fusil.

Llegamos a la imprenta. Nuestra imprenta. Un largo cobertizo... En el interior, la luz es tan intensa que al principio nos vemos forzados a cerrar los ojos. Los obreros que trabajan aquí son todos del partido, y escogidos; sin embargo, esta noche las puertas están guardadas militarmente. Los soldados esperaban nuestra llegada. Un teniente muy joven —un cadete— se acerca a recibir órdenes de Garín. «No dejar entrar ni salir a nadie». Se ha suspendido el trabajo en curso. Tiendo las dos traducciones al director de la imprenta —un chino—, que las corta cuidadosamente en tiras verticales y da una línea a cada cajista.

—Corrige —me dice Garín— y tráeme la primera hoja impresa. Estaré en la policía. Si no, me esperas allí. Te enviaré un coche.

Rápidamente se componen los dos textos. El director vuelve a pegar las líneas una al lado de otra y me pasa la galerada; ninguno de los obreros conoce el sentido del cartel que ha contribuido a imprimir.

Se detienen dos máquinas y los impresores esperan las formas que vamos a llevarles. Pocas faltas. Dos minutos más para las correcciones. Y se colocan las formas en las máquinas, ajustadas a la vez con las manos y los pies desnudos.

Tomo la primera hoja impresa y me voy.

Un auto me está esperando, que me lleva a toda velocidad a la policía. A lo lejos, algunos disparos. Un cadete me acoge en la puerta y me conduce al despacho donde me aguarda Garín a través de corredores desiertos (iluminados por bombillas alejadas unas de otras, rodeadas de halos) y donde el eco de los pasos toma la amplitud y la nitidez de los sonidos nocturnos. Comienzo a experimentar una fatiga difusa entremezclada de exaltación y a sentir en la garganta el sabor de las noches en blanco: fiebre y alcohol...

Un gran despacho bien iluminado. Garín se pasea por él de un lado al otro, con el rostro extenuado, las manos en los bolsillos. Contra la pared, una cama de campaña china de madera contorneada en la que está acostado Nicolaiev.

—¿Y bien?

Le tiendo el cartel.

—Ten cuidado, la tinta está húmeda todavía. Yo ya me he manchado las manos.

Se encoge de hombros, despliega el cartel, lo mira y mete los labios hacia adentro, como si se los royese. (No conoce el cantonés ni los caracteres o, más bien, conoce muy mal tanto el uno como los otros y eso le exaspera; ya no tiene tiempo de aprenderlos):

—¿Estás seguro de que está bien?

—Puedes estar tranquilo. Dime, ¿sabías que se está empezando a luchar en las calles?

—¿A luchar?

—Bueno, en realidad no sé, pero he oído disparos al venir.

—¿Los tiros eran nutridos?

—¡Oh, no! Espaciados.

—Bueno. Entonces está bien. Son nuestros hombres que comienzan a cargarse a los que fijan los carteles azules.

Se vuelve hacia Nicolaiev, que está echado de lado, con la cabeza apoyada en el codo.

—Continuemos. ¿Conoces entre los suyos a algún tipo que no sea muy valiente pero que pueda saber algo?

—Me parece que comprendo lo que entiendes por un tipo no muy valiente...

—Sí.

—En mi opinión, ningún hombre es muy valiente en esas condiciones.

—Sí.

Garín tiene los brazos cruzados, los ojos cerrados. Nicolaiev le mira de una manera singular, casi con odio...

—Sí. Hong no hablará.

—Se puede intentar...

—¡Inútil!

—Tienes buenos sentimientos para tus antiguos amigos. Eso está bien. Como quieras...

Garín se encoge de hombros.

—¿Sí o no?

El otro se calla. Esperamos.

—Ling quizá...

—¡Ah, no! ¡Nada de quizás, eh!

—Pero si eres tú el que me obligas a decir quizá... Yo te digo que no hay la menor duda. Cuando uno ha visto a los tipos buscar a sus padres o a sus mujeres entre los paquetes, las noches de dificultades, cuando uno ha visto a los chinos interrogar a los prisioneros, sabe a qué atenerse...

—¿Ling es jefe de sindicato?

—Sindicato de culíes del puerto.

—En tu opinión, ¿está bien informado?

—Eso ya se verá... En fin, en mi opinión, sí.

—Bien. Entendido.

Nicolaiev se estira, se apoya en el brazo del sillón y se levanta, no sin esfuerzo.

—Creo que le tendremos mañana...

Y sonriendo a medias, en una actitud singular de deferencia e ironía:

—¿Y bien? ¿Qué se hace?

Garín responde con un gesto: «¿A mí qué me preguntas?». Una ligera expresión de desprecio pasa por el rostro de Nicolaiev. Garín le mira, con la mandíbula proyectada hacia adelante, y dice:

—El incienso.^[6]

El obeso cierra los ojos en señal de asentimiento, enciende un cigarrillo y se va pesadamente.

Al día siguiente

Dejo mi coche ante el mercado, cuyos largos edificios orlan el cielo precioso con rayas de yeso, rugosas en la fluidez de la luz. Todos los tenderetes en que se venden bebidas están invadidos por hombres vestidos de lienzo pardo o azul como los obreros del puerto. Tan pronto como el auto se detiene, se alzan gritos, largos, sostenidos, llevados por este aire transparente como el de un río. Y los hombres dejan los tenderetes rápidamente, hurgando en sus bolsillos para guardar en ellos el cambio de la moneda que acaban de sacar, apresurados, empujándose. Montan uno por uno en los autobuses y los camiones requisados que los esperan al final del muro blanco. Los jefes pasan lista una vez más: algunos hombres están ausentes. Pero llegan corriendo, gritando ellos también, sujetando entre los dientes cortos embutidos, ciñéndose el pantalón... Y uno a uno, pesadamente, con un lento estrépito, los camiones se ponen en marcha.

La segunda sección de Propaganda, precediendo al ejército rojo, se va.

Nuestros carteles aparecen fijados en todos los muros. El falso testamento de Cheng-dai —recubierto ahora en todas partes—, impreso con la esperanza de un levantamiento popular, pero sin preparación, llega demasiado tarde; no parece que se prepare una insurrección. ¿La derrota de Tang ha sido una lección? ¿El temor de la llegada de Cheng-tiung Ming a Cantón actúa contra toda nueva tentativa de rebelión?

Los cadetes recorren la ciudad.

Durante toda la mañana, los agentes se suceden ante Garín, cuyo rostro ha sido excavado aún más por esta noche en blanco. Desplomado sobre la mesa, con la cabeza apoyada en la mano izquierda, dicta o da órdenes, al límite de sus nervios. Ha hecho imprimir nuevos carteles: *El fin de Hong Kong*. Según dicen, los ingleses han abandonado en gran número la ciudad, los Bancos han anunciado el cierre definitivo de sus agencias. (Es falso: los Bancos, obedeciendo a las órdenes de Londres, continúan ayudando en la medida en que pueden —no sin refunfuñar— a las empresas inglesas). Pero, de otra parte, a fin de obligar al Comité de los siete a seguirle, Garín hace anunciar por sus agitadores que Chowtchow ha caído y que el ejército rojo, el único al que el pueblo se siente vinculado, no está aún en disposición de combate.

A las doce, las ediciones especiales de los periódicos, carteles y anchas pantallas de calicó paseadas a través de la ciudad anuncian que los comerciantes e industriales de Hong Kong (casi toda la población europea), reunidos ayer en el Gran Teatro, han teleografiado al rey para pedir el envío a China de tropas inglesas. Esto es exacto.

Borodín ha declarado ante el Comité que no se oponía a la promulgación de los decretos propuestos por Cheng-dai contra los terroristas, y esos decretos se aplicarán a partir del día de hoy. Pero nuestros confidentes afirman que no se celebrará ninguna reunión anarquista. Ling no ha sido aún arrestado; en cuanto a Hong, ha desaparecido. Los terroristas han decidido no intervenir si no es por «la acción directa»... es decir, mediante ejecuciones.

Más tarde

Cheng-tiung Ming prosigue su avance.

En Hong Kong, los partes anuncian en titulares enormes: «La derrota del ejército cantonés». En el vestíbulo de los hoteles y ante las agencias, los ingleses esperan ansiosamente las noticias de la guerra; pero en el puerto, rayado solamente por la estela de lentos juncos, los paquebotes continúan inmóviles, como si se hundiesen poco a poco en el agua, restos de naufragio.

Aquí, la ansiedad de los chinos en el poder es extrema. La entrada de Cheng en Cantón significa para ellos el suplicio o la ejecución en la esquina de una calle, por esos pelotones cuyos apresurados oficiales no tienen tiempo siquiera de comprobar la identidad de los fusilados. La idea de la muerte está en las conversaciones, en los ojos, en el aire, constante, presente como la luz...

Garín prepara el discurso que pronunciará mañana en los funerales de Cheng-dai.

Al día siguiente, a las once

Un fragor lejano de tambores y de gongos que atraviesan sonos de violín monocorde y de flauta, modulados y súbitamente chillones, después templados; sonos de cornamusa, finos, lineales pese a las notas agudas, en medio de un rumor a la vez restallante y sordo de chanclos y palabras rimadas por los gongos. Me inclino sobre la ventana: el cortejo no pasa ante mí, sino

al final de la calle. Un torbellino de niños que corren mirando hacia atrás, con el cuello torcido, como patos, una nube de polvo sin contornos que avanza, una masa indistinta de cuerpos vestidos de blanco, en la que parecen prendidas oriflamas de seda carmesí, púrpura, cereza, rosa, granate, bermellón, carmín; todos los tonos del rojo. La muchedumbre forma una barrera, y no veo más que a ella; el cortejo queda oculto... No por completo: pasan dos grandes mástiles sosteniendo una banderola de calicó blanco, oscilantes como mástiles de navíos y acompañando al inclinarse los siniestros golpes de las grandes cajas, que dominan todos los gritos. Distingo los caracteres que cubren la banderola: «¡Mueran los ingleses...!». Después, nada más que la barrera al final de la calle, el polvo que se eleva lentamente y la música martilleada por los gongos. Llegan ahora las ofrendas: frutos, enormes naturalezas muertas tropicales, coronadas por letreros cubiertos de caracteres; también ellas oscilan, se balancean, portadas por hombres, como si estuviesen a punto de caer; y el catafalco pasa, tradicional, larga pagoda de madera esculpida rojo y oro, izado sobre los hombros de treinta portadores muy altos, cuyas cabezas entreveo y de los que imagino la marcha rápida, la claudicación, las piernas lanzadas en un mismo impulso, todas a la vez, con ese movimiento común que hace cabecear y deslizarse como un navío, lentamente, la enorme masa rojo oscuro. ¿Y qué es eso que la sigue...? Parece una casa de calicó... Sí, es una casa de tela tensada sobre un armazón de bambúes, llevada también por hombres y que avanza a sacudidas... Rápidamente paso a la pieza contigua y saco del cajón de Garín sus gemelos. Vuelvo: la casa está todavía ahí. En las paredes aparecen pintadas grandes figuras: Cheng-dai yace, muerto, bajo un soldado inglés que lo atraviesa con una bayoneta. La pintura está rodeada de una leyenda en caracteres bermellón: «¡Mueran los canallas ingleses!», acierto a leer en el mismo instante en que el extraño símbolo desaparece, oculto por la esquina de la calle como por un bastidor de teatro. Ahora ya no veo más que innumerables pequeñas pancartas, que siguen a la casa de tela como pájaros a un navío y proclaman, también ellas, el odio a Inglaterra... Luego, farolillos, bastones, cascos enarbolados; luego, nada más... Y la barrera de hombres que cerraba la calle se disgrega, mientras el son de los tambores y los gongos se aleja y el polvo asciende con lentitud para ir a perderse en la luz.

Unas horas más tarde, mucho antes del regreso de Garín, algunas frases de su discurso comienzan a zumbir, de secretario en secretario, por los despachos de Propaganda. Obligado, como Borodín, a hablar en público por mediación de un intérprete chino, Garín se expresa con frases cortas, con

fórmulas. Hoy escucho, al azar de los despachos y las horas: «Hong Kong, que ostenta frente a nuestra hambre su riqueza mal adquirida de guardián de prisión... Hong Kong, carcelero... Frente a los que hablan, los que actúan; frente a los que protestan, los que echan de Hong Kong a los ingleses, como ratas... Como el hombre honrado que corta de un hachazo la mano del ladrón que intenta abrir su ventana, tendréis mañana la mano cortada del imperialismo inglés, el arruinado Hong Kong...».

Una turbamulta de obreros pasa por la calle; izan banderas en las que leo: «¡Viva el ejército rojo!». Se dirigen ante las ventanas de la sala donde celebra sesión el Comité de los siete. Tan pronto próximos como alejados, como un rebaño cuyos miembros se separan y vuelven a agruparse, los gritos: «¡Viva el ejército rojo!», solitarios, separados o unidos en un clamor, llenan la calle. China entra, se me impone con esos gritos, esa China donde los impulsos de un idealismo salvaje vienen a recubrir una bellaquería prudente y baja, como, en el olor que entra con la agitación de la ciudad por mis ventanas abiertas, el olor de la pimienta domina sobre el de la descomposición. Frente al «¡Viva el ejército rojo!» y a Cheng-dai sepultado bajo sus pompas fúnebres, sube de mis expedientes un tropel de ambiciones rapaces, de voluntades de consideración, un mundo de agencias electorales, de sospechosos donativos al partido, de concusiones, de proposiciones relativas a la venta del opio, de compras más o menos disfrazadas de funciones, de francos chantajes; un mundo que vive de los principios San Min, como hubiese vivido del mandarinado. Una parte de esa burguesía china de la que hablan con tanto odio los revolucionarios se encuentra a su lado, instalada en la Revolución. «Hay que pasar a través de eso», me dijo un día Garín, «como un puntapié bien dirigido a través de un montón de basura...».

Al día siguiente

No hay noticias de los terroristas: Ling, el hombre de que habló Nicolaiev, continúa en libertad. Después del nombramiento de Borodín (que, aún enfermo, no sale de su casa), seis de los nuestros han sido asesinados.

Y Hong Kong se defiende. El gobernador ha solicitado ayuda a Japón e Indochina francesa; en unos días, culíes procedentes de Yokohama y Haifong vendrán a reemplazar a los huelguistas. Es preciso que esos culíes enviados costosamente se encuentren en Hong Kong frente a montañas de arroz sin compradores, frente a casas de comercio sin esperanzas. «Cantón es la llave

con que los ingleses abrieron las puertas de China del Sur», dijo ayer Garín en su discurso. «Es necesario que esta llave cierre a tope y que ya no abra más. Es necesario que se promulgue la prohibición a los navíos que hagan escala en Hong Kong de fondear en Cantón...». Ya en el espíritu de los extranjeros, Hong Kong, puerto inglés, territorio de la Corona, se convierte en un puerto chino siempre agitado, y los barcos extranjeros empiezan a olvidarlo...

Los correos y los grandes buques de carga sólo penetran ya en la bahía de Hong Kong para permanecer unas horas; descargan su flete en Shanghai, donde, por mediación de agentes chinos, los ingleses se esfuerzan por crear en la ciudad indígena una nueva organización susceptible de hacer penetrar en el interior las mercancías pedidas a Inglaterra por las sociedades de Hong Kong; la misma tentativa que fracasó en Suateú.

* * *

El Comité de los siete acaba de efectuar una nueva gestión para pedir la entrada en campaña del ejército rojo y la detención de los principales terroristas. El delegado del Comité afirma que el decreto exigido por Garín será firmado antes de tres días... Durante todo el día, una turba amenazadora (y muy bien organizada), aclamando al ejército rojo, ha rodeado el inmueble donde celebra su sesión el Comité.

Al día siguiente

Ling ha sido detenido ayer; recibiremos sin duda esta tarde las informaciones que esperamos de él. En la inquietud causada por el avance de las tropas enemigas, los despachos de Propaganda trabajan con febril actividad. Se ha instruido con precisión a los agentes que preceden al ejército: Garín ha dado personalmente las indicaciones a sus jefes. Los he visto pasar por el pasillo, unos tras otros, sonrientes... Hemos renunciado al empleo de octavillas; el gran número de agentes de que disponemos nos permite sustituir todos los tipos de propaganda por el oral, el más peligroso, el que cuesta más hombres, pero el más seguro. Liao-chung Hoi, el comisario de Hacienda del Gobierno (al que los terroristas quieren asesinar), ha logrado, gracias a un nuevo sistema de percepción de impuestos, establecido por técnicos de la Internacional, recuperar cantidades importantes, y los fondos de Propaganda son de nuevo suficientes. En unas semanas, los servicios de abastecimiento

del enemigo y toda su administración estarán desorganizados; y es difícil obligar a los mercenarios a combatir sin sueldo. Además, un centenar de hombres, de los que responden sus jefes, se harán alistar por Cheng-tiung Ming, a sabiendas de que se arriesgan a ser fusilados no sólo por él, como traidores, sino también por los nuestros, como enemigos. Anteayer, tres de nuestros agentes, descubiertos, han muerto estrangulados tras haber sido torturados durante más de una hora.

Los jefes de las secciones de Propaganda en el ejército de Cheng han salido entre dos hileras de puertas entreabiertas: los jóvenes chinos con chaquetas entalladas y anchos pantalones, a los que no les gusta alimentarse con los platos nacionales y que hablan preferentemente en inglés, los que vuelven de las universidades de América y los que vuelven de las universidades rusas, los «afectados» y los «osos leninistas» ven pasar, con una condescendencia desdeñosa, a los agentes que marchan para alistarse en las tropas enemigas.

* * *

A cada cual su turno.

Noticias de Shanghai:

Siguiendo las directivas del Kuomintang, la Cámara de Comercio china decreta la confiscación de las mercancías británicas que se encuentran en manos de los chinos. Prohíbe, a partir del 30 de junio y durante el plazo de un año, la compra de toda mercancía inglesa, el transporte de toda mercancía por un navío inglés.

Los periódicos de Shanghai declaran que el tráfico británico se reducirá en un ochenta por ciento.

Dicho tráfico (dejando aparte Hong Kong) se evaluó el *año* pasado en veinte millones de libras.

Hong Kong sólo puede contar ya con el ejército de Cheng-tiung Ming.

Nicolaiev ha recibido las palabras siguientes, escritas en mayúsculas: «SI LING NO ESTÁ EN LIBERTAD MAÑANA, LOS REHENES SERÁN EJECUTADOS». ¿Están verdaderamente en posesión de rehenes los terroristas? Nicolaiev no lo cree así. Pero muchos de los nuestros se encuentran en misión y carecemos de todo medio de control.

Un ordenanza de la prisión trae a Garín unos papeles: el interrogatorio de Ling.

—¿Ha hablado?

—Uno más que da la razón a Nicolaiev —responde Garín—. ¡Ah! No hay muchos hombres que resistan al sufrimiento...

—Y... ¿ha sido largo?

—¡Imagínalo!

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué diablos quieres que hagamos? No se puede poner en libertad a un jefe terrorista.

—¿Entonces?

—Las prisiones están llenas, claro está... Y, en fin, será juzgado por un tribunal especial. Sí, todo se sabe, como dice Nicolaiev: primero, dónde está Hong; segundo, que efectivamente han matado a Cheng-dai por orden suya. El asesino es uno de los *boys*.

—Pero ¿no teníamos confidentes en el interior?

—Uno solo: ese *boy*, confidente doble. Nos ha engañado, pero no por mucho tiempo. Lo hemos cogido ya, naturalmente. Un poco más tarde nos servirá para un proceso, si ha lugar...

—Un poco peligroso, ¿no?

—Si Nicolaiev le suprime la droga durante unos días y le promete que no será ejecutado, hablará como nos convenga...

—Pero dime, ¿queda todavía alguien que confíe en las promesas de ese tipo?

—La supresión del opio bastará...

Se detiene, se encoge lentamente de hombros.

—Es terriblemente sencillo, un hombre que va a morir...

Y unos minutos más tarde, como si prosiguiese su pensamiento:

—Además, casi todas mis promesas han sido mantenidas...

—Pero ¿cómo quieres que distingan...?

—¿Y qué quieres que le haga yo?

8 de agosto

Hong ha sido detenido ayer por la noche.

* * *

En Hong Kong, los ingleses reúnen poco a poco a los obreros que van a restablecer el trabajo del puerto. Cuando dispongan de un número suficiente de esos hombres —annamitas y japoneses—, que por el momento esperan en campamentos de barracas las órdenes del gobernador, reorganizarán sus servicios, y la actividad de la ciudad renacerá de repente. Que nuestra acción se debilite, y toda, una ciudad de barcos cargados de mercancías volverá a emprender el camino de Cantón, y la potente armazón de la isla recobrará la vida que la ha abandonado... A menos que se firme el decreto que esperamos. Pero ese decreto significa el reconocimiento de la guerra de los sindicatos, significa la afirmación de la voluntad del propio Gobierno cantonés... y del poder de la Internacional en China...

Al día siguiente

Garín está sentado detrás de la mesa de su despacho, muy cansado, con la espalda encorvada, la barbilla entre las manos, y los codos, como de costumbre, apoyados sobre los papeles, que se ahuecan. Su cinturón yace extendido sobre una silla. Al oír pasos, abre los ojos, se aparta lentamente el pelo que le cuelga y levanta la cabeza. Hong entra, seguido por dos soldados. No se ha dejado arrestar sin lucha: huellas de golpes señalan su rostro, donde brillan, doloridos, sus ojillos de asiático. Tan pronto como entra en la habitación, se para, con los brazos tras la espalda, las piernas separadas.

Garín le mira y, atontado por la fiebre, espera. Su cuerpo se ha desplomado completamente. Su extenuada cabeza deriva lentamente de derecha a izquierda, como si fuese a dormirse... De pronto, respira profundamente; se ha repuesto. Se encoge de hombros. Hong, que en ese mismo momento alza los ojos, con las cejas fruncidas, le ve, escapa por un instante a los soldados y cae, detenido por un culatazo. Había visto el revólver de Garín en su funda, sobre la silla, y se echaba encima.

Se levanta.

—Ya está bien —dice Garín en francés. Y en cantonés—: Lleváoslo.

Los soldados se lo llevan.

Silencio.

—Garín, ¿quién va a juzgarle?

—... Cuando le he visto ahí, he estado a punto de levantarme y decirle: «Y ahora, ¿qué?», como a un niño al que se le gasta una broma. Por eso me encogí de hombros, y él creyó que me burlaba de él... Uno más... ¡Idioteces!

Después, como si oyese de repente la pregunta que acabo de hacerle, añade en un tono más rápido:

—Todavía no se le va a juzgar.

Al día siguiente

Garín procede a entregar a un fabricante de relojes fotografías de Cheng-dai y Sun-yat Sen, adornadas con inscripciones antiinglesas... modelos para las cajas. Un ordenanza trae un pliego sellado.

—¿Quién ha traído esto?

—Permanencia de actividades marítimas, comisario.

—El portador ¿está todavía aquí?

—Sí, comisario.

—Hazle entrar. ¡Vamos! ¡Inmediatamente!

Entra un culí, ajustándose bien al brazo el brazalete del sindicato de actividades marítimas.

—¿Eres tú quien ha traído esto?

—Sí, comisario.

—¿Dónde están los cuerpos?

—En la permanencia, comisario.

Garín me pasa el pliego abierto: se ha encontrado el cuerpo de Klein y de tres chinos asesinados en una casa de prostitución, a orillas del río. *Los rehenes...*

—¿Dónde están sus cosas?

—No lo sé, comisario.

—Pero, bueno, ¿no les han vaciado los bolsillos?

—No, comisario.

Garín se levanta en el acto, coge su casco y me hace seña de seguirle. El culí sube al lado del chófer y arrancamos.

En el coche:

—Dime, Garín, Klein vivía aquí con una blanca, ¿no?

—¡Y qué!

Los cuerpos no están en el servicio de la permanencia, sino en la sala de reuniones. Un chino vigila la puerta, sentado en el suelo; cerca de él, un perro de gran tamaño, que quiere entrar; cada vez que el perro se acerca, el chino alarga una pierna y le da un puntapié. El perro salta y se aparta, sin aullar; después vuelve a la carga. El chino nos mira aproximarnos. Cuando llegamos ante él, apoya la cabeza contra la pared, cierra a medias los ojos y empuja la puerta con la mano, sin levantarse. A cierta distancia, el perro gira en torno a él.

Entramos. Taller desierto, con el suelo de tierra batida y montones de polvo en los rincones. Aunque tamizada por las cristaleras azules del techo, la luz es resplandeciente, y cuando levanto los ojos, veo los cuatro cuerpos, *de pie*. Yo los buscaba en el suelo. Están ya rígidos, y los han adosado a la pared, como estacas. Al principio me quedo sobrecogido y casi aturdido. En esos cuerpos en pie hay algo no ya fantástico, sino suprarreal, en medio de esta luz y este silencio. Recobro el aliento y, con el aire que aspiro, me invade un olor que no se parece a ningún otro, animal, fuerte e insípido a la vez, el olor de los cadáveres.

Garín llama al vigilante, que se levanta muy despacio, como con desgana, y se acerca.

—¡Trae unas telas!

Adosado a la puerta, el hombre le mira atolondrado y parece no comprender.

—¡Trae unas telas!

Sigue sin moverse. Garín se adelanta con los puños apretados. Luego se detiene.

—Diez tael si traes las telas antes de media hora. ¿Me entiendes?

El chino se inclina y parte.

Las palabras han hecho penetrar en la sala algo de humanidad. Pero, al volverme, veo el cuerpo de Klein —le reconozco en seguida a causa de su talla—, con una amplia mancha oscura en mitad del rostro: la boca agrandada por una navaja de afeitar. E instantáneamente mis músculos se contraen de nuevo, hasta el punto de que aprieto los brazos contra el cuerpo y me veo obligado a apoyarme —yo también— en la pared. Aparto la mirada: heridas abiertas, grandes manchas negras de sangre coagulada, ojos en blanco; todos los cuerpos son semejantes. Han sido torturados... Una de las moscas que revolotean por aquí viene a posarse en mi frente, y yo no puedo, no puedo levantar el brazo.

—Habrás que cerrarle los ojos —dice Garín casi en voz baja, acercándose al cuerpo de Klein.

Su voz me despierta y espanto la mosca en un reflejo rápido, violento, torpe. Garín aproxima dos dedos separados en ángulo a los ojos... los ojos en blanco.

Su mano vuelve a caer.

—Creo que le han cortado los párpados...

Abre torpemente la casaca de Klein y saca una cartera, cuyo contenido examina. Deja aparte una hoja doblada y levanta la cabeza: el chino vuelve, sosteniendo entre las manos unas lonas desplegadas, que se ahuecan y arrastran. No ha encontrado nada mejor. Comienza a colocar en tierra los cuerpos, uno al lado del otro. Pero oímos pasos y entra una mujer, con los codos pegados al cuerpo, encorvada. Garín me coge brutalmente por el brazo y retrocede.

—¡Ella también! —dice en voz muy baja—. ¿Quién habrá sido el cretino que le ha dicho que él está aquí?

Ella no nos mira. Va directamente hacia Klein, choca al pasar con uno de los cuerpos extendidos en tierra, titubea... Ya está frente a él y lo contempla. No se mueve, no llora. Las moscas en torno a su cabeza. El olor. En mi oído, la respiración cálida, jadeante, de Garín.

En un solo movimiento, ella se deja caer de rodillas. No reza. Sus manos, con los dedos separados, se han aferrado al cuerpo, hundidas en los costados. Se diría que está arrodillada ante las torturas que representan esas heridas y esa boca que contempla, abierta hasta la barbilla por un sable o una navaja de afeitar... Estoy seguro de que no reza. Todo su cuerpo tiembla... Y en un solo movimiento, como se había dejado caer de rodillas hace un momento, rodea el cuerpo con sus brazos. El abrazo es convulsivo; menea la cabeza con un movimiento increíblemente doloroso de todo el busto... Con una ternura terrible, se frota la cara salvajemente, sin un sollozo, contra la tela ensangrentada, contra las heridas...

Garín, que retiene todavía mi brazo, me arrastra tras él. En la puerta, el chino ha vuelto a sentarse; ni siquiera nos mira. Pero tira a Garín del faldón de la casaca. Éste saca del bolsillo un billete y se lo da:

—Cuando ella se vaya, recúbrenles a todos.

Ya en el coche, no dice una palabra. Se deja caer, con los codos en las rodillas. La enfermedad le debilita día a día. Los primeros baches le hacen saltar, y se tiende, con la cabeza casi contra la capota, las piernas rígidas.

Dejando el auto ante su casa, subimos a la pequeña habitación del primer piso. Las persianas están echadas. Parece más enfermo y más cansado que nunca. Bajo los ojos, dos arrugas profundas, paralelas a las que van de la nariz a las comisuras de la boca, limitan grandes manchas violáceas, y esas arrugas, estirando todos sus rasgos como la muerte, parecen ya descomponer su cara. («Si se queda quince días más», ha dicho Myrov, «se quedará más tiempo del que desea...»). Ya hace más de quince días...). Permanece algún tiempo silencioso, luego dice a media voz, como si se interrogase a sí mismo:

—¡Pobre tipo...! Con frecuencia decía: la vida no es lo que se cree...

»¡La vida no es nunca lo que se cree! ¡Jamás!

Se sienta en la cama de campaña, con la espalda encorvada; sus dedos, apoyados en las rodillas, tiemblan como los de un alcoholico.

—He sentido por él una amistad de hombre... Descubrir la ausencia de párpados, y pensar que estaba a punto de tocar los ojos...

Involuntariamente, su mano derecha se crispa. Dejando caer todo su cuerpo hacia atrás, se apoya en la pared, con los ojos cerrados. La boca y las aletas de la nariz están cada vez más tensas y una mancha azul se extiende desde las cejas hasta la mitad de las mejillas.

—A menudo consigo olvidar... A menudo... No siempre. Cada vez menos... ¿Qué he hecho yo de mi vida? Pero, santo Dios, ¿qué puede uno hacer al fin y al cabo...? ¡No ver nunca nada...! Todos esos hombres a los que dirijo, esos cuya alma he contribuido a crear en suma, ni siquiera sé lo que harán mañana... En ciertos momentos hubiese querido tallarlo todo como si fuese madera, pensar: esto es lo que yo he hecho. Edificar, tener todo el tiempo por delante... Como se eligen los deseos, ¿no?

La fiebre sube. A medida que se anima, saca la mano derecha del bolsillo y acompaña sus frases con el gesto del brazo que le es habitual. Pero el puño continúa cerrado.

—¡Lo que yo he hecho, lo que yo he hecho! ¡Ah, qué bueno! Pienso en aquel emperador que hacía saltar los ojos a sus prisioneros y los devolvía después a su país, en racimos, conducidos por tuertos. También los conductores tuertos, con la fatiga, se quedaban poco a poco ciegos. Un bonito cromó para expresar lo que hacemos aquí, más bonito que los pequeños dibujos de Propaganda... ¡Cuando pienso que durante toda mi vida he buscado la libertad...! ¿Y quién es libre aquí, sea de la Internacional, del pueblo, de los nuestros, de los otros? Al pueblo siempre le queda el recurso de hacerse matar. Al menos eso es algo...

—Pierre, ¿tan poca confianza tienes?

—Tengo confianza en lo que yo hago. En lo que yo hago. Cuando yo...

Se para. Pero el rostro ensangrentado y los ojos en blanco de Klein están presentes en nosotros.

—Lo que uno hace, cuando sabe que muy pronto se verá obligado a dejar de hacerlo...

Reflexiona, y continúa amargamente:

—Servir es una cosa que he odiado siempre... Y aquí, ¿quién ha servido más y mejor que yo...? Durante años —¡años!— he deseado el poder. Ni siquiera sé rodear mi vida de él. Klein estaba en Moscú, ¿no es cierto?, cuando Lenin murió. Ya sabes que Lenin había escrito un artículo en defensa de Trotski que debía aparecer en... la *Pravda*, creo. Su mujer lo había enviado personalmente. Por la mañana, ella le llevó los periódicos. Él casi no podía moverse ya. «¡Abre!». Vio que no habían publicado su artículo. Su voz estaba tan ronca que nadie comprendió sus palabras. Su mirada se había hecho tan intensa que todos siguieron su dirección: miraba su mano izquierda. La había posado abierta sobre las sábanas, con la palma hacia arriba, así. Se veía que quería coger el periódico, pero que no podía...

Ha abierto violentamente su mano derecha, con los dedos extendidos, y, mientras continúa hablando, encorva lentamente los dedos hacia adentro y los mira.

—Mientras la mano derecha permanecía inmóvil, la izquierda comenzó a cerrar los dedos, como una araña replegando sus patas...

»Murió poco después...

»Sí, Klein decía: como una araña... Desde que me lo contó, jamás he podido olvidar esa mano, ni esos artículos... rechazados...

—Pero Klein era trotskista. ¿No quieres que vaya a buscar la quinina?

—Mi padre me decía: «No hay que soltar nunca “la tierra”». Lo había leído no sé dónde. Me decía también que hay que estar vinculado a sí mismo. No era en absoluto de origen protestante. ¡Vinculado! La pequeña ceremonia en el curso de la cual se vinculaba un vivo a un muerto se llamaba... matrimonio republicano, ¿no es así? Yo pensaba que en eso habría aún alguna libertad... El otro me contó...

—¿Quién?

—¡Klein, naturalmente! Me contó que en no sé que ciudad en que los cosacos tenían que limpiar la población, un cretino permanece más de veinte segundos con el sable levantado por encima de la cabeza de los chiquillos. «¡Vamos, muévete!», aúlla Klein. «No puedo», contesta el otro. «Me dan lástima». «Entonces, tómate tu tiempo...».

Alza los ojos y me mira, con una extraña dureza.

—¿Quién haría lo que estoy haciendo yo aquí? ¿Y qué? Klein, con el cuerpo todo reventado, con la boca ensanchada por la navaja de afeitar, con los labios colgando... Nada para mí, nada para los otros... Sin hablar de las mujeres, como la que acabamos de ver, que no pueden hacer otra cosa que frotarse la cara desesperadamente contra las heridas... ¿Qué? ¡Sí, entren!

Es el ordenanza de Propaganda que trae una carta de Njcolaiev. Las tropas cantonesas, reagrupadas tras su derrota en Chowtchow, acaban de ser derrotadas de nuevo por Cheng-tiung Ming, y el Comité apela al ejército rojo de la manera más urgente. Garín se saca del bolsillo un papel en blanco y escribe simplemente: EL DECRETO, firma y entrega la hoja al ordenanza.

—Para el Comité.

—¿No temes exasperarlos?

—¡Eso ya está superado! Estoy harto de discursos. Estoy hasta la coronilla de su cobardía, de su necesidad de no comprometerse nunca por completo. Saben que no podrán revocar ese decreto: el pueblo no piensa más que en Hong Kong (sin hablar de nosotros). Y si no están contentos...

—¿Y bien?

—Y bien, con todas las secciones a las que les hemos dejado las armas podemos jugar a los Tang, si es necesario. ¡Estoy harto!

—Pero ¿y si el ejército rojo es derrotado?

—No lo será.

—¿Y si lo es?

—Cuando uno juega, ya sabe que puede perder. Esta vez no perderemos. Y mientras me voy a buscar la quinina, le oigo decir entre dientes:

—A pesar de todo, hay una cosa que cuenta en la vida: no ser vencido...

* * *

Tres días más tarde

Garín y yo regresamos para comer. Cuatro disparos de revólver; el soldado que ocupa el asiento al lado del chófer se yergue. Yo miro y echo hacia atrás en seguida la cabeza: una quinta bala acaba de dar en la portezuela. Están tirando contra nuestro coche. El soldado responde. Una veintena de hombres escapa, con un revoloteo de mangas. Dos cuerpos en tierra. Uno de ellos es el de un hombre al que el soldado ha herido por error; el otro, el del hombre del revólver; una Parabellum caída cerca de su mano abierta y que brilla al sol.

El soldado baja y se acerca a él. «Muerto», grita. Ni siquiera se ha inclinado. Llama, pide porteadores y una camilla para trasladar al otro chino al hospital, herido en el vientre... Con una sacudida, el auto cruza las puertas.

—El tipo era valiente —me dice Garín al descender—. Hubiera podido intentar huir. No dejó de disparar hasta que cayó...

Para bajar, da casi media vuelta y veo que su brazo izquierdo está cubierto de sangre.

—Pero...

—No es nada. No ha interesado el hueso. Y la bala ha salido. ¡En una palabra, han fallado!

En efecto, hay dos agujeros en su casaca.

—Tenía la mano apoyada en el respaldo del chófer. Lo fastidioso es que estoy sangrando como un buey. ¿Quieres ir a buscar a Myrov?

—Naturalmente. ¿Dónde vive?

—El chófer lo sabe.

En tanto el chófer hace girar el coche para volver a salir, Garín dice entre dientes:

—Tal vez ha sido una lástima...

Vuelvo acompañado de Myrov. Como el médico, delgado y rubio, con cara de caballo, no habla corrientemente más que el ruso, nos llamamos los dos. Para poder hacer entrar el coche, el chófer se ve obligado a dispersar un círculo de mirones que se ha congregado en torno al hombre muerto.

Garín está en su dormitorio. Me quedo en la pequeña habitación que lo precede y espero...

Un cuarto de hora más tarde, con el brazo en cabestrillo, despide a Myrov, vuelve, se echa frente a mí en la cama de madera negra, se da la vuelta con una mueca, busca postura, se arrellana. Una vez así, en la sombra, no distingo de su cara más que las líneas duras: la raya casi recta de las cejas, la arista delgada e iluminada de la nariz, los movimientos de la boca que, cuando habla, se estira hacia la barbilla.

—¡Ese tío está empezando a fastidiarme!

—¿Quién? ¿Myrov? ¿Es que te ha dicho que es grave?

—¿Esto? (Señala su brazo). Me importa un comino. No, dice que es necesario —absolutamente necesario— que me vaya.

Cierra los ojos.

—Y lo más fastidioso de todo es que creo que tiene razón.

—Entonces ¿por qué te quedas?

—Es complicado. ¡Ah, rayos! ¡Qué incómodo se está en esta cama de campaña!

Se endereza, después se sienta, con la barbilla apoyada en la mano derecha, el codo sobre la rodilla, la espalda arqueada. Reflexiona.

—En estos últimos tiempos me he visto a menudo obligado a pensar en mi propia vida. Pensaba en ella otra vez hace un momento, mientras Myrov jugaba a ser augur: el tipo podía no haber fallado... Mi vida, ¿ves?, es una afirmación muy poderosa, pero cuando pienso en ella así, hay una imagen, un recuerdo que se repite siempre...

—Sí, ya me lo dijiste en el hospital.

—No, ahora no estoy pensando en mi proceso. Y de lo que te estoy hablando no es algo en que piense; es un recuerdo más fuerte que la memoria. Es durante la guerra, en la retaguardia. Unos cincuenta *bataillon-naires*^[7] encerrados en una gran sala, donde penetra la luz por una ventanilla enrejada. Se siente la lluvia en el aire. Acaban de encender los cirios robados en una iglesia vecina. Uno de ellos, vestido de sacerdote, oficia ante un altar de cajas cubiertas con camisas. Ante él, un cortejo siniestro: un hombre vestido de frac, con una gran flor de papel en el ojal, una novia sostenida por dos mujeres como muñecas del pim-pam-pum y, en la sombra, otros personajes grotescos. Las cinco: la luz de los cirios es débil. Oigo: «¡Sostenedla bien, que no se desmaye la pobre queridita!». La novia es un joven soldado, llegado ayer de no se sabe dónde, que se ha jactado de que atravesaría con su bayoneta el cuerpo del primero que pretendiera violarlo. Las dos mujeres de carnaval le sujetan sólidamente; es incapaz de hacer un gesto, con los párpados bajos, medio muerto sin duda. El alcalde sucede al párroco; luego, una vez apagados los cirios, ya no distingo más que espaldas que salen de la sombra acumulada cerca del sol. El tipo aúlla. Lo violan, naturalmente, hasta la saciedad. Son muchos. Sí, desde hace algún tiempo estoy obsesionado con esto... No a causa del final de la cuestión, claro está. A causa de su principio absurdo, paródico...

Reflexiona una vez más.

—Por otra parte, no deja de estar relacionado con lo que sentía durante el proceso... Es una asociación de ideas muy vaga...

Se echa hacia atrás el pelo que le cae sobre la cara y se levanta, como si se sacudiese. El imperdible que le sujeta el cabestrillo salta y el brazo cae; se muerde los labios. Mientras busco el imperdible por el suelo, dice lentamente:

—Hay que tener cuidado: cuando mi acción se aparta de mí, cuando yo empiezo a separarme de ella, es también sangre lo que pierdo... Antes,

cuando no hacía nada, me preguntaba a veces qué valía mi vida. Ahora sé que vale más que...

No termina. Levanto la cabeza tendiéndole el imperdible. El final de la frase es una sonrisa tensa, donde hay orgullo... y una especie de rencor... Cuando nuestras miradas se cruzan, continúa, como si volviese a la realidad:

—¿Por dónde iba...?

Trato de recordar yo también.

—Me decías que de nuevo pensabas con frecuencia en tu vida...

—¡Ah, sí! Eso es...

Se detiene al no encontrar la frase que busca.

—Siempre resulta difícil hablar de estas cosas... Cuando les daba dinero a las comadronas, ya puedes imaginar que no me hacía ilusiones sobre el valor de la «causa», y sin embargo sabía que el riesgo era grande. Y continué a pesar de las advertencias. Bien. Cuando me arruiné, casi me dejé llevar por el mecanismo que me despojaba. Y mi ruina contribuyó no poco a conducirme aquí. Mi acción me hace abúlico para todo lo que no es ella, empezando por sus resultados. Si me he vinculado con tanta facilidad a la Revolución, es porque sus resultados son lejanos y siempre cambiantes. En el fondo, soy un jugador. Y como todos los jugadores, no pienso más que en el juego, tenazmente y con fuerza. Ahora estoy jugando una partida de mayor importancia que antes y he aprendido a jugar; pero se trata siempre del mismo juego. Y lo conozco bien; hay en mi vida un cierto ritmo, una fatalidad personal, si tú quieres, a la que no se puede escapar. Yo me aferro a todo lo que le da fuerza... (He aprendido que una vida no vale nada, pero que nada vale una vida...). Desde hace unos días, tengo la impresión de que olvido quizá lo que es capital, que otra cosa se prepara... Preveía también proceso y ruina, pero así, vagamente... En fin, si hemos de abatir Hong Kong, me gustaría...

Pero se para, se yergue de golpe con una mueca, murmura: «¡Bah! Todo eso...» y manda que le traigan los telegramas.

Al día siguiente

EL DECRETO HA SIDO PROMULGADO. Inmediatamente hacemos advertir a las secciones de Hong Kong. Y la vanguardia roja, que se mantenía a sesenta kilómetros del frente, acaba de recibir la orden de formarse. Sólo queda Cheng-tiung Ming entre el poder y nosotros.

15 de agosto

Día de fiesta en Francia... Hasta hace poco, fiesta en la catedral. Actualmente la catedral está transformada en refugio y guardada por los soldados rojos. Borodín ha hecho decretar la confiscación de todos los monumentos religiosos en provecho del Estado. Espectáculo de una miseria de la que nada, en Europa, puede dar una idea: miseria del animal destrozado por una enfermedad de la piel y que mira con ojos que no piden ni odian, inexpresivos, perdidos. Ante esos hombres, nace en mí un sentimiento burdo, animal como el espectáculo, mezcla de vergüenza, de espanto y de la innoble alegría de no ser como ellos. La compasión no aparece hasta que dejo de ver esa flacura, esos miembros de mandrágora, esos harapos, esas costras tan anchas como la mano sobre la piel verdosa y esos ojos ya vidriosos, turbios, sin mirada humana... cuando no están cerrados...

A mi vez, hablo de esto con Garín:

—Falta de costumbre —me responde—. El recuerdo de un cierto grado de miseria pone las cosas humanas en su lugar, lo mismo que la idea de la muerte. Lo mejor de Hong procede de ahí. Lo mismo sin duda que la valentía del tipo que ha disparado contra mí... Quien ha caído demasiado hondo en la miseria no sale jamás: se disuelve en ella como si tuviese la lepra. Pero para las tareas... secundarias, los otros son los instrumentos más potentes, los más seguros. Coraje, ninguna idea de la dignidad, y odio...

»Me has hecho pensar en una frase atribuida a Lenín y que Hong se hizo tatuar en inglés, con toda intención, en el brazo: “¿Podremos conquistar un mundo que no haya vertido hasta la última gota de sangre?”. Al principio, le causaba una admiración fanática; en estos últimos tiempos, la odiaba con el mismo fanatismo. Creo que fue el odio lo que le hizo abandonarla...

—Y el hecho de que los tatuajes no pueden borrarse.

—¡Bah! Lo hubiese quemado... Es un muchacho que odia con mucha fuerza.

—Odiaba...

Me mira gravemente:

—Sí, odiaba...

Y tras un instante añade, observando con atención una palma que obstruye la ventana:

—¿Es cierto que para Lenín la esperanza tenía ese color...?

Yo contemplo su perfil, negro a contraluz. Visto así, no ha cambiado. Y ese perfil igual al que tenía en el momento de mi llegada, hace casi dos meses, igual también al que le conocí en otro tiempo, da toda su fuerza a la modificación de su voz. Desde la noche en que le vi en el hospital, parece separarse de su acción, dejarla apartarse de él con la salud, con la certeza de vivir. Una frase que acaba de decir continúa rondándome aún: «El recuerdo de un cierto grado de miseria pone las cosas humanas en su lugar, lo mismo que la idea de la muerte...». La muerte le sirve con frecuencia de punto de comparación en estos días...

Entra el jefe del servicio cinematográfico de Propaganda.

—Comisario, han llegado de Vladivostock los nuevos aparatos tomavistas. Y tenemos ya listas las películas. ¿Quiere usted ver la proyección?

En el acto, la expresión de resolución y de dureza reaparece en la cara de Garín y responde casi con el antiguo tono de su voz:

—Vamos.

17 de agosto

Una parte de las tropas enemigas acaba de ser derrotada ante Waitcheú por la vanguardia roja. Hemos reconquistado la ciudad: dos cañones, dos ametralladoras, tractores y un gran número de prisioneros han caído en nuestras manos. Tres ingleses prisioneros, que servían como oficiales en el ejército de Cheng, han salido ya hacia Cantón. Se han incendiado las casas de los notables que sostenían relaciones amistosas con los oficiales enemigos.

Cheng reagrupa su ejército. Antes de ocho días se librará la batalla. Se está empleando todo de cuanto dispone Propaganda; los jefes de las corporaciones han recibido la orden de hacer fijar nuestros carteles por los hombres a sus órdenes. Hay carteles en las techumbres de chapa ondulada, en los espejos de los vendedores de vino, en todos los bares, en los vehículos públicos, en las ricksas, en los postes del mercado, en el parapeto de los puentes, en todos los comercios, fijados a los *pankas*^[8] en las barberías, extendidos entre bambúes en las tiendas de farolillos, apoyados en los escaparates de los bazares, plegados en abanico en las vitrinas de los restaurantes, fijados a los coches mediante papel engomado en los garajes. Es un juego que divierte a toda la ciudad; y por todas partes se ven esos carteles, tan numerosos como en Europa los periódicos por la mañana, en las manos de

los transeúntes, bastante pequeños (los grandes no están impresos todavía), con sus soberbios cadetes victoriosos y sus soldados cantoneses rodeados de una aureola de rayos, que contemplan la huida de ingleses lívidos y chinos verdes; y debajo, más pequeños, un campesino, un obrero, una mujer y un soldado cogidos de la mano.

Una vez terminada la siesta, el entusiasmo sucede a la alegría. Soldados despechugados recorren las calles en fiesta; todos los habitantes han salido de sus casas; una densa multitud recorre el muelle, lenta, grave, tensa por una exaltación silenciosa. Con pífanos, gongos y pancartas, desfilan cortejos, seguidos por los niños. Tropes de estudiantes avanzan blandiendo pequeñas banderas blancas, que se agitan, aparecen y desaparecen como una espuma marina por encima de las túnicas y los trajes blancos, en un cuadro apretado como el de un ejército. La masa pesada y en calma de la muchedumbre marcha lentamente, compacta, abriéndose ante los cortejos y dejando detrás de ellos una estela vacilante, en la que sobresalen cascos y panamás izados al extremo del brazo. En las paredes, nuestros carteles, y en los techados, inmensas pancartas, apresuradamente pintadas, traducen en imágenes la victoria. El cielo está blanco y bajo; en medio del calor, la procesión adelanta como si se dirigiese a un templo. Un gran número de chinas ancianas la siguen, llevando a la espalda, en un lienzo negro, un niño somnoliento, con el tieso mechón de su pelo. Un lejano rumor de gongos, de petardos, de gritos y de instrumentos sube del suelo con el ruido confuso de pasos y el sordo chasquido de innumerables chanclos. Hasta la altura de un hombre, la polvareda danza, acre, raspando la garganta, y va a perderse en lentos remolinos en las callecillas casi desiertas, donde no se ve más que a algunos retrasados que se apresuran, incómodos en sus vestimentas de Año Nuevo. Las puertas de casi todos los almacenes están entreabiertas o cerradas, como los días de gran fiesta.

Jamás he sentido con tanta fuerza como hoy el aislamiento de que me hablaba Garín, la soledad en que nos encontramos, la distancia que separa lo que hay en lo más profundo de nosotros de los movimientos de esta multitud, e incluso de su entusiasmo...

* * *

Al día siguiente

Garín vuelve furioso de ver a Borodín.

—Yo no digo que haga mal en aprovechar la muerte de Klein, como podría aprovechar cualquier otra cosa. Lo que encuentro idiota, lo que me exaspera, es su pretensión de obligarme a hablar ante su tumba. Hay un montón de oradores. ¡Pues no! Otra vez está dominado por la insoportable mentalidad soviética, por una exaltación estúpida de la disciplina. ¡Allá él! Pero yo no he dejado Europa en un rincón como un saco de trapos, a riesgo de acabar como un Rebecchi cualquiera, para venir a enseñar aquí la palabra obediencia, ni para aprenderla. «¡No hay medias tintas frente a la Revolución!». ¡Pues estaríamos arreglados! Hay medias tintas en todas partes donde se encuentren hombres y no máquinas... ¡Tiene la pretensión de fabricar revolucionarios lo mismo que Ford fabrica coches! Esto terminará mal, y no va a tardar mucho. En su cabeza de mongol peludo, el bolchevique está en pugna con el judío. Pues si gana el bolchevique, peor para la Internacional...

Pretextos. Ésa no es la verdadera causa de la ruptura.

Hay en primer lugar otra: Borodín ha hecho ejecutar a Hong. Garín, creo yo, quería salvarle. A despecho del asesinato de los rehenes (que parece, por lo demás, no haber sido ordenado por él). Porque pensaba que, a pesar de todo, Hong seguía siendo utilizable; porque hay entre Garín y los suyos una especie de vínculo feudal. Y tal vez porque estaba seguro de que, llegado el caso, Hong acabaría a su lado... contra Borodín. Lo cual parece haber sido también la opinión de éste...

Garín no cree más que en la energía. No es antimarxista, pero el marxismo no es en absoluto para él un «socialismo científico»; es un método de organización de las pasiones obreras, un medio de reclutar tropas de choque entre los obreros. Borodín, pacientemente, construye la planta baja de un edificio comunista. Reprocha a Garín el carecer de perspectiva, el ignorar adónde va, el no obtener más que victorias debidas al azar —por muy brillantes, por muy indispensables que sean—. Incluso hoy, a sus ojos, Garín pertenece al pasado.

Garín cree verdaderamente que Borodín trabaja de acuerdo con unas perspectivas, pero piensa que estas perspectivas son falsas, que la obsesión comunista le conducirá a unir en contra suya un Kuomintang de derechas singularmente más fuerte que el de Cheng-dai, y que este Kuomintang aplastará a las milicias obreras.

Y descubre (bien tarde, por cierto...) que el comunismo, como todas las doctrinas poderosas, es una francmasonería. Que en nombre de su disciplina,

Borodín no vacilará en reemplazarle, tan pronto como él, Garín, no le sea indispensable, por alguien tal vez menos eficaz, pero más obediente.

* * *

Tan pronto como se ha conocido el decreto en Hong Kong, los ingleses se han reunido en el Gran Teatro y han telegrafiado de nuevo a Londres para solicitar el envío de un ejército inglés. Pero la respuesta ha llegado, telegráficamente: el Gobierno inglés se opone a toda intervención militar.

* * *

Se ha registrado en discos fonográficos el interrogatorio de los oficiales ingleses prisioneros, y se han enviado en gran número estos discos a las secciones. Pero cada uno de esos oficiales ha negado el haber venido a combatir contra nosotros obedeciendo las instrucciones de su Gobierno; ha habido que cortar este pasaje del interrogatorio. Va a ser preciso fabricar discos mucho más *instructivos*. Garín dice que la gente pone en duda el artículo de un periódico, pero no una imagen o un sonido, y que a la propaganda mediante el fonógrafo o el cine sólo se puede responder en principio mediante el fonógrafo o el cine; cosa de la que la propaganda enemiga, incluso la inglesa, es aún incapaz.

* * *

—Está haciendo cosas muy buenas antes de irse —me dice Nicolaiev esta mañana. Se refiere a Garín.

—¿Antes de irse?

—Sí, creo que esta vez se va de verdad.

—Hace semanas que se está marchando...

—Sí, sí, pero esta vez se irá, ya lo verás. Se ha decidido. Si Inglaterra hubiera enviado tropas, creo que se hubiese quedado; pero ya conoce la respuesta de Londres. Pienso que no espera más que el resultado de la próxima batalla... Myrov dice que no llegará a Ceilán.

—¿Y por qué?

—Pues simplemente, pequeño, porque está perdido.

—Eso se puede decir fácilmente.

—No es que se pueda decir. Es Myrov quien lo dice.

—Puede equivocarse.

—Al parecer, no se trata solamente de disentería y paludismo. Pequeño, no se juega con las enfermedades tropicales, tú lo sabes. Cuando se tienen, hay que cuidarlas. Si no, tendrás que lamentarlo... Y después de todo, ¡qué más da...!

—¡No para él!

—Su tiempo se ha acabado. Este tipo de hombres ha sido necesario, sí, pero ahora el ejército rojo está listo, Hong Kong quedará definitivamente deshecho en unos días, se necesitan personas que sepan olvidar mejor que él. No siento la menor hostilidad contra él, créeme. Trabajar con él o con otro... Y sin embargo, tiene prejuicios. No se lo reprocho, pequeño, pero los tiene.

Y sonriendo esquinadamente y entornando los párpados:

—Humano, demasiado humano, como dice Borodin. Mira adónde conducen las enfermedades mal cuidadas...

Pienso en el interrogatorio de Ling, en esas resistencias de Garín que Nicolaiev llama prejuicios...

Se calla, luego apoya un dedo contra mi pecho y continúa:

—No es comunista, eso es todo. A mí me importa un bledo, pero, a pesar de todo, Borodín se muestra lógico: no hay sitio en el comunismo para el que quiere en primer lugar... ser él mismo, en fin, existir aparte de los otros...

—¿El comunismo se opone a una conciencia individual?

—Exige más... El individualismo es una enfermedad burguesa...

—Pero en Propaganda hemos podido comprobar que Garín tiene razón: abandonar aquí el individualismo significa prepararse a ser vencidos. Y todos los que trabajan con nosotros, rusos o no (a excepción quizá de Borodín), son tan individualistas como él.

—¿Sabes que Borodín y Garín acaban de tener una bronca muy grave, lo que se dice muy grave, eh? Borodín...

Se mete las manos en los bolsillos y sonríe, no sin hostilidad:

—Habría muchas cosas que decir de él...

—Si los comunistas del tipo romano, si se puede llamarles así, los que defienden en Moscú las adquisiciones de la Revolución, se niegan a aceptar los revolucionarios del tipo... ¿cómo diría yo?... del tipo conquistador, que están a punto de entregarles China...

—¿Conquistador? Tu amigo Garín encontraría el término muy amargo...

—... limitarán peligrosamente...

—Pero eso importa poco. Tú no comprendes nada. Con razón o sin ella, Borodín pone en juego lo que representa aquí el proletariado, en la medida en que puede hacerlo. Sirve *en primer lugar* a ese proletariado, esa especie de núcleo que ha de tomar conciencia de sí mismo, crecer para hacerse cargo del poder. Borodín es una especie de timonel que...

—Garín también. ¡No se cree que ha hecho la Revolución él solo!

—Pero Borodín conoce su barco y Garín no conoce el suyo. Como dice Borodín: «Carece de eje».

—Salvo la revolución.

—Hablas como un crío. La revolución sólo es un eje hasta que está terminada. En caso contrario, no es una revolución, es un simple golpe de Estado, un pronunciamiento. Hay momentos en que me pregunto si no acabará por ser mussolinista... ¿Conoces a Pareto?

—No.

—Él debe de conocerle...

—Olvidas una cosa, y es que si esos sentimientos positivos son lo que tú dices (y es falso), sus sentimientos negativos son por el contrario claros: su odio contra la burguesía y contra lo que ella representa es sólido. Y los sentimientos negativos son algo más que nada.

—Sí, sí. Un general blanco... de izquierdas.

»La cosa marchará mientras se enfrente a un enemigo común a todos: Inglaterra. (No sin razón está en la Propaganda del Kuomintang). Pero ¿y después? Cuando se trate de organizar el Estado, si apuesta por el comunismo, se verá obligado a hacerse igual a Borodín; si apuesta por la democracia —lo que me extrañaría, porque el personal del Kuomintang le repugna—, está perdido: no querrá pasarse la vida haciendo política china entre bastidores y no puede aspirar a la dictadura. No lo lograría, puesto que no es chino. En consecuencia, que regrese a Europa y muera allí en paz y en gloria. El tiempo de los hombres como él se acerca a su fin. Naturalmente, el comunismo puede emplear revolucionarios de su género (al fin y al cabo, aquí es un “especialista”), pero haciéndoles... sostener por dos chekistas resueltos. Resueltos. ¿Qué es esta policía limitada? Borodín, Garín, todo esto...

Parece mezclar varios líquidos en un gesto lánguido.

Todas las personas lógicas, desde que conozco a Garín, predicen su porvenir... Nicolaiev continúa:

—Seguro que Borodín acaba como tu amigo. Ya ves, la conciencia individual es la enfermedad de los jefes. Lo que hace más falta aquí es una verdadera Cheka...

Chapoteos, ruido de juncos que entrechocan. La luna, oculta tras el techado, anima el aire tibio y sin bruma. Contra la pared, bajo la veranda, dos maletas: Garín ha decidido salir mañana. Durante largo tiempo reflexiona, sentado, con la mirada perdida, los brazos colgando. En el momento en que me levanto para coger un lápiz rojo y subrayar la *Gaceta de Cantón*, que acabo de leer, sale de su torpor:

—Sigo pensando en la frase de mi padre: «Nunca hay que soltar la tierra». Vivir en un mundo absurdo o vivir en otro... No hay fuerza, ni siquiera hay *verdadera vida* sin la certidumbre, sin la obsesión de la vanidad del mundo.

Sé que el sentido mismo de su vida está ligado a esta idea, que extrae su fuerza de esta sensación profunda de absurdidad: si el mundo no fuese absurdo, toda su vida se dispersaría en gestos vanos, no con esa vanidad esencial que, en el fondo, le exalta, sino con una vanidad desesperada. De ahí la necesidad que tiene de imponer su pensamiento. Pero, esta noche, todo mi ser se defiende contra él; me debato contra su verdad, que asciende en mí y a la que su muerte próxima da una siniestra aprobación. Lo que siento es menos una protesta que una rebelión... Espera mi respuesta, como un enemigo.

—Es posible que lo que dices sea cierto, pero tu manera de decirlo basta para volverlo falso, radicalmente falso. Si esta verdadera Vida se opone a... a la otra, no es así. ¡No en esa forma llena de deseos y de rencor!

—¿Qué rencor?

—Hay aquí suficientes cosas para atar a un hombre que tiene tras de sí las pruebas de fuerza que tú tienes tras de ti, suficientes cosas para...

—Es peor poseer las pruebas de la propia fuerza.

—... suficientes cosas para atarle por toda su vida, para...

—¡Cuento contigo para que me enseñes con el ejemplo!

Ha respondido con una ironía casi rencorosa. Ambos callamos. De pronto, querría decir algo que volviese a acercarnos; tengo miedo, como un niño de un presentimiento, de ver terminar así nuestra amistad, de dejar así al hombre al que he querido, al que quiero todavía, a pesar de lo que piensa, y que va a morir... Pero, una vez más, él es más fuerte que yo. Apoya en mi brazo su mano derecha y dice, con una lentitud amistosa:

—No, escucha. No pretendo tener razón. No intento convencerte. Simplemente soy leal conmigo mismo. He visto sufrir a muchos hombres, a

muchos. A veces, de una manera abyecta. A veces, de una manera terrible. Yo no soy un hombre bondadoso, pero en ocasiones he llegado a sentir una profunda piedad, esa piedad que te pone un nudo en la garganta. Pero, al encontrarme a solas conmigo mismo, esa piedad ha acabado siempre por desvanecerse. El sufrimiento refuerza la absurdidad de la vida, no la ataca; la vuelve irrisoria. La vida de Klein suscita a veces en mí algo como... como...

Su vacilación no se debe a una búsqueda, sino a una especie de malestar. Pero prosigue, mirándome a los ojos:

—Bueno, basta... como una cierta risa. ¿Comprendes? No hay compensación profunda para aquellos cuya vida carece de sentido. Vidas encerradas en sí mismas. El mundo se refleja en ellas haciendo muecas, como en un espejo deformante. Acaso es entonces cuando muestra su verdadero aspecto. Poco importa. Ese aspecto, nadie, nadie, ¿lo entiendes?, es capaz de soportarlo. Se puede vivir aceptando el absurdo, no se puede vivir en el absurdo. Las personas que intentan «soltar la tierra» se dan cuenta de que ésta se les pega a los dedos. No se puede rehuir, ni tampoco encontrar deliberadamente...

Y golpeándose la rodilla con el puño:

—Uno sólo puede defenderse creando. Borodín dice que lo que los hombres como yo edifican solos no puede durar. Como si lo que edifican los hombres como él... ¡Ah, cómo me gustaría ver esta China dentro de cinco años!

»¡La duración! ¡De eso es de lo que efectivamente se trata!

Ambos callamos.

—¿Por qué no te has ido antes?

—¿Por qué irse cuando se puede hacer otra cosa?

—Por prudencia...

Se encoge de hombros; luego, tras un nuevo silencio:

—No se vive de acuerdo con lo que uno piensa de su propia vida.

Otra vez el silencio.

—¡Y la bestia se aferra, qué demonios!

Se calla. Se oye un ruido singular, indefinible, impreciso, procedente de no sé dónde, lejano y como amortiguado... Él también empieza a prestar atención. Pero oímos un blando rechinar de neumáticos sobre la grava; un ciclista acaba de entrar en el patio. Un claro sonido de pasos se acerca a nosotros. Un correo trae dos pliegos, precedido por el boy.

Garín abre el primero y me lo tiende: *Todas las tropas de Cheng-tiung Ming y los cuerpos del ejército rojo que han ganado el frente están ya*

luchando. La batalla decisiva comienza.

Mientras leo, él abre el segundo, se encoge de hombros, hace una bola con él y lo tira.

—Me es igual. Ahora me es igual. Que se las apañen. Todo eso...

El secretario se va. Oímos sus pasos que se alejan, la reja que se cierra. Pero Garín ha cambiado de idea. De pie frente a la ventana, le llama.

Otra vez la puerta. El secretario regresa. Llegado a la ventana, habla con Garín, pero éste tose y no entiendo las palabras.

El secretario se aleja de nuevo. Garín anda de un lado a otro, furioso ahora.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡Nada!

Bien. La cosa está clara. Recoge la bola de papel, la dobla y la alisa con la mano derecha, a duras penas a causa de la inmovilidad de su brazo izquierdo. Después se vuelve hacia mí:

—¡Bajemos!

Sale. Gruñendo —¿para él o para mí?—: «¡Un golpe que podría hacer reventar a diez mil fulanos!». Como no le hago ninguna pregunta, se decide a añadir, sin detenerse:

—Dos de los nuestros, dos agentes de Propaganda, cogidos en el momento mismo en que se acercaban a uno de los pozos utilizados por nuestras tropas, con cianuro en los bolsillos. Agentes dobles. Presencia injustificable. No han dicho nada, no han confesado nada. ¡Y Nicolaiev me dice que continuará mañana el interrogatorio!

Conduce él mismo el coche, a toda velocidad; el chófer estaba durmiendo. No dice una palabra. Sostiene el volante sólo con la mano derecha, y por dos veces falta poco para que vayamos a estrellarnos contra las casas. Frena y me deja el volante; después, con la cabeza inmóvil, hundida entre los hombros — las manchas de sus mejillas, más hundidas que nunca, aparecen cuando cruzamos las luces y desaparecen en seguida—, se diría que me ha olvidado...

En el pasillo de la policía, distingo al pasar grandes carteles de color rosa, cuyas manchas he entrevisto hace poco en las calles. Es el decreto, expuesto por iniciativa nuestra.

Cuando llegamos, precedidos por el sonido rápido y militar de nuestros tacones, casi inquietante en medio de tanto silencio, Nicolaiev, detrás de la mesa de su despacho, bonachón, con la espalda apoyada en el respaldo de su silla, fija sus claros ojillos de cerdo en los dos prisioneros. Ambos están

vestidos con la ropa de lienzo azul de los obreros del puerto. Uno de ellos ostenta un bigote caído, fino, negro; el otro es un viejo con el pelo cortado a cepillo, la cabeza completamente redonda, animada por dos ojos brillantes.

Empiezo a familiarizarme con estas horas nocturnas de Propaganda y de la policía, con su silencio, el olor a flores sagradas, a barro y a petróleo de la noche cálida, y con nuestras caras cansadas, extenuadas, nuestros párpados que se cierran, nuestra espalda encorvada, nuestros labios flácidos... y en la boca, el repugnante sabor de las mañanas de resaca...

—¿Tienes noticias de la batalla? —pregunta Garín al entrar.

—Ninguna. La cosa continúa...

—¿Y esos fulanos?

—Ya has visto el informe, querido amigo. Yo no sé nada más. Por lo menos, nada todavía. Imposible sacarles una palabra. Ya llegará...

—¿Quién ha respondido por ellos?

—N 72, según el informe.

—¡Que se compruebe! Si es exacto, N 72 debe ser arrestado, enviado urgentemente, al tribunal especial y ejecutado.

—Sabes que es un agente de primer orden...

Garín levanta la cabeza.

—... y que me ha prestado servicios a menudo... Es fiel.

—Ya no tendrá que molestarse más en serlo. En cuanto a sus servicios, estoy hasta la coronilla. Queda entendido, ¿no?

El otro sonríe e inclina la somnolienta cabeza, parecido al tentempié de porcelana que ha colocado irónicamente encima de su mesa.

—Ahora éstos.

Saco la estilográfica del bolsillo.

—No, no merece la pena escribir. No será largo. Nicolaiev anotará las respuestas.

»¿Quién os entregó el veneno?

El primer prisionero, el más joven, inicia una explicación estúpida: le habían encargado entregar el paquete a una persona cuyo nombre desconoce, una mujer que le reconocería por sus señas, pero...

Garín comprende poco más o menos; sin embargo, le traduzco frase por frase. El chino, como forzado por un tic, se lleva la mano abierta a los largos pinceles de su bigote, la retira nerviosamente al ver que su gesto impide que le entiendan; luego vuelve a colocarla. Fatigado, Nicolaiev mira la lámpara rodeada de efímeras y fuma. Los ventiladores no funcionan. El humo asciende recto.

—¡Basta! —dice Garín.

Se lleva la mano a la cintura.

—¡Vaya! ¡Se me ha olvidado otra vez!

Sin añadir más, abre mi funda con la mano libre, saca mi revólver y lo deja sobre la mesa, cuyos ángulos de metal brillan.

—Di al primero exactamente que, si en cinco minutos no nos ha dado las informaciones que nos debe, yo le meteré una bala en la cabeza.

Traduzco. Nicolaiev ha alzado imperceptiblemente un hombro. Todos los confidentes saben que Garín es un «gran jefe», y su argucia es propia de un niño. Un minuto... Dos...

—¡Bueno, basta ya! ¡Que responda inmediatamente!

—Has dicho que tenía cinco minutos —dice Nicolaiev, entre respetuoso e irónico.

—¡Tú me dejas en paz, eh!

Toma el revólver de la mesa. Gracias al peso del arma, la mano derecha se mantiene firme; la izquierda que sobresale del cabestrillo blanco, tiembla de fiebre. Una vez más ordeno al chino que responda. Él hace un gesto de impotencia.

La detonación. El cuerpo del chino permanece inmóvil; en su rostro, una expresión de intensa estupefacción. Nicolaiev ha dado un salto y se apoya en la pared. ¿Está herido?

Un segundo... Dos... El chino se desploma, flácido, con las piernas semidobladas. Y la sangre empieza a manar.

—Pero... pero... —balbucea Nicolaiev.

—¡Que me dejes en paz!

El tono es tal que el gordo se calla inmediatamente. Ya no sonrío. Tiene la boca caída, lo que acentúa sus mofletes. Ha cruzado las gruesas manos sobre el pecho con un gesto de vieja. Garín mira hacia la pared ante él; del cañón semibajado sale un humo ligero, transparente.

—Ahora el otro. Vuelve a traducir.

Inútil. Aterrorizado, el viejo habla ya moviendo sus ojillos... Nicolaiev ha cogido un lápiz y toma notas con mano temblorosa.

—Cállate —dice Garín en cantonés. Y volviéndose hacia mí—: Advértele antes de que vaya más lejos que, si se dedica a contarnos historias, le ocurrirá una desgracia...

—Ya se ha dado buena cuenta.

—La pena de muerte puede perfeccionarse si es necesario.

—¿Y cómo quieres que le diga eso?

—¡Ah, como te parezca!
(Y en efecto, comprende...).

Mientras el prisionero habla con voz jadeante, Nicolaiev aparta soplando las efímeras muertas que caen sobre sus notas...

El hombre ha sido pagado por los agentes de Cheng-tiung Ming, eso es evidente. Primero habla rápidamente, pero no dice nada esencial; al ver que el cañón del revólver permanece bajo, vacila. De pronto se calla. Garín le mira, al borde de la exasperación.

—Y... si... si lo digo todo, ¿qué me darán ustedes...?

Inmediatamente cae, aleteando con los brazos, y rueda un metro más lejos. Furioso, Garín acaba de asestarle un puñetazo en la mandíbula; con el puño aún cerrado, frunce las cejas, se muerde los labios y se sienta en la esquina de la mesa.

—Se me ha abierto la herida. —En el suelo, el prisionero se hace el muerto—. ¡Pregúntale si ha oído hablar del incienso!

Traduzco una vez más. El hombre abre lentamente los ojos y, sin levantarse, dice sin dirigirse en particular a ninguno de nosotros, sin mirarnos:

—Eran tres. A dos los cogieron. Uno de ellos ha muerto. El otro está aquí. El tercero quizás al lado del pozo.

Garín y yo miramos a Nicolaiev, que iba a dejar para mañana la continuación del interrogatorio. Procura no manifestar ningún sentimiento. La boca, las cejas no se mueven. Pero los músculos de las mejillas se contraen y se distienden rápidamente, como si temblasen. Escribe, en tanto que el prisionero precisa.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Si no lo has dicho todo...

—He dicho todo.

El prisionero se muestra ahora indiferente.

Nicolaiev llama, nos enseña un papel, luego se lo da al ordenanza.

—Un ciclista a la oficina especial de Telégrafos. Inmediatamente.

Se vuelve hacia nosotros:

—En esas condiciones... en esas condiciones... Quizás haya otros, sin embargo... Vamos... Garín... ¿no te parece... que habría que intentarlo... por si acaso...?

Para intentar excusar su terrible negligencia, está dispuesto, él, que quería dejar para mañana la continuación del interrogatorio, a torturar a ese hombre «por si acaso»...

—Siempre en sus trece —murmura Garín entre dientes.

Y en alta voz:

—¿Para que nos cuente una serie de patrañas y nos lance sobre pistas falsas...? No puede tener informaciones de orden general. En el trabajo de los pozos, los agentes no son casi nunca más de tres. Tres, ¿me entiendes? ¡No dos!

Es él ahora quien llama (cuatro veces). Entran dos soldados y se llevan al prisionero. Nicolaiev, que no ha respondido nada, aparta lentamente con la mano las efímeras que siguen cayendo sobre la mesa, como si alisase el papel, con un gesto de niño modoso.

Encontramos en el pasillo a un ordenanza del Comisariado de la Guerra, que trae un telegrama: las tropas de Cheng comienzan a replegarse.

* * *

La escalera de la casa de Garín está a oscuras: la lámpara que la alumbraba se ha roto. La noche continúa, fuera y en mis nervios... Me arden los párpados, pero no tengo sueño. Ligeros escalofríos me recorren el cuerpo, como si empezase a estar ebrio; mientras poso pesadamente los pies, tanteando con los dedos cada escalón, se me cierran los ojos y veo, con una mezcla de confusión y de extraña lucidez, imágenes deformadas: los dos prisioneros, el prisionero muerto (en el suelo), Nicolaiev, la boda grotesca de que me habló Garín, los rayos de luz de la calle, el rostro desgarrado de Klein, la mancha de los carteles rosa... Me estremezco, como si me despertase sobresaltado, cuando oigo la voz de Garín:

—No puedo acostumbrarme a esta oscuridad; me da siempre la impresión de estar ciego...

Pero ya hemos llegado a la luz. Estamos de nuevo en la habitación pequeña; las dos maletas continúan allí.

—¿Es todo lo que te llevas?

—Para unos meses, es más que suficiente...

Apenas si ha escuchado mis palabras. Presta atención a un rumor muy débil que llena toda la casa y que me intrigaba ya antes de que saliésemos.

—¿Oyes?

—Sí... Oí ya ese ruido antes de salir...

—¿De dónde crees que viene?

—Escucha...

Hay algo misterioso en ese rumor ahogado, lejano, mecánico. Es un chirrido sordo como el de los roedores, pero regular y del que sobresalen, como burbujas en el agua turbia, sonidos semejantes a chasquidos de madera, que se prolongan un momento como todos los ruidos en la oscuridad y se pierden después en ese chirrido constante, que parece venir a la vez del sótano y del horizonte. Garín se ha parado, inquieto, conteniendo la respiración, con los hombros encogidos, esforzándose por hacer el menor ruido posible. Un chasquido de sus zapatos extingue brutalmente sonidos y rumores, que, tras unos segundos, reaparecen como un resplandor muy débil, aumentan y vuelven a alcanzar su intensidad lejana e inexplicable. Al fin, su cuerpo se relaja; hace un gesto de indiferencia y se echa en la cama de madera:

—¿Quieres un poco de café mientras esperamos?

—No, gracias. Harías mejor en tomarte la quinina y cambiarte el vendaje.

—Ya lo haré a su debido tiempo...

Mira las maletas.

—Tres meses tal vez...

Siempre preocupado, se muerde por dentro las mejillas.

—En fin, tampoco sería muy inteligente quedarse aquí, ya que no me fui a tiempo...

Al decir «quedarme» no lo ha dicho en el sentido de «permanecer», sino en el de «morir».

—Mi buen amigo Nicolaiev insinúa que ya es demasiado tarde...

Hasta ahora ha hablado para sí mismo. El tono de su voz cambia; alza una vez más el hombro derecho.

—¡Vaya un estúpido...! Si a mí no se me hubiese ocurrido volver allí esta noche... ¿Por quién podrá reemplazarme Borodín? Por Chen en el servicio de Propaganda en las secciones, pero ¿y en los otros? Con algunos buenos mozos como Nicolaiev —disciplinado, muy disciplinado—, la cosa acabará mal... Klein ha muerto... ¿En qué estado me encontraré todo esto cuando regrese...? Basta una metedura de pata de la policía para hacerme entrar de nuevo en esta vida de Cantón, con la misma facilidad con que me pongo la chaqueta, y sin embargo, en este momento, tengo la sensación de haberme ya marchado. ¡Vaya, si reviento en el mar, podrán pegar en el saco una bonita etiqueta...!

Sus labios se han hecho aún más delgados que hace un momento y tiene los ojos cerrados. La sombra de su nariz, que parece muy prominente, se confunde con la ojera del ojo izquierdo. Está feo, con la fealdad inquietante y afilada de los muertos antes de que llegue la serenidad.

—¡Y pensar que cuando llegué aquí, en tiempos de Lambert, Cantón era una república de opereta! ¡Y hoy, Inglaterra! Vencer a una ciudad, abatir a una ciudad... La ciudad es la cosa más social del mundo, el emblema mismo de la sociedad. ¡Por lo menos hay una que los piojosos cantoneses están dejando en una bonita situación! Ese decreto... Al fin el esfuerzo de todos los hombres que hicieron de Hong Kong un puño cerrado está siendo...

Baja el pie y se inclina hacia adelante, como si aplastase algo, lenta, pesadamente. Al mismo tiempo que endereza el busto, saca del bolsillo un espejito redondo con el reverso de celuloide y contempla su cara (es la primera vez).

—Creo que ya iba siendo hora...

»Verdaderamente sería demasiado idiota morir como un colono cualquiera. Si no se asesina a un hombre como yo, ¿a quién se va a asesinar?

Algo en todo lo que dice me hace sentirme incómodo, me inquieta. Él continúa:

—¿Qué diablos voy a hacer en Europa? ¿Moscú...? En los términos en que estoy con Borodín... Desconfío de los métodos de la Internacional, pero habría que ver... En seis días, Shanghai; después, el barco noruego, y la impresión de haberse alojado en una conserjería. ¡Con tal de que no me lo encuentre todo deshecho cuando vuelva! Borodín posee una gran fuerza, pero también, a veces, una gran torpeza... ¡Ah, uno no va nunca adonde quisiera ir...!

—¿Y adónde rayos querías ir tú?

—A Inglaterra. Ahora sé lo que es el Imperio. Una tenaz, una constante violencia. Dirigir. Determinar. Forzar. La vida es eso...

Y de repente comprendo por qué me desconciertan sus palabras: no es a mí a quien quiere convencer. No cree en lo que está diciendo y se esfuerza por convencerse a sí mismo con todos sus irritados nervios... ¿Sabe que está perdido, teme estarlo, no sabe nada? Ante su muerte cierta, sus afirmaciones, sus esperanzas, hacen nacer en mí una desolada exasperación. Me dan ganas de decirle: «¡Basta, basta ya! ¡Vas a morir!». Me invade una tentación furiosa, que basta, no obstante, para reprimir mi presencia y una imposibilidad física. La enfermedad ha excavado hasta tal punto su rostro que no necesito ningún esfuerzo para imaginármelo muerto. Y a pesar mío, tengo la sensación de que, si yo hablase de la muerte, impondría a su mirada esta imagen, estos rasgos más tensos aún, de los que no puedo librarme. Me parece también que mis palabras resultarían peligrosas, como si yo convirtiera en cierta su muerte, que él ya conoce... Desde hace un momento permanece callado. Y en ese nuevo

silencio, volvemos a oír el singular ruido que nos intrigaba hace poco. Ya no es rumor, sino un ruido formado por sucesivas sacudidas, muy lejanas o muy ensordecidas, un ruido de sueño; parece como si estuvieran golpeando el suelo, a lo lejos, con objetos envueltos en fieltro. Y los sonidos más claros, que hace un instante eran análogos a los de la madera que chasca, se han vuelto metálicos y hacen pensar en el estruendo confuso de una fragua, dominado por los golpes musicales de los martillos...

De nuevo, a esos ruidos entremezclados se une el de los neumáticos rebotando sobre la grava. Sube un cadete, precedido por un *boy*. Trae la respuesta del oficial telegrafista. El ruido, aunque lejano, llena la habitación...

—¿Oyes? —pregunta Garín al *boy*.

—Sí, señor comisario.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, señor comisario.

El cadete meneaba la cabeza.

—Es el ejército, camarada Garín...

Garín levanta los ojos.

—La retaguardia del ejército rojo, que llega formada...

Garín aspira profundamente, después lee el telegrama y me lo tiende:

Tercer agente apresado. Portador ochocientos gramos de cianuro.

Desastre enemigo. Varios regimientos trabajados por Propaganda pasados a nosotros. Abastecimientos y artillería en nuestras manos. Cuartel general desorganizado. Caballería persigue Cheng en fuga.

Firma el acuse de recibo y lo entrega al cadete, que se va, siempre precedido por el *boy*.

—¡Ya no verá mi firma por algún tiempo...! Las tropas de Cheng deshechas... Antes de un año, Shanghai...

El fragor de las tropas se aproxima o se aleja con el viento cálido. Reconocemos ahora el rechinar de los tractores, el temblor confuso de la tierra bajo el paso martilleante de los hombres y, por ráfagas, en medio de una asfixiante bocanada, los cascos de los caballos, el eco de los ejes de los cañones que resuenan... Una exaltación confusa penetra en él con ese lejano tumulto. ¿Alegría?

—No tendré casi tiempo de verte mañana por la mañana, entre todos esos imbéciles que vendrán a acompañarme...

Lentamente, mordiéndose el labio inferior, saca el brazo herido del cabestrillo y se levanta. Nos abrazamos. Siento nacer en mí una tristeza desconocida, profunda, desesperada, provocada por todo lo que hay de vano

en esto, por la presencia de la muerte... Cuando la luz ilumina de nuevo nuestros rostros, me mira. Busco en sus ojos la alegría que he creído ver; pero ya no hay nada parecido, nada más que una dura y, sin embargo, fraternal gravedad.

NOTA FINAL

Han pasado más de veinte años desde la publicación de este libro de adolescencia. ¡Y mucha agua por debajo de tantos puentes rotos! Veinte años después de la toma de Pekín por el ejército revolucionario de Chang-kai Chek, esperamos la toma del Cantón de Chang-kai Chek por el ejército revolucionario de Mao-tse Tung. Dentro de veinte años, ¿otro ejército revolucionario expulsará al «fascista» Mao? ¿Qué piensa de todo esto la sombra de Borodín, quien, según las últimas noticias, antes de la guerra, solicitaba del Kremlin «un alojamiento con chimenea»? ¿Y la sombra del suicidado Gallen?

Sin embargo, a pesar del juego complejo que empuja quizá —quizás...— a China al lado de Rusia, no hay la menor duda de que las tropas de Mao obtienen sus victorias gracias a la rebelión que animaba a las tropas de 1925. No es la antigua pasión de liberación lo que ha cambiado. Lo que ha cambiado allí no es China, no es Rusia; es Europa. Ha dejado de contar,

* * *

Pero este libro no pertenece más que superficialmente a la historia. Si ha sobrevivido, no es porque pinte unos episodios determinados de la revolución china, sino porque muestra un tipo de héroe en el que se unen la aptitud para la acción, la cultura y la lucidez. Esos valores estaban directamente ligados con los de la Europa de entonces. Y puesto que se me pregunta: «Entre esos valores, ¿en qué se han convertido, en la Europa de hoy, aquellos que corresponden al espíritu?», prefiero responder con la apelación que dirigí a los intelectuales, el 5 de marzo de 1948, en la sala Pleyel, en nombre de mis compañeros gaullistas.

Su forma (la estenografía de un discurso improvisado apoyándome en notas) demuestra, por lo demás, que no se trata de un ensayo. Algunas de las ideas que expreso en él las he desarrollado, en otro plano, en la *Psicología del Arte*. Pero el aspecto de predicación un poco jadeante que hay en un discurso

me ha parecido más acorde con la pasión de una novela, y con los límites de las cuestiones que ella sugiere, que el ejercicio de una fingida imparcialidad. La debilitación de la conciencia europea sólo se analiza aquí de manera sumaria. Se trataba de poner de manifiesto la amenaza a la vez más inmediata y más solapada, la del embrutecimiento a través de las psicotécnicas (la propaganda ha recorrido mucho camino desde la época de Garín), y de precisar lo que, a nuestros ojos, debe ser MANTENIDO.

El espíritu de Europa está siendo objeto de una doble metamorfosis. Éste es a nuestros ojos el drama del siglo xx: al mismo tiempo que el mito político de la Internacional agoniza, se está produciendo una internacionalización sin precedentes de la cultura

Desde la gran voz de Michelet hasta la gran voz de Jaurès, durante todo el siglo pasado, fue una especie de evidencia el que el hombre se haría tanto más hombre cuanto menos apegado se sintiera a su patria. No se trataba de bajeza ni de error: era la forma de esperanza de entonces. Víctor Hugo pensaba que los Estados Unidos de Europa se constituirían por sí mismos y que sería el preludio a los Estados Unidos del mundo. Pero los Estados Unidos de Europa no se constituirán sin dolor, y los Estados Unidos del mundo no están aún a la vuelta de la esquina...

Lo que hemos aprendido es que el gran gesto de desdén con que Rusia descarta ese canto de la Internacional que, quiéralo ella o no, continuará formando parte del eterno sueño de justicia de los hombres, barre de un manotazo los sueños del siglo xix. Sabemos ahora que no seremos más hombres cuanto menos franceses seamos; simplemente seremos más rusos. Para lo bueno como para lo malo, estamos unidos a la patria. Y sabemos que no nos haremos europeos sin ella; que, lo queramos o no, tendremos que hacernos europeos en ella.

Al mismo tiempo que moría esta inmensa esperanza, al mismo tiempo que cada hombre era rechazado al interior de su patria, una profusión de obras irrumpían en la civilización: la música y las artes plásticas acababan de inventar su impronta.

Las traducciones entraban en todos los países sin ninguna restricción: el coronel Lawrence se encontraba con Benjamin Constant, y la colección Payot con los clásicos Garnier.

En fin, nació el cine. Y en este mismo momento quizás una mujer hindú llora al ver en Ana Karenina a una actriz sueca y a un director norteamericano expresar la idea que el ruso Tolstoi se hacía del amor...

¡Si no hemos conseguido apenas unir el sueño de los vivos, al menos hemos unido mejor a los muertos!

Y esta noche, en esta sala, podemos decir sin caer en el ridículo: «Vosotros, los que estáis aquí, sois la primera generación de herederos de toda la tierra».

¿Cómo es posible una tal herencia? Fijémonos bien en que cada una de las civilizaciones desaparecidas no se dirige más que a una parte del hombre. La de la Edad Media era en primer término una cultura del alma; la del siglo XVIII, en primer término una cultura de la inteligencia. De edad en edad, las sucesivas civilizaciones, que se dirigen a elementos sucesivos del hombre, se superponen; y sólo en sus herederos se unen profundamente. La herencia es siempre una metamorfosis. El verdadero heredero de Chartres, eso está claro, no es el arte de Saint-Sulpice, es Rembrandt... Miguel Ángel, creyendo rehacer el arte antiguo, hacía a Miguel Ángel...

¿Qué hubieran podido decirse aquellos de quienes nació nuestra civilización? Como es bien conocido, en ella se mezclan un elemento griego, un elemento romano, un elemento bíblico. Pero entre César y el profeta Elías, ¿qué se hubiese podido intercambiar? Injurias. Para que naciese verdaderamente el diálogo entre Cristo y Platón, tenía que nacer Montaigne.

Sólo en el heredero se produce la metamorfosis de la que nace la vida.

¿Y quién reivindica hoy esta metamorfosis? Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa. Antes de llegar a lo esencial, me gustaría despejar un poco el terreno. Y eliminar ante todo esa estupidez de que las culturas se hallan en pugilato permanente, a la manera de los Estados. América latina basta para proporcionar la prueba de que eso es una idiotez. En el momento presente está conciliando, sin la menor lucha, lo que desea recibir del mundo anglosajón y lo que desea recibir del mundo latino. Hay conflictos políticos irreductibles; pero es absolutamente falso que los conflictos entre culturas sean irreductibles por definición. A veces lo son en el grado más grave, a veces no lo son en absoluto.

Ahorrémonos se maniqueísmo absurdo, esa separación entre los ángeles amigos del orador y los demonios enemigos del orador que se ha puesto de moda cuando se habla de América y Rusia. Lo que pensamos de la política

rusa con respecto a nuestro país es claro: pensamos que las mismas fuerzas que la hicieron actuar a favor de Francia durante la Liberación la harán actuar hoy implacablemente en contra; y estamos resueltos a poner en orden las cosas. Pero Stalin no significa nada frente a Dostoïevski, del mismo modo que Mussorgski no garantiza la política de Stalin.

Veamos en primer lugar la reivindicación de la herencia cultural del mundo por parte de Estados Unidos. Primer punto: no hay en América una cultura específicamente americana. Ésa es una invención de los europeos. Se considera que en América existe un decorado particular de la vida. Se considera que América es un país sin raíces, que es un país urbano, un país que ignora la vieja y profunda relación con el árbol y la piedra en la que coinciden el más antiguo genio de China y el más antiguo genio de Occidente. Un país que tiene sobre nosotros la ventaja de poder y querer acoger con el mismo entusiasmo todas las herencias del mundo y donde cualquier museo importante expone en la misma sala las estatuas romanas, que contemplan de lejos nuestro Occidente, y las estatuas Tang, que contemplan de lejos la civilización china.

Pero, además, una gran cultura no es un taller de anticuario superior, ni siquiera en el aspecto épico. Y la cultura americana es en grado infinitamente mayor un campo de conocimientos que un campo de cultura orgánico, desde el momento en que Europa es rechazada de ella.

Por otra parte, América impone actualmente su tono a las artes de masas: la radio, el cine y la Prensa.

Su arte nos parece sobre todo específicamente americano cuando es un arte de masas. Y en verdad no hay tanta diferencia entre el espíritu de Life y el espíritu de Samedi-Soir; simplemente, hay más americanos que franceses...

En fin, América posee un espíritu novelesco particular. Pero, una vez más, ¿es específicamente americano? Hay indiscutiblemente una actitud americana frente al mundo, que es una reducción permanente de éste a su espíritu novelesco. Pero ¿puedo permitirme recordarles que en Los tres mosqueteros Richelieu es un gran hombre no por lo que hizo de Francia, sino por haber señalado al rey la desaparición de los herretes de Ana de Austria? En estos momentos América representa más que ningún otro país el espíritu novelesco, pero lo representa probablemente en tanto que país de masas. Y la cultura se encuentra mucho más allá de esos problemas. ¿Qué piensan los americanos cultos? Piensan que la cultura americana es una de las culturas

nacionales de Occidente, que no hay mayor diferencia entre la alta cultura americana y la alta cultura francesa que entre ésta y la cultura inglesa y lo que fue la alta cultura alemana. ¡Los europeos no nos parecemos tanto! Y créanme que la distancia entre el conductismo y el bergsonismo no es de distinta naturaleza que la existente entre Bergson y Hegel. En definitiva, América jamás se ha concebido a sí misma con respecto a nosotros, en el orden cultural, como una parte del mundo. Se ha concebido siempre como una parte de NUESTRO mundo. Hay menos un arte americano que artistas americanos. Tenemos los mismos sistemas de valores; ellos no poseen todo lo esencial del pasado de Europa, pero todo lo que poseen de esencial está vinculado a Europa. Lo repito: la cultura americana, en tanto que distinta de la nuestra como lo es de la cultura china, es una invención pura y simple de los europeos.

Y no hay una hipótesis de cultura específicamente americana, opuesta a la nuestra, más que en la medida precisa de la dimisión de Europa.

Es difícil considerar sin desazón a Rusia como un país europeo.

San Petersburgo daba la impresión (y Leningrado la da todavía) de un «establishment» europeo, de una amplia factoría imperial de Occidente — almacenes, cuarteles, cúpulas—, una Nueva Delhi del Norte.

Pero considerar a los rusos, como han hecho siempre sus adversarios, como asiáticos, es decir, como en cierto modo chinos o hindúes, es absurdo. Tal vez la verdad es que no hay que tomar demasiado en serio los mapas y que Rusia no está situada ni en Europa ni en Asia: está situada en Rusia. Del mismo modo que Japón, donde el amor y el ejército representan un papel tan importante, no está situado ni en China ni en América.

Los demás países de Europa forman parte de nuestra cultura por estratos y por intercambios. En determinados siglos, la han dominado Italia, España, Francia, Inglaterra. Todos estos países tienen en común el mito cultural de Grecia y de Roma, y la herencia de quince siglos de cristiandad compartida. Esta última herencia, que, por sí sola, separa a los eslavos de Bohemia de los eslavos de Rusia, tiene verdaderamente un gran peso. Y la herencia de Bizancio tiene a su vez tanto peso sobre Rusia como para que la pintura rusa no haya logrado nunca por completo liberarse de ella y para que Stalin evoque en el momento actual tanto a Basilio II como a Pedro el Grande.

Rusia no entró en la cultura occidental hasta el siglo XIX, a través de su música y sus novelistas. Y aún así, Dostoievski es quizás el único de estos

últimos que pretende ser específicamente ruso.

Ilia Ehrenburg respondió indirectamente a una entrevista que yo concedí sobre la civilización atlántica al preguntar: «¿Qué puede considerarse más europeo: la bomba atómica o Tolstoi?».

Si les parece bien, dejemos la bomba atómica tranquila. Si en esos momentos los rusos no la tenían aún no era ciertamente porque no la hubiesen buscado. ¡Y presentarnos a Stalin como perteneciente al mismo género que Gandhi no se puede tomar verdaderamente en serio!

Queda Tolstoi. ¿A cuál de ellos nos referimos? El autor de Ana Karenina y de Guerra y paz no sólo forma parte de Europa, sino que es una de las cumbres del genio occidental. De acuerdo con una frase famosa: «No hay que escupir en las fuentes después de haber bebido en ellas». Además, cuando Tolstoi escribió sus novelas se consideraba europeo y se sentía especialmente como el rival de Balzac. En cambio, si se trata del conde León Nicolaievich, que pretende vivir como una especie de Gandhi, que muere en la nieve como un héroe de bylina,^[9] que escribe que «prefiere un buen par de botas a Shakespeare», entonces me hace pensar en uno de los grandes inspirados bizantinos... Y si hay que compararlo sea como sea a otro genio, sería con Tagore, inseparable de la India y que con La casa y el mundo escribió una de las más grandes novelas universales; no sería con Sthendal.

Lo que le separa más de nosotros es sin duda alguna lo mismo que nos separa de Rusia: su dogmatismo oriental. Stalin cree en su verdad, y su verdad no deja margen a la interpretación; pero, tan pronto como Tolstoi se separa de Occidente, no cree con menos fuerza en la suya; y el genio de Dostoievski se mantuvo durante toda su vida al servicio de una predicación irreprimible. Nunca ha existido en Rusia ni Renacimiento ni Atenas, ni Bacon ni Montaigne.

Siempre ha habido en Rusia una parte que corresponde a Esparta y una parte que corresponde a Bizancio. Esparta se integra fácilmente en Occidente; Bizancio, no. Actualmente podría verse en la industrialización a toda costa de ese inmenso país agrícola, intentado en treinta años, el más furibundo esfuerzo de occidentalización que ha padecido desde la época de Pedro el Grande. «¡Alcanzar y sobrepasar a América!». Pero el espíritu ruso se defiende tanto más cuanto mayor es el esfuerzo.

No se debe al azar el que los comunistas ataquen a Picasso. Su pintura pone en discusión precisamente el sistema en que ellos se basan. Quiérase o no, esa pintura es la presencia más penetrante de Europa.

En el orden del espíritu, todo lo que Rusia llama formalismo y que deporta o mata incansablemente desde hace diez años, es Europa. Pintores, escritores, cineastas, filósofos, músicos sospechosos son en primer término sospechosos de hallarse bajo la influencia de la «Europa podrida». ¡Europeos, Einstein, Babel, Prokofiev! El espíritu de Europa es un peligro para una industria faraónica. La condena de Picasso por Moscú no es en modo alguno un accidente: pretende ser una defensa de los planes quinquenales.

Según los artistas mueran a tiempo o un poco demasiado tarde, se les entierra con todos los honores en los muros del Kremlin o vergonzosamente al pie del muro siberiano del campo de deportación.

La verdadera razón por la que Rusia no es europea no tiene nada que ver con la geografía. Es la voluntad; rusa.

No estoy dando una conferencia sobre la historia de la cultura. No hablaré de Europa más que en relación con la Unión Soviética y Estados Unidos. Presenta en primer lugar dos características.

La primera consiste en la unión entre el arte y la cultura. Ambos campos aparecen separados en Rusia por el dogmatismo del pensamiento. Y no menos irreductiblemente separados se encuentran en Estados Unidos, porque en Estados Unidos el hombre culto no es el artista, sino el universitario; un escritor americano —Hemingway, Faulkner— no es de ningún modo el equivalente de Gide o Valéry. Son el equivalente de Rouault o de Braque; son brillantes especialistas en determinados conocimientos dentro de una cultura determinada. Pero no son ni hombres pertenecientes a la historia ni «ideólogos».

Segundo punto, de mayor importancia: la voluntad de trascendencia. ¡Atención a esto! Europa es la parte del mundo donde se han sucedido Chartres, Miguel Ángel, Shakespeare, Rembrandt... ¿Es que renegamos de ellos, sí o no? ¡No! En ese caso, hay que saber de lo que hablamos.

Aparentamos creer que somos unos pobres desgraciados frente a una inmensa cultura, que se llama la novelística americana, y otra inmensa cultura que se llama... no sé muy bien cómo... en el mejor de los casos, la música rusa (lo que no está nada mal, por lo demás).

Pero en fin, a pesar de todo, la mitad del mundo mira aún hacia Europa, y sólo ella responde a su interrogación profunda. ¿Quién ha ocupado el puesto de Miguel Ángel? El resplandor que se busca en ella es el último

resplandor de la luz de Rembrandt; y el gran gesto de escalofrío con que ella se imagina acompañar su agonía es una vez más el gesto heroico de Miguel Ángel...

Nos dicen: «Ésos son valores burgueses...». Pero ¿a qué viene toda esa historia de la definición del arte por su condicionamiento?

Les ruego que me comprendan bien. Me parece justo que un filósofo ruso —en Siberia, por lo demás, desde ese momento— haya dicho que «el pensamiento de Platón es inseparable de la esclavitud». Ciertamente que en ello hay un presupuesto histórico del pensamiento, un condicionamiento del pensamiento. Pero el problema no termina con eso. Al contrario, comienza con eso. ¡Porque, vamos, ustedes han leído a Platón! ¡Y no lo han leído ni como esclavos ni como propietarios de esclavos!

Nadie en esta sala —ni yo tampoco— conoce los sentimientos que animaban a un escultor egipcio del Antiguo imperio cuando esculpía una estatua; pero no es menos cierto que contemplamos esa estatua con una admiración que no hemos ido a buscar en la exaltación de los valores burgueses; y el problema que se plantea consiste precisamente en saber qué es lo que asegura la trascendencia parcial de las culturas muertas.

No estoy hablando de eternidad, hablo de metamorfosis. Egipto ha reaparecido entre nosotros; había desaparecido durante más de mil quinientos años. ¿Que la metamorfosis es imprevisible? Pues bien, nos enfrentamos a un presupuesto fundamental de la civilización, que es la imprevisibilidad de los renacimientos. Pero yo prefiero un mundo imprevisible a un mundo impostor.

El drama actual de Europa es la muerte del hombre. A partir de la bomba atómica, y aun mucho antes, se comprendió que lo que el siglo XIX llamaba «progreso» tenía un elevado precio. Se comprendió que el mundo se había hecho dualista, y que la inmensa esperanza sin pasivo que el hombre había puesto en el porvenir ya no era válida.

¡Pero no porque el optimismo del siglo XIX haya dejado de existir ha dejado también de existir el pensamiento humano! ¿Desde cuándo la voluntad se basa en el optimismo inmediato? Si así fuese, jamás hubiera habido Resistencia antes de 1944. Según una antigua y famosa frase: «No es necesario esperar para emprender...». Ya conocen ustedes el resto.

El hombre ha de encontrar un nuevo fundamento, sí, pero no sobre unas estampitas. Europa sigue defendiendo los más altos valores intelectuales del mundo. Para darse cuenta, basta suponerla muerta. Si en el lugar en que estuvo Florencia, en el lugar en que estuvo París fuese el día en que «se

inclinarán los juncos murmuradores y ondulantes», ¿creen ustedes verdaderamente que haría falta mucho tiempo para que esos lugares que fueron ilustres aparezcan en la memoria de los hombres como imágenes sagradas?

Nosotros somos los únicos en no creer en Europa. El mundo mira aún con una admiración temerosa y lejana estas viejas manos que tantean en la oscuridad...

Si Europa no se considera ya a sí misma en términos de libertad, sino en términos de destino, no es la primera vez. Las cosas no andaban demasiado bien en la época de la batalla de Mohacz. Las cosas no andaban demasiado bien cuando Miguel Ángel grabó en el pedestal de La noche: «¡Si es para ver la tiranía, no te despiertes!».

Por lo tanto, no se trata de sumisión por parte de Europa. ¡Estamos hartos de tales historias! Hay, por una parte, una hipótesis: Europa se convierte en un elemento capital de la civilización atlántica. Y hay una pregunta: ¿en qué se convierte Europa dentro de la estructura soviética? La civilización atlántica reclama y, en el fondo (en tanto que cultura), respeta todavía a Europa; la estructura soviética desdeña su pasado, odia su presente y no acepta de ella más que un porvenir en el que no quede absolutamente nada de lo que fue.

Los valores de Europa se hallan amenazados desde el interior por las técnicas nacidas de los medios de apelación a las pasiones colectivas: Prensa, cine, radio, publicidad... en una palabra, «los medios de propaganda». Lo que se llama, en estilo refinado, las técnicas psicológicas.

Esas técnicas se han elaborado sobre todo en los países de que acabamos de hablar. En América están principalmente al servicio de un sistema económico y tienden a obligar al individuo a comprar. En Rusia están al servicio de un sistema político y tienden a obligar al ciudadano a una adhesión sin reservas a la ideología de los dirigentes; a causa de eso, comprometen al hombre en su totalidad.

No confundamos la acción de esas técnicas en su país de origen con la incidencia de su acción sobre Europa, en particular sobre Francia. La incidencia de las psicotécnicas americanas sobre nuestra cultura es secundaria; la de las psicotécnicas rusas pretende ser decisiva...

Pero sobre todo no hablemos de una cultura futura, a la que se refiere siempre la psicotécnica rusa. Hablemos de la actual: el conjunto de la técnica soviética en Francia conduce hoy prácticamente a una organización sistemática de mentiras elegidas por su eficacia.

El general De Gaulle está «contra la República» (¿porque la ha restablecido?), «contra los judíos» (¿porque ha abolido las leyes raciales?), «contra Francia». Resulta muy instructivo que, al menos una vez por semana, se pueda escribir sin provocar la risa, que está contra Francia la persona que, por encima de la terrible somnolencia de este país, supo mantener su honor como un sueño imperecedero...

Lo interesante es que, por supuesto, los estalinistas saben tan bien como nosotros que todo eso es completamente falso. Es la misma técnica de la publicidad: se envuelve en el mismo papel el jabón Cadum y «el mañana que canta». Se trata siempre de conseguir el reflejo condicionado, es decir, de hacer que un determinado vocabulario, sistemáticamente unido a ciertos nombres, vincule a esos nombres los sentimientos que ese vocabulario suscita en nosotros de ordinario. Atribuir las propias taras al adversario para que el lector termine por no entender nada de nada es asimismo un procedimiento común. Ejemplo: el «partido americano».

Quiero insistir en esto: no estoy tratando de discutir lo bien o lo mal fundado de los artículos de L'Humanité, sino de precisar las técnicas en que se basa la acción psicológica más profunda que el mundo ha conocido desde hace varios siglos. En el orden intelectual, primero desacreditar al adversario, hacer imposible la discusión. Durante todo un año Jean Paulhan ha intentado convencer a los estalinistas de que había dicho lo que había dicho. Todo fue en vano.

Atacar sobre todo en el plano moral: lo que ese modo de pensar necesita no es que el adversario sea un adversario, es que sea lo que en el siglo XVIII se llamaba un facineroso.

El único tono de esta propaganda es la indignación (y eso es precisamente lo que la hace tan agotadora). Y ese sistema que se basa en el postulado fundamental de que el fin justifica los medios —y por lo tanto que no hay otra moral que la de los fines— es el sistema de propaganda más obstinadamente y más cotidianamente moral que se haya visto nunca.

Dicha técnica está dirigida a conseguir, en el campo del espíritu, bien aliados, bien (en Rusia) estalinistas.

Con respecto a los aliados:

Tenemos en primer término una antigua mistificación, es la mistificación cristiana y ética. Ciertos de los elementos más profundos del estalinismo se

han mantenido en Francia inseparables de la gran apelación cristiana. Pero ya sabemos ahora lo que valen esas chanzas.

La segunda es la mistificación nacional. Coincide con toda la política estalinista a partir del Kominform. Se trata de impedir en todos los países de Occidente la reedificación económica, que puede hacer inclinarse a esos países hacia Estados Unidos e Inglaterra. Para ello hay que inventar «la defensa nacional de los países amenazados por los americanos».

Los estalinistas quieren añadir a su reclutamiento obrero un amplio reclutamiento burgués; en consecuencia, establecer una ideología nacional, de la que el partido comunista sería lo que él llama el ala móvil, de tal manera que no se base ya en el presupuesto ruso ni en el presupuesto clase contra clase, sino en un presupuesto experimentado ya por los estalinistas en la Resistencia y que consiste en la unión de todas las fuerzas sinceramente nacionales bajo una máscara comunista, en beneficio de Moscú.

Después, la mistificación de la perspectiva histórica. Repito que ya es hora de sustituir el interrogante «¿Qué es?» por la voluntad de explicar siempre la significación oculta, histórica de preferencia, de lo que es. Se representa la teoría del realismo socialista en pintura... y naturalmente esto es tan defendible como cualquier otra cosa. Pero ¿qué cuadros se hacen? No se hacen en absoluto cuadros realistas socialistas; se hacen iconos de Stalin al estilo de Déroulède.

El condenar a Bernanos de una manera absoluta en nombre de un proletariado mítico podría defenderse, si no hubiera que admirar también las novelas edificantes de Garaudy. ¡Ay, cuántas esperanzas traicionadas, cuántos insultos y muertes para terminar cambiando simplemente de biblioteca rosa!

Y luego hay la célebre mistificación por la continuidad revolucionaria. Como todos sabemos, los mariscales de cantos dorados son los legítimos herederos de los primeros compañeros de Lenín, vestidos con chaquetas de cuero. A pesar de todo, conviene explicarse a este respecto: a André Gide y a mí se nos solicitó que llevásemos a Hitler las manifestaciones de protesta contra la condena de Dimitrov, inocente del incendio del Reichstag. Fue un gran honor para nosotros (no había muchos, por lo demás). Y ahora, cuando Dimitrov, ya en el poder, hace colgar al inocente Petkov, ¿quién es el que ha cambiado? ¿Gide y yo o Dimitrov?

Al principio, el marxismo recomponía el mundo de acuerdo con la libertad. La libertad sentimental del individuo representó un papel inmenso en la Rusia de Lenín. Lenín pidió a Chagall que pintase los frescos del teatro

judío de Moscú. Hoy, el estalinismo proscribe a Chagall. ¿Quién ha cambiado?

Uno de mis libros, *La condición humana*, interesó en su tiempo a un buen número de rusos. Se pensaba basar en él una película de Eisenstein, con música de Jostakovich; se pensaba que Meyerhold hiciese una adaptación para el teatro, con música de Prokofiev... ¿Es un historial suficiente, para una sola obra, de muerte y abjuración? Se me replicará que yo ignoro la dialéctica. También la ignoran los condenados a trabajos forzados... y los cadáveres, más todavía...

Se han producido innumerables rupturas: Víctor Serge, Gide, Hemingway, Dos Passos, Mauriac, y tantos otros... Es falso que esas rupturas tengan algo que ver con los problemas sociales. Porque no estaba sobreentendido que «el mañana que canta» sería ese largo alarido que sube desde el mar Caspio hasta el Mar Blanco y que su canto sería el canto de los forzados.

Estamos en esta tribuna y no renegamos de España. ¡Veremos si algún día sube a tal tribuna un estalinista para defender a Trotski!

En Rusia el problema es diferente. El país está cerrado y, a causa de ello, en ruptura con lo esencial de la cultura moderna. Ahora es el país en donde se ha producido todo. Cito del manual de historia para la juventud:

Fue un maestro ruso, Ciolkowski, quien elaboró la teoría de la propulsión a reacción. Fue un electrotécnico ruso, Popov, el primero en inventar la radio (Simba Russkaia, p. 55).

En los países capitalistas la instrucción es privada y cuesta muy cara. Para un gran número de muchachos y muchachas es un deseo, un sueño inalcanzable (Ibídem, p. 277)...

Pasemos...

Queda, en el orden positivo, un pensamiento que quiere exaltar la solidaridad, el trabajo y un cierto mesianismo noble, con ese desdén que se encuentra siempre en los libertadores. Y luego, las psicotécnicas destinadas a crear la imagen del mundo y los sentimientos más favorables para la acción del partido. «Los escritores son los ingenieros del “alma”». ¡Y de qué modo!

Pero para esto reivindicamos la verdad. No olvidemos que el mayor periódico ruso se llama Pravda, la verdad. Sin embargo, hay algunos que saben. Y aquí se plantea un problema muy interesante: ¿a partir de qué nivel se tiene actualmente en Rusia el derecho a mentir? Porque Stalin sabe tan bien como yo que existe la instrucción pública en Francia. Hay unos que están en el juego y otros que no lo están. Y yo creo que esto merece la pena

que se reflexione sobre ello, lo mismo que sobre el desprecio implícito en las técnicas psicológicas. Ya se trate de hacer comprar un jabón o de ganarse las papeletas de voto, no hay una técnica psicológica que no esté basada en el desprecio del comprador o del votante; en caso contrario, sería inútil. El hombre mismo se encuentra implicado; el sistema es un todo. La técnica puede existir sin totalitarismo, pero lo sigue tan ineluctablemente como la G. P. U., porque, sin policía, es un monstruo vulnerable. Durante algunos años resultó difícil negar que fue Trotski quien creó el ejército rojo. Para que L'Humanité fuese plenamente eficaz sería necesario que el lector no pudiese leer ningún periódico de la oposición.

No hay márgenes. Y por eso el desacuerdo, incluso parcial, de un artista frente al sistema conduce a una abjuración.

Así se plantea nuestro problema esencial: ¿cómo impedir que las técnicas psicológicas destruyan la calidad del espíritu? Ya no hay arte totalitario en el mundo, suponiendo que lo haya habido alguna vez. La cristiandad ya no tiene catedrales; construye Sainte-Clotilde; y Rusia vuelve, con los retratos de Stalin, al arte más burguesamente convencional. He dicho «si lo ha habido alguna vez» porque las masas nunca han sido sensibles al arte como tal. (A ese respecto, aristocracia y burguesía son asimismo masas...). Yo llamo artistas a los que son sensibles al presupuesto específico de un arte; los otros son sensibles a su presupuesto sentimental. No existe «el hombre que ignora la música»; hay aquellos a quienes les gusta Mozart y aquellos a quienes les gustan las marchas militares. No existe «el hombre que ignora la pintura»; hay aquellos a quienes les gusta la pintura y aquellos a quienes les gusta El sueño de Dauterive o los gatos metidos en un cesto. No existe «el hombre que ignora la poesía»; hay aquellos que se interesan por Shakespeare y aquellos que se interesan por los romances. La diferencia entre unos y otros está en que, para los segundos, el arte es una especie de expresión sentimental.

En ciertas épocas se da el caso de que esta expresión sentimental coincide con un arte extraordinario. Así ocurrió con el arte gótico. La unión entre los sentimientos más profundos —el amor, la vulnerabilidad de la condición humana— y una fuerza específicamente plástica produce entonces un arte genial que conmueve a todos. (Algo semejante se da en los grandes individualistas románticos: Beethoven, en cierto grado Wagner, Miguel Ángel sin la menor duda, Rembrandt e incluso Víctor Hugo).

Que una determinada obra sentimental sea artística o no es un hecho; no es una teoría ni un principio. El urgente problema que nos plantea consiste, pues, en términos políticos, en sustituir la engañosa apelación de una cultura

totalitaria, cualquiera que sea, por la creación real de una cultura democrática. No se trata de llevar por la fuerza hacia el arte a las masas que le son indiferentes; se trata de abrir el campo de la cultura a todo el que quiera alcanzarla. En otras palabras, el derecho a la cultura es pura y simplemente la voluntad de acceder a ella.^[10]

.....

Por lo tanto, no pretendemos absurdamente fijar aquí un modelo de cultura, sino aportarle el medio de conservar en su próxima metamorfosis lo más elevado que ha alcanzado con nosotros.

Consideramos que el valor fundamental del artista europeo, en nuestras más grandes épocas, de los escultores de Chartres a los grandes individualistas, de Rembrandt a Víctor Hugo, se halla en la voluntad de considerar el arte y la cultura como los objetivos de una conquista. Para precisar, diré que el genio es una diferencia conquistada; que el genio —ya sea el de Renoir o el de un escultor tebano— comienza por este punto: un hombre que contempla desde su niñez algunas obras admirables que bastan para distraerle del mundo se siente un día en ruptura con esas formas, bien porque no son lo bastante serenas, bien porque lo son demasiado; y es su voluntad de constreñir a una verdad misteriosa e incommunicable (de otra forma que a través de su obra) el mundo y las mismas obras de las que él ha nacido, es esa voluntad lo que determina su genio. En otros términos, no existe un genio que copie, no existe un genio servil. ¡Que nos dejen tranquilos con los grandes artesanos de la Edad Media! Incluso en una civilización donde todos los artistas fueran esclavos, no podría confundirse al imitador de formas con el esclavo que hubiese encontrado formas desconocidas. Tanto en el arte como en otros terrenos, hay en el descubrimiento una especie de firma del genio, y esa firma no ha cambiado a través de los cinco milenios de historia que conocemos.

Si la humanidad lleva en su interior un presupuesto eterno, es sin duda esa vacilación trágica del hombre a la que se llamaría después, durante siglos, un artista... frente a la obra que siente más profundamente que nadie, que admira como nadie puede admirarla, pero que al mismo tiempo es el único en el mundo que desea subterráneamente destruir.

Ahora bien, si el genio es un descubrimiento, observemos que la resurrección del pasado se basa en este descubrimiento. Al principio de este discurso hablé de lo que podía ser un renacimiento, de lo que podía ser la

herencia de una cultura. Una cultura renace cuando los hombres de genio, buscando su propia verdad, extraen del fondo de los siglos todo cuanto antaño se parecía a esa verdad, incluso aunque ellos no la conozcan.

El Renacimiento creó la Antigüedad al menos en el mismo grado en que la Antigüedad creó el Renacimiento. Los fetiches negros hicieron nacer a los fauves en el mismo grado que los fauves hicieron nacer los fetiches negros. Y después de todo, el verdadero heredero del arte resurgido en cincuenta años no es América, que le yuxtapone las obras maestras, ni Rusia, cuya amplia apelación reciente se satisface a maravilla con sus nuevos iconos: es la escuela «formalista» de París, cuyas resurrecciones de tantos siglos recuerdan una inmensa familia. Es Picasso quien podría responder a Pravda: «Quizá yo sea, como decís, decadente y podrido; pero si supieseis contemplar mi pintura en lugar de admirar tantos iconos bigotudos, os daríais cuenta de que vuestra seudohistoria es algo insignificante ante la oleada de las generaciones, y que esta pintura efímera es capaz de resucitar, con las estatuas de Sumeria, el lenguaje olvidado de cuatro milenios...».

Pero esta conquista es sólo eficaz cuando la búsqueda es libre. Todo lo que se opone a la voluntad irreductible de descubrimiento es, si no perteneciente al dominio de la muerte, porque no hay muerte en el arte — aunque, Dios mío, existe verdaderamente un arte egipcio —, sí la parálisis de las facultades más fecundas del artista. En consecuencia, proclamamos la necesidad de conservar la libertad de esta búsqueda contra todo lo que intente fijar de antemano su dirección. Y en primer término contra los métodos de acción psicológicos basados en la apelación al instinto colectivo con fines políticos.

Proclamamos en primer lugar como valores no el inconsciente, sino la conciencia, no el abandono, sino la voluntad, no la falsa propaganda, sino la verdad. (Ya sé que alguien muy famoso dijo en otros tiempos: «¿Qué es la verdad...?». En el campo de lo que estamos hablando, la verdad es lo que se puede comprobar). Y en fin, la libertad de descubrimiento. Todo esto no «hacia qué», porque no sabemos nada al respecto, sino «partiendo de qué», como en las ciencias contemporáneas. Lo queramos o no, «el europeo se alumbrará con la antorcha que enarbola, aunque se queme la mano con ella».

Queremos, por lo tanto, fundamentar esos valores en el presente. Todo pensamiento reaccionario está centrado en el pasado, cosa que se sabe hace mucho tiempo; todo pensamiento estalinista, es un hegelianismo orientado

hacia un porvenir incontrolable. Lo que necesitamos en primer lugar es encontrar el presente.

Lo que nosotros defendemos ahora será defendido antes de finales de siglo por todas las grandes naciones de Occidente. Queremos devolver a Francia el papel que ha representado en diversas ocasiones, en las épocas románica y gótica, lo mismo que en el siglo XIX, y que impuso su acento a Europa cuando este acento fue a la vez el de la audacia y el de la libertad.

En el campo del espíritu, todos ustedes son en general liberales. Para nosotros, la garantía de la libertad política y de la libertad del espíritu no se encuentra en el liberalismo político, condenado a muerte desde que tiene en su contra a los estalinistas: la garantía de la libertad es la fuerza del Estado al servicio de TODOS los ciudadanos.

¿Cuándo fue grande Francia? Cuando no se encerró en Francia. Francia es universalista. Ante el mundo, la Francia grande es más la de las catedrales o la Revolución que la de Luis XIV. Hay países, como Inglaterra —y eso es tal vez lo que hace su gloria— que son tanto más grandes cuanto más solos se encuentran. Francia nunca ha sido más grande que cuando habló para todos los hombres, y por eso su silencio se escucha de manera tan punzante...

¿Qué va a ser del espíritu? Pues bien, será lo que ustedes hagan de él.



ANDRÉ MALRAUX, una de las personalidades más destacadas en la literatura francesa —y universal— de nuestro tiempo, nació en 1901 y murió en 1976. Entre 1923 y 1927 estuvo en la China, exactamente durante el período de colaboración entre los revolucionarios comunistas y los nacionalistas del Kuomintang (quienes posteriormente se harían con el poder y perseguirían a sus anteriores aliados). Durante la Guerra Civil española estuvo al mando del contingente aéreo extranjero que colaboró con el gobierno de la República. Posteriormente, al ser ocupado su país por los nazis, fue uno de los cabecillas de la Resistencia. Terminada la guerra se adhirió al movimiento gaullista y fue varias veces ministro. Sus experiencias de revolucionario activo hallaron lógica expresión en su literatura. La tercera de sus grandes novelas, *La esperanza*, está ambientada en España (posteriormente el mismo Malraux realizaría una notable versión cinematográfica de esa obra).

En los últimos años de su vida abandonó la narrativa para dedicarse a la crítica y el ensayo, a la reflexión filosófica y a la autobiografía con sus *Antimemorias*.

La obra de Malraux configura uno de los pocos esfuerzos por reverdecir el género épico en nuestro tiempo: su prosa se aleja por igual del psicologismo propio de las primeras décadas del siglo y del mero naturalismo descriptivo:

las suyas son novelas de acción, no por simple vocación testimonial y vitalista sino por un hondo sentido de la praxis como realización ética, como instrumento mediante el cual el hombre se libra de su propio destino para plasmar y dominar la realidad.

Obras más importantes:

LES CONQUÉRANTS (Los conquistadores), 1928, novela.

LA CONDITION HUMAINE (La condición humana), 1933, novela.

L'ESPOIR (La esperanza), 1937, novela.

LES NOYERS DE L'ALTENBURG (Los nogales del Altenburg), 1945, filosofía.

LA PSYCHOLOGIE DE L'ART (Psicología del arte), 1948-50, ensayos críticos.

ANTIMÉMOIRES (Antimemorias), 1966, autobiografía.

NOTAS

[1] Concesión europea de Cantón. <<

[2] En las Indias orientales, pieza de tela que recubre el talle y los muslos. (*N. del t.*) <<

[3] Milicias armadas de los sindicatos. <<

[4] El ejército rojo cantones. <<

[5] Comandante de la Escuela de cadetes. <<

[6] La estrangulación lenta. El incienso sirve en ese caso para reanimar a los pacientes. <<

[7] Soldados de los *bat' d'Af*, unidades especiales de África del Norte, que aceptaban reclutas con antecedentes penales. (*Nota del Traductor.*) <<

[8] Pantallas suspendidas del techo y movidas por cuerdas que se utilizan como ventiladores. (*N. del T.*) <<

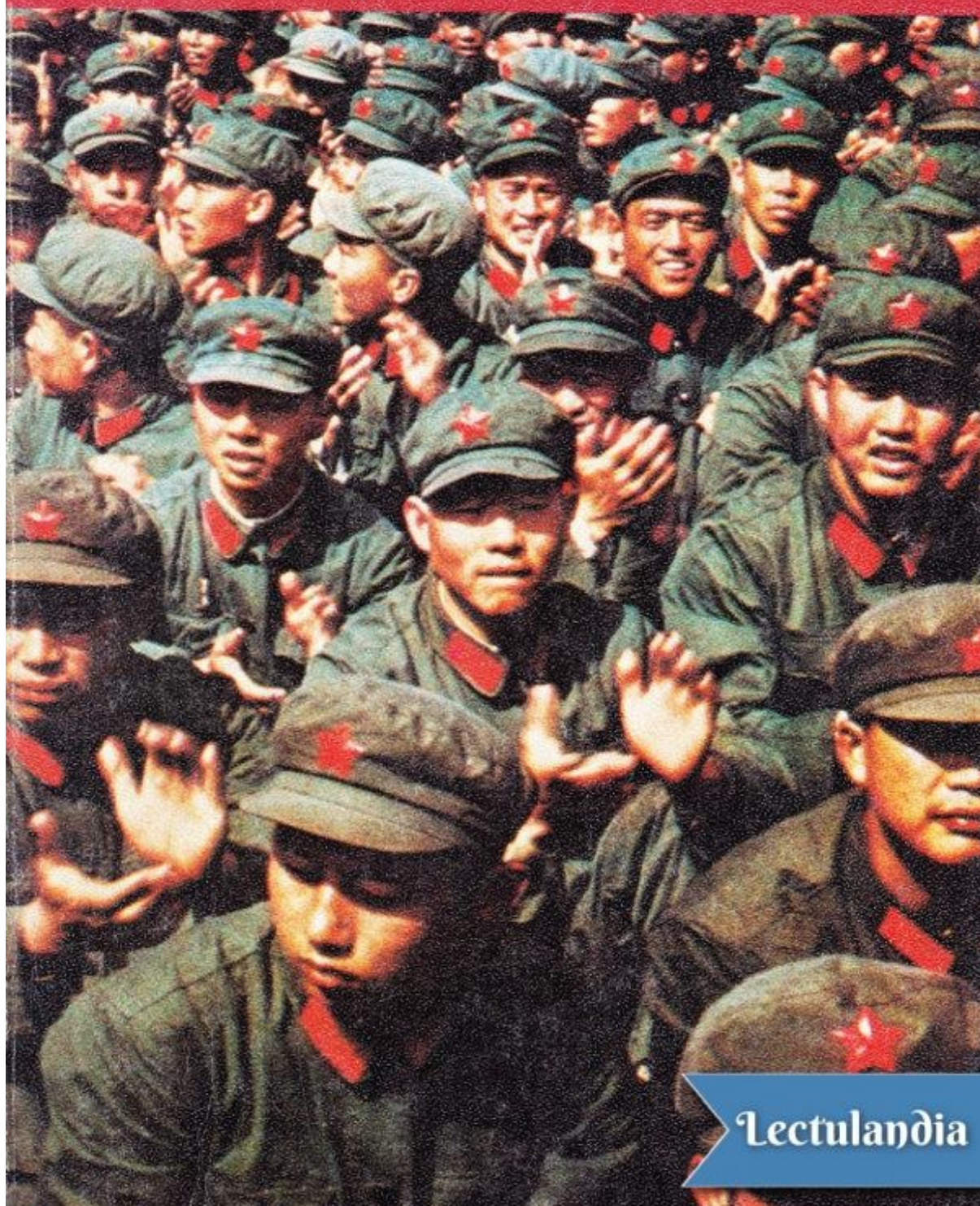
[9] Epopeya o rapsodia popular rusa. (*N. del T.*) <<

[10] Aquí se intercalaba la exposición de la acción cultural que nosotros proponíamos. <<

André Malraux



Los conquistadores



Lectulandia